

GÉNERO Y PODER

Isabel Rauber



Ensayo-Testimonio

Edición especial Parte I

Enero de 2003

INDICE

INTRODUCCION	5
I. RELACIONES DE GÉNERO COMO SUSTRATO DE RELACIONES DE PODER	9
<i>¿Qué es el género?</i>	9
<i>Distintas manifestaciones de discriminación de las mujeres en el mundo de lo público</i>	18
En la vida político-partidaria	18
En la Iglesia Católica.	19
En las Iglesias Protestantes	24
Discriminación jurídica	25
En la prensa	27
En el sindicalismo	28
En las estructuras de gobierno.	30
En el Parlamento.	31
II. EL ENFOQUE DE GÉNERO EN LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RELACIONES DE PODER	32
<i>Género y lucha de clases</i>	33
<i>El enfoque de género no elimina el punto de vista de clase</i>	45
Las mujeres, actoras sociales plenas	46
Nuevos hombres y nuevas mujeres.	46
<i>El Feminismo: un sacudón importante</i>	50
III. GÉNERO, PODER Y POLÍTICA	58
<i>La participación de las mujeres no es solo un derecho, es una necesidad</i>	64
<i>diferentes formas de descalificación política de las mujeres</i>	68
Propuestas deshonestas	69
Galanteos fingidos	69
Gentileza como táctica neutralizadora	69
Socavar la autoestima	70
Emplear adjetivos descalificantes	71
Negar la palabra	72
<i>Aportes de la mujer a la política</i>	72
Nueva significación del poder	72
Cambiar las relaciones de poder desde lo más íntimo	73
Astucia de sobrevivencia e intuición	73
Tendencia a colectivizar y compartir	74
Usar la coquetería femenina	75
Construir con afecto	75
Ser más directas	77
<i>Caminos para enfrentar la discriminación política</i>	77

Apoyarse en los demás.....	77
Buscar vías de diálogo con los compañeros	78
Trazarse una estrategia de trabajo	79
Ser competente	79
Hacerse un espacio como mujer.....	80
Ejercer la autoridad y buscar apoyo de un modo diferente.....	82
Enfrentar la discriminación a cada paso	83
Romper con los roles tradicionales	85
<i>La cuota para mujeres, ¿discriminación admisible?</i>	86
Para empezar es buena.....	87
La cuota para mujeres es una conquista de la mujer	90
IV. GÉNERO Y EMPODERAMIENTO.....	92
<i>Empoderamiento, ¿cuestionamiento o recreación de la desigualdad?</i>	92
Lucha por la sobrevivencia y empoderamiento de las mujeres	95
<i>Empoderamiento y discriminación entre mujeres</i>	98
Falta de solidaridad. Competencia desleal por el marido	99
Celo entre mujeres.....	102
Competencia entre mujeres	103
Críticas por detrás	105
La envidia.....	106
Los chismes.....	107
Manipulación por conocimientos.....	108
<i>Cualidades de las mujeres para un ejercicio diferente del poder</i>	109
Realizar al mismo tiempo varias acciones diferentes	109
Ser prácticas	111
La capacidad de resistir permanentemente	112
La persistencia	113
Mejor administración.....	113
<i>Valor metodológico y político del concepto empoderamiento desde la perspectiva de género</i>	115
BIBLIOGRAFIA	119
MUJERES ENTREVISTADAS	122
POSRIPTUM:	124
GÉNEROS, MOVIMIENTOS SOCIALES Y PODERES ALTERNATIVOS.....	124
1. Consideraciones en torno al concepto “género”.....	124
2. Lucha por la igualdad de géneros en los movimientos sociales.....	130
3. la perspectiva de género y la construcción de alternativas populares	136
Conclusiones	145
Bibliografía empleada	149

INTRODUCCION

Este libro es parte de un proceso de búsqueda y profundización en mis estudios relativos al poder. Cuando lo inicié, en 1992, partí de una serie de hipótesis acerca del concepto género y su convergencia con el problema del poder dominante, excluyente, discriminatorio y opresor, que he ido comprobando durante el curso de mis investigaciones sobre ambos temas. El estudio de los componentes culturales del poder, a los que he prestado particular atención, me ha permitido nutrirme de variadas fuentes y referencias. Mientras un problema se insinuaba como tal en un plano, podía reafirmarlo, profundizarlo o rechazarlo como tal problema en otro. La fluida intercomunicación entre mis investigaciones de construcción de poder desde abajo y las de género, de modo explícito o implícito, me ayudó a esclarecer cuestiones relativas a la democracia y la liberación de hombres y mujeres, particularizando en la femenina. Así fui cerrando algunas interrogantes y abriendo otras, encadenando problemas y soluciones posibles, labor que -en resumidas cuentas-, arrojó mayor claridad acerca de la extraordinaria complejidad y dimensión de los mecanismos de producción y reproducción de la hegemonía ideológico-cultural del poder (patriarcal-masculino) de dominación, discriminación y exclusión social.

El enfoque de equidad de género resulta profundamente cuestionador de las relaciones de poder, de la lógica y cultura de producción y reproducción del poder desde el ámbito tradicionalmente identificado como "político" hasta el "privado": desnuda sin miramientos el carácter político de las relaciones que se desarrollan en el mundo privado y supuestamente no político. De ahí que su consideración, su enfoque crítico, sus planteamientos y sus propuestas resultan indispensables en todo debate o proyección política encaminada a una transformación del poder en el sentido de democratizarlo, de humanizarlo, de ponerlo al servicio de la transformación social en aras de la liberación y búsqueda de plenitud de los hombres y las mujeres que le dan cuerpo y alma.

La cuestión de género no es "cosa de mujeres"; se refiere a las lógicas que rigen las relaciones sociales entre hombres y mujeres establecidas sobre la base de patrones económicos, sociales y culturales de poder que instalan, justifican y reproducen ampliamente la desigualdad y la subordinación de la mujer. A partir de allí, cuestiona

las relaciones discriminatorias respecto a las mujeres establecidas a través de los siglos, aunque las reconoce incorporadas y asimiladas por hombres y mujeres en la vida cotidiana, y acuñadas como "naturales" por la fuerza de la costumbre, de las tradiciones, etc., de la cultura de ese modo creada y recreada. Sólo la deconstrucción histórico-social de esta cultura y manifestación del poder machista patriarcal hegemónico regido por los rigores del capital, abrirá posibilidades para la construcción de otro tipo de relaciones humanas, de otro tipo de sociedad, de poder, de democracia, abriendo a su vez caminos para establecer nuevos roles (diferentes), más equitativos, más humanos entre los hombre y las mujeres.

Transformación de relaciones de poder y de género se dan de modo interrelacionado e interdependiente; se interdefinen y condicionan mutuamente. Se trata por tanto, de un proceso simultáneo de deconstrucción-construcción de nuevas relaciones (e identidades) entre hombres y mujeres, proceso largo, sinuoso y contradictorio como todos los procesos sociales cuyas raíces culturales están en la base misma constituyente de la sociedad. Su componente cultural –afianzado en las identidades social e históricamente construidas de lo que significa ser hombre y ser mujer-, dice a las claras que la transformación abarca, entre otras cosas y fundamentalmente, a la mentalidad vigente y presente en hombres y mujeres, que entiende que el ser mujer y el ser hombre se define por determinados parámetros sobre los cuales se delimitan los roles hombre-mujer tal como hasta ahora los conocemos, y cuyas raíces culturales datan de milenios.

La propuesta de equidad de géneros que reclama romper con esa cultura y con esa mentalidad, no es un cuestionamiento unidireccional de las mujeres hacia los hombres -aunque en cierto sentido lo es- sino hacia hombres y mujeres y, fundamentalmente, hacia las propias mujeres, en gran medida reproductoras de los patrones patriarcal-machistas en la pareja, en el seno de la familia, en los roles familiares, en la educación de los hijos, y en la vida social, política, económica, etcétera.

No se trata entonces de un "problema de las mujeres". Atañe a una nueva concepción de organización de la sociedad, de las relaciones entre las clases y los sectores sociales y, atravesándolas, atañe a la transformación -desde abajo, también y en gran medida desde la vida familiar- de las relaciones entre hombres y mujeres. Esto resulta tan inherente a la esencia autoritaria o no, democrática o no, prepotente o

no, discriminatoria y excluyente o no, de un sistema social, del poder, como lo es el enfoque que desnuda y denuncia al capital como el productor y reproductor de la explotación del hombre por el hombre.

Ese enfoque da cuenta de una parte importante y esencial de la injusticia y la explotación y propone su superación mediante una recomposición radical de las relaciones sociales basadas en la equidad y el equilibrio entre las personas, teniendo como eje la desaparición del capital y su lógica de funcionamiento como motor del sistema de producción y reproducción de la vida social. Pero no cuestiona las raíces ideológico-culturales del poder anteriores al capitalismo, sobre las cuales se ha erigido -incorporándolas y desarrollándolas a su modo-, la sociedad capitalista moderna.

El planteamiento de equidad de géneros, en su cuestionamiento de la inequidad, discriminación y asimetría en las relaciones sociales entre hombres y mujeres, llega hasta los cimientos mismos de la cultura del poder patriarcal heredado y desarrollado por el capitalismo. De ahí su fundamental importancia para un replanteamiento profundo del conjunto de relaciones sociales, de la democracia y el poder de una sociedad, con vista a la conformación de un nuevo proyecto social. No considero que su mirada sea suficiente en sí misma, pero sí imprescindible, insoslayable. Para avanzar hacia una concepción integral y globalizadora de las múltiples aristas y tentáculos del poder en todas las dimensiones de la vida social es importante sumar, articular los diversos enfoques, las críticas y los planteamientos.

En virtud de ello, en este libro, cuya primera parte es la que tienen ahora a su disposición, he comenzado tratando lo conceptual, integrando con reflexiones testimoniales de luchadoras por los derechos sociales, políticos y familiares de las mujeres. La segunda y la tercera – que no hacen parte de esta publicación-, recogen de un modo puramente testimonial, experiencias de mujeres sobre estos temas.¹

Esto hace también a una nueva forma de concebir y construir saberes: partiendo de la realidad presente y diseminada (múltiple) entre las distintas actoras y actores sociales del continente. En la certeza de que el pensamiento no es patrimonio exclusivo de la intelectualidad, sino que está en todos nosotros y nosotras, y tenemos que aprender a hacerlo visible, construirlo (articularlo) colectivamente y conceptualizarlo. Esto, claro está, sin desmerecer la necesidad de contar con pensamiento

¹. El texto completo fue publicado en Argentina en 1998, por la Editorial UMA.

teórico en el sentido estricto del término, pero en dinámicas interdialogales entre ambas construcciones y producciones, puesto que las dos vertientes de pensamiento y prácticas resultan necesarias.

El libro no pretende dar recetas. Mirando el mundo por venir desde la perspectiva histórica, las mujeres apenas estamos empezando, y tenemos las energías y estímulos suficientes para profundizar nuestros conocimientos y cuestionamientos y atrevernos a hacerlos realidad en nuestras prácticas.

Lo importante entonces es deconstruir, crear, construir, intercambiar, experimentar, volver a intercambiar y a polemizar y así ir construyendo, entre todas y todos, un futuro que esperamos y queremos que sea “amigable” para el conjunto de los seres humanos, hombres y mujeres, abriendo las puertas a la solidaridad y la equidad como base para una nueva civilización humana.

Isabel Rauber

I. RELACIONES DE GÉNERO COMO SUSTRATO DE RELACIONES DE PODER

Este libro busca abordar las relaciones entre hombres y mujeres desde la perspectiva del poder o, lo que es lo mismo, analizar las relaciones de poder desde las relaciones hombre-mujer en todos los ámbitos en que estas se desarrollan: tanto en lo privado como en lo público.

Es, por esto, a la vez que un estudio de género, una profundización del estudio acerca del poder. Porque cualquier concepción que lo aborde prescindiendo de incluir en él las relaciones de género que lo sustentan y sobre las que se sustenta, resulta inobjetablemente incompleta y, por lo tanto, cercenada en su valor teórico y práctico.

Con esto quiero señalar que este estudio de género -como otros- no es ni de "mujeres" ni "para mujeres"; atañe a hombres y mujeres y, por tanto, a la sociedad en su conjunto.

¿QUÉ ES EL GÉNERO?

Hablar hoy de problemática de género, de enfoques de género, de perspectiva de género, etc., resulta algo cada vez más frecuente tanto entre los movimientos de mujeres o feministas como en algunas ramas de la investigación sociológica. Sin embargo, pese a lo trabajado del concepto en el ámbito de especialistas, comprender claramente qué se quiere decir con género y cuál es su diferencia con sexo, resulta aún difícil para la mayoría de las mujeres y los hombres de nuestro medio. Se hace necesario explicar su contenido y alcances mucho más, esclarecer su importancia para la democratización de las relaciones entre géneros y de toda la sociedad.

Lo más usual es interpretar sexo y género como sinónimos, sobre todo en las culturas como las hispánicas o de origen hispánico, en las cuales, desde el lenguaje -y esto es de por sí importante de tener en cuenta-, el "género" femenino corresponde al sexo femenino, a la hembra, a la mujer, y el "género" masculino al sexo masculino, al macho, al varón. La fuerza de la costumbre hace ver, desde el lenguaje, al género como naturalmente igual al sexo y, con ello también a sus diferentes roles sociales. Sin embargo, diferenciar sexo y género es muy importante tanto para la lucha femenina como para un replanteo serio y

consecuente del poder desde la perspectiva de su transformación democrático-popular, que busca la eliminación de las asimetrías sociales sobre la base de la equidad en lo económico, lo político, lo social, lo cultural, entre las clases, las etnias, y las relaciones entre los sexos.

De un modo sintético puede decirse que: "El género es la forma social que adopta cada sexo, toda vez que se le adjudican connotaciones específicas de valores, funciones y normas, o lo que se llama también, no muy felizmente, roles sociales."¹ No está vinculado a lo biológico, sino a lo cultural, a lo social. Eliminar la discriminación de género implica poder lograr, primero, que en el conjunto del propio movimiento de mujeres o de las mujeres que estamos activas, tengamos claro que ello está determinando los roles que la sociedad nos dio a varones y mujeres.

La creación histórico-cultural social de estereotipos de género desde la concepción patriarcal machista, sobre la cual se define la identidad (el ser) de cada sexo, hace que las características y diferenciaciones de cada sexo (lo biológico) contengan una alta asimetría discriminatoria en perjuicio de las mujeres. Por ejemplo, los estereotipos según los cuales ser mujer se confunde con tener sensibilidad y ternura, con la emoción, la pasividad, la sumisión, la intuición, y con lo irracional subjetivo y misterioso (no explicable racionalmente). Correlativamente, ser hombre se identifica con tener valor, fuerza y poder, y esto con lo racional, con la capacidad para actuar fría y decididamente, etc. Se pueden sumar muchos adjetivos a cada uno, según los países y los momentos histórico-concretos de que se hable, pero lo que trato de resaltar aquí es que estos adjetivos que definen identidades y capacidades de cada sexo, resumen y expresan la base socio-cultural de las asimetrías en las relaciones entre los sexos sobre las que se asienta la subordinación jerárquica de la mujer al hombre.

Por lo arraigado de estos patrones culturales y de conducta adjudicados a cada sexo, éstos resultan también discriminatorios entre seres humanos de un mismo sexo. Así ocurre, por ejemplo, con lo que se considera belleza tanto en el caso del hombre como en el de la mujer,

¹. María Pilar Aquino. *Nuestro clamor por la vida*. Editorial DEI, San José, 1992. Pág. 67.

con la correspondiente ventaja cultural para el hombre porque, como reza un conocido refrán: “es como el oso, cuanto más feo, más hermoso.” La mujer, sin embargo, para ser apreciada como tal, debe ser bonita, y para ello debe tener determinadas medidas, estatura y color de cabello, y debe estar entre determinada edad. Si sabe cocinar, mejor, pero eso ya no es tan importante actualmente; lo que sí es importante -y casi necesario- es que sea un poco (o muy) tonta. Porque aunque muchos hombres han demostrado poder romper algunos de estos estereotipos, sólo en casos excepcionales aceptan convivir —en la intimidad, en el trabajo, en la militancia política, o en la vida religiosa- con una mujer tan inteligente como ellos. Y si es más inteligente, resulta sencillamente insostenible, no sólo porque un hombre no lo soporte individualmente, sino porque no puede soportarlo frente a los demás, socialmente.

Conversando sobre estas cuestiones le pregunto a Esther Custo, experimentada trabajadora social: ¿Qué margen le queda en las actuales sociedades a la mujer que no es bella?

No le queda margen, *afirma Esther*, porque ahora piden tener un metro setenta para poder trabajar... Y ser bonita. Te comento la experiencia de Paula que está buscando trabajo. Es esta: Paula tiene que plantearse el futuro de la adolescente. Es decir, hoy para poder encontrar trabajo, podés tener todo un *curriculum*, pero tenés que ser bella... Y no bella como en los tiempos anteriores, sino una bella que no piense. Si te preguntan qué pensás de la política, sólo entra aquella que es bella y, además, dice que la política no le interesa para nada, que lo que le interesa es trabajar para poder vestirse, salir...

La belleza es un poder y otro es el de las que no son bellas y se hacen grandes cocineras o algo así. Podés ser fea y hacer unas comidas sensacionales, o ser una persona que hace un gran trabajo barrial, entonces tenés tus poderes. Bueno, una cocinera linda se hace famosa mucho más rápido que una fea... (ríe)

El otro poder es el ser alta. Esa es la vida cotidiana. Y por eso es que yo no lucho solamente por ser mujer, quiero un mundo para que la gente -mujeres y varones- pueda construir. No me interesa estar luchando contra el hombre para estar en una banca política por ser mujer, para ganarle al hombre, sino porque represento a alguna idea del pueblo, de la gente y por eso voy a luchar ese lugar de mujer, no tanto por ser mujer...

Estos estereotipos, además de fomentar la discriminación, subordinación y marginación de las mujeres, acarrear la frustración de millones de hombres y mujeres. Basta mencionar, por ejemplo, lo que ocurre frecuentemente en las parejas de clase media para abajo, en las que cada uno de los cónyuges vive menospreciando al compañero o compañera que tiene al lado, a quien considera "poca cosa". En mi no corto andar, he conocido cientos de casos de mujeres cuyos maridos se refieren a ellas como "eso que tengo en casa", mientras sueñan con una top model o una actriz de telenovela. En tales casos, por mucho que construyan como familia, ese sueño inalcanzable los va a acompañar no ya como sueño sino como frustración. Esta frustración es, en ese caso, parte de los mecanismos sociopsicológicos de dominación que transforman a las relaciones entre las personas en un tener o no tener, y a la competencia por la movilidad social en una vía para tener con qué "comprar" otro automóvil, otra mujer o -aunque menos frecuente- otro hombre.

Lo que quiero significar con esto es que con la construcción histórico-cultural de las identidades de género y -a través de ésta- de los sexos, realizada desde la perspectiva del varón (llamada generalmente androcéntrica o falocentrista), pierden en realidad los dos sexos, debido a la castración de cualidades y capacidades humanas que esto implica para ambos, aunque las mujeres, al ocupar el lugar subordinado, son las más perjudicadas porque las consecuencias de los estereotipos culturales resultan más deshumanizantes, particularmente en el caso de las mujeres pobres (obreras, campesinas, empleadas domésticas, jefas de hogar empleadas o desempleadas).

Precisamente por enfatizar en las mujeres a quienes busca liberar de su subordinación y discriminación, la propuesta de género supone la modificación de los roles histórico-culturales atribuidos a hombres y mujeres. Si no modifica los dos roles no puede modificar ninguno. Primero porque no se trata de invertir los papeles y pasar del patriarcado al matriarcado, ni del machismo al feminismo (en sentido anti-hombre). Segundo, porque de lo que se trata es de modificar culturalmente (mediante un proceso cotidiano de deconstrucción-construcción) los roles de hombres y mujeres tal como estos se han elaborado y consagrado hasta ahora. Por eso, entre otras razones, la cuestión de género atañe a hombres y mujeres; al buscar la

plenitud de uno de los sexos componentes de los seres humanos, también busca la del otro, la presupone. Vale recordar que la opresión siempre afecta también al opresor, lo limita, lo castra y lo disminuye como ser humano. La rebeldía y la liberación de los oprimidos es por ello, a su vez, la liberación de los opresores de tal condición.

Desde esta perspectiva, queda claro que no puede asumirse la cuestión de género solamente como una cuestión de la mujer; tenemos que empezar a tomarla varones y mujeres. A los hombres la sociedad les ha asignado –históricamente– papeles que los han ido castrando en muchos componentes de su humanidad.

Los patrones culturales patriarcal-machistas no están sólo entre los hombres, aunque se expresen mayoritariamente a través de ellos. Vale recordar que la reproducción de esos patrones y modelos está prácticamente en manos de nosotras las mujeres, no pocas veces más machistas que los hombres. Como señala Eufemia Frías: Es bueno saber que las que propagamos más el machismo somos nosotras las mujeres, en el hecho de que muchas mujeres, son muy feministas, pero los hijos, ¡ah, no! A cuenta de que tienen medios económicos, muchas veces, tienen a una sirvienta, que les lava, les plancha, les cocina y hasta le baña los hijos. Eso se contradice con lo que estamos diciendo: que debemos compartir las tareas.

Y también lo reafirma Remedios Loza: Es importante eso. Nosotras, desde el vientre, educamos a los hijos. Y cuando tenemos niña decimos: tu hermanito es varón, tienes que plancharle, tienes que atenderle porque es varón. Es importante la educación que nosotros demos como madres a nuestros hijos.

De un modo quizá más "gráfico", lo asegura también Concepción Quispe cuando dice: Nosotras mismas hacemos el machismo. ¿Quién lo va a hacer? ¡Nosotras! Porque nosotras mismas damos la muñeca a la mujercita y al hombrecito el carro; con eso ya los hemos diferenciado. ¿Por qué no a la mujer también el carro? ¿Por qué al hombre no le hemos comprado la muñeca?

A la mujercita, la cocinita; para el varoncito, una lancha, un pico y una pala; pero a la mujer siempre la olla y la cocinita, bien implementadita... Y la muñeca para que aprenda a cuidar sus hijos. Pareciera que nosotras mismas estamos acondicionando a las mujeres;

por eso digo de que las propias mujeres somos machistas; no es el hombre...

Claro, el sistema, sí, pero por la intuición, por la costumbre de la casa que nos han dejado, por la educación. Esa es una preocupación, hasta ahora.

Preñada de lo que hace milenios se entiende como masculinidad, esta concepción del poder patriarcal-machista -el poder de la agresividad, de los agresores y vencedores, de la omnipotencia y la prepotencia, de la autosuficiencia, el autoritarismo, el centralismo y el consiguiente verticalismo-, puede ser, como de hecho lo es, asumida y aplicada también por mujeres en el ejercicio directo del poder -una Margaret Thatcher, por ejemplo-, o incorporada culturalmente a la conciencia femenina como vía de autodiscriminación y afianzamiento de los patrones relativos a la superioridad masculina que muestran un mundo público agresivo, fuerte, eficiente y racional, prácticamente ágil y por tanto supuestamente inaccesible para las mujeres, cuya esfera natural y específica de acción -dadas las características atribuidas a su género-, está dentro de su casa, en el ámbito de lo privado y "protegido" por el hombre.

Resulta importante acotar:

La división y asignación de roles determinados a hombres y mujeres ocurrió durante un proceso prolongado de diferenciación (y convergencia) de tareas, marcado principalmente por la necesidad de sobrevivencia de las comunidades o núcleos familiares (gentilicios).

"El origen histórico de la discriminación de la mujer nace de la diferencia de roles como la forma más primaria de división del trabajo: la mujer se centra en la maternidad y en el ámbito doméstico y el hombre asume el quehacer público, socialmente valorado como más importante que el privado."²

Esto habla de la existencia de una diferenciación cultural (creada por la humanidad), entendiendo que el trabajo (en su desarrollo) es quizá la primera conquista cultural de los seres humanos, y de una diferenciación natural (biológica), la cual, como es lógico, subyace y

². "Visión de las mujeres del Partido Demócrata Cristiano sobre el origen de los problemas de la mujer y la forma de superarlos." Material de trabajo para la discusión interna. Santiago de Chile, 1995. Pág. 19.

atraviesa cualquier propuesta de equidad entre los sexos. No se trata de negar las diferencias que existen entre los sexos, sino de poner fin a las asimetrías en los roles atribuidos a unas y a otros.

*Con el desarrollo de la humanidad basado en la asimilación-acentuación de las diferencias de roles culturales establecidos a través de los siglos, **lo cultural pasó a ser considerado como natural**, fetiche afianzado y recreado constantemente mediante los mecanismos y aparatos de dominación (del poder masculino) y la consolidación de las relaciones de poder establecidas sobre la base de relaciones asimétricas entre los sexos.*

El mundo o esfera pública quedó cada vez más separado de la esfera privada y con ello también el carácter sexual de las actividades. Los hombres resultaron los únicos aptos para la vida social y pública, la política y las guerras, la economía y el poder (del Estado, de las empresas, de la esposa, de la familia y de los hijos [¿patria potestad?]). Las mujeres resultaron ser las únicas capaces de entenderse con la casa, la crianza de los hijos, el dar placer a los maridos o amantes, el cultivar las artes y las letras, es decir, de hacer todo aquello que necesitaban los hombres para sentirse cómodos, compensados y complacidos para poder dedicarse de lleno a su vida pública y privada (incluso atender a sus amantes, cosa que debía ser aceptada también como natural por sus esposas). En esa división-discriminación de roles, el saber también le fue privado, hasta hace poco, a las mujeres. Es conocido que las mujeres más destacadas e inclinadas a las ciencias y la sabiduría, para poder desarrollarse según sus necesidades humanas e intelectuales -en un tiempo no muy remoto-, tuvieron que internarse en conventos, donde se dedicaron a estudiar y se desarrollaron a costa de la castración de otras necesidades igualmente humanas de su ser.

"La sobrevaloración de lo público se ha ido acrecentando en la medida en que el acceso a esa esfera requiere cada vez más de un aprendizaje formal, lo que ha acentuado la brecha entre ambos espacios. (...) las causas de la problemática actual, la sitúan entonces así: por una parte la marginación y sometimiento histórico ya señalado y por otra, en la ambigüedad social respecto al rol de la mujer, confusión que tendrá tanto la mujer como la sociedad en su conjunto."³

³. **Ibídem.**

Así, el mundo de lo privado se fue cargando de un doble sentido: para los hombres, era un mundo donde podían hacer y deshacer a su antojo ya que privado quería decir: de su propiedad. (Todavía quedan remanentes culturales, sociedades donde, por ejemplo, los maridos compran a las esposas). Para las mujeres, como lo acota María Antonieta Saa, el mundo privado significó, más que algo íntimo y propio, un mundo "privado de" libertad, de saber, de desarrollo pleno como seres humanos.⁴

*El mundo de lo público, masculino y dueño de la producción, del saber, de la política y del poder, necesita y **crea un mundo privado subordinado** a sus necesidades, una de las cuales -y prioritaria- es, por supuesto, su mantenimiento, reproducción y ampliación. Es decir, la producción y reproducción de esas relaciones de subordinación entre los mundos y entre las personas que los integran, entre los hombres y las mujeres. El resultado es que, en ambas esferas la mujer se encuentra en relación de desventaja. "(...) lo público se valora como resultado de las interacciones sociales, mientras que lo doméstico (lugar de la individualidad y lo personal) se aísla de lo político y se rodea de un halo de naturalidad. Ello, relacionado con el establecimiento de un sistema sexo-género con dominio masculino, implica que el espacio doméstico, como campo de la mujer se naturaliza y se aísla de la política, se vive como adecuado a presuntas características femeninas, también de índole natural, considerando la utilización de la biología como dispositivo del poder."⁵*

Si la relación de subordinación mujer-hombre se asienta en una relación de inferioridad "natural", las relaciones familiares hombre-mujer no aparecen sino como algo particular, natural, ajeno al Estado, a la política, al poder, a la cultura, a la sociedad. Se alimenta

⁴. "(...) si analizamos un poco el concepto de 'mundo de lo privado', quiere decir: privado de. En el fondo, privado de libertad. Es un mundo privado necesario para el desarrollo del 'mundo de lo público'. Así como el mundo público está cruzado por una serie de opresiones y de contradicciones de clase, explotaciones de clase, el mundo de lo privado, de lo doméstico, de la familia, también está organizado jerárquicamente (...)."

María Antonieta Saa. "Una lectura feminista". Documentos de trabajo del seminario "Mujer, Política y Partidos políticos". Instituto para el Nuevo Chile. Ediciones Documenta, Santiago, 1985. (Texto no paginado.)

⁵. Ana Sojo. Tomado de: *Nuestro clamor por la vida*, **Op. cit.**, págs. 69-70.

así la confusión entre género y sexo, entre lo social-cultural y lo biológico.

A lo largo de la historia, esta confusión ha consolidado lo que algunas estudiosas del tema denominan "sistema sexo-género", mediante el cual se han conformado y se conforman las identidades de hombres y mujeres, lo que significa ser hombre y ser mujer, y las relaciones que deben existir entre ellos sobre la base de determinadas pautas de comportamiento que -por esta vía- se consideran propias de cada sexo. Las diferencias biológicas entre los sexos se confunden (mezclándose) en una, con las construcciones socio-culturales de valores y significaciones que se adjudiquen a lo masculino y a lo femenino en cada momento histórico. "(...) esta relación se plantea como natural, cuando el género se asimila e iguala al sexo, al pretender que las diferencias entre la mujer y el hombre son estrictamente de carácter biológico, y por esa vía se rodea de un aura de naturalidad e inevitabilidad (...). En el actual sistema sexo-género con dominación masculina, la diferencia biológica oculta la generación social del género y es base de un sistema opresivo.

Se cree, de esta forma, que la subordinación de la mujer es natural porque se asienta en el hecho, también natural, de la inferioridad femenina."⁶

A continuación expongo testimonios que dan cuenta de algunas manifestaciones de las consecuencias que esta concepción discriminatoria acarrea a las mujeres que logran acceder -contranatural- al mundo tradicionalmente masculino.

⁶. *Ibíd.*, pág. 67.

DISTINTAS MANIFESTACIONES DE DISCRIMINACION DE LAS MUJERES EN EL MUNDO DE LO PUBLICO

En la vida político-partidaria

Subestimar la opinión y los criterios de las mujeres al interior de la organización

Lucí Choinascki: En el año 83, yo asumí la campaña electoral del Partido de los Trabajadores y me quedé en el Ejecutivo Municipal del Partido. Ahí tuve problemas porque yo era la única mujer y algunas formas de encaminar las cosas que yo daba, no eran oídas. La opinión mía era una opinión de mujer, no tenía mucha validez.

Yo tenía la visión de que había que trabajar en la base, que no se adelantaba con pasarse dos años reuniéndose cuatro o cinco, discutiendo en el Partido en vez de ir a la base. Mi propósito no era peor que el de los otros compañeros, mas venía de una boca femenina, no era una boca masculina, y para mí quedó claro que por eso no tenía validez, no era oído. Yo era secretaria del partido, tenía que hacer las actas, hacer los trabajos y eso estaba bueno para mí. Para demostrar que mi propósito era correcto, que era viable, para hacerme reconocer, tuve que buscar otro camino. Fue bastante pesado de inicio.

Como mi posición no era muy oída, yo decía: vamos a discutir la realidad de las mujeres. Tenemos que organizarnos. Comencé a hacer reuniones con las mujeres de las comunidades en el municipio donde yo vivía, donde yo entendía que el partido debía tener hecho ese trabajo. La gente participó en algunas reuniones y comenzó a integrarse y sentí que uno podía hacer más, no sólo trabajar. Descubrí que uno tenía derechos.

Asignarle tareas subalternas y puestos de adorno.

"Es fácil comprobar como en la `promoción de cuadros', las compañeras permanecen durante casi todo el ciclo de su militancia, desempeñándose en las mismas tareas subalternas -manuales, secretarias, infraestructura- con las que se iniciaron; mientras los compañeros son fácilmente promovidos a instancias de dirección."7 Esto es así porque, "pese a los discursos y programas, de hecho, los partidos políticos -de

7. Maritza Villavicencio. "Mujer y Política en el Perú." (Documento mimeografiado, no paginado.)

*derecha, de izquierda o centro- no le han dado espacio a las mujeres, ni estas han presionado lo suficientemente para obtenerlo. Las aceptaron como heroínas históricas, pero no como personas reales con formación técnica y criterio político suficiente para compartir las decisiones y el poder en el mundo de la política cotidiana."*⁸

Y cuando la mujer se destaca en el partido, generalmente su aporte ha sido reconocido (por los hombres que lo dirigen), cuando "ha constituido una extensión de las funciones culturales adjudicadas a la mujer o cuando ha existido una anulación de su especificidad [adopción de valores masculinos]"⁹. En este sentido hago las preguntas a mis entrevistadas y ellas responden:

Virtudes Alvarez: No es lo mismo que una esté en la secretaría del sector organizativo, que tiene que estar en el partido, o en la comisión política que tiene que darle respuesta al país y al partido, a estar en puestos de relleno: Secretaría de Asuntos Sociales, Presidenta de la Comisión de Protocolo, Secretaría de Finanzas, de Actas, puestos en los que la gente se va embruteciendo si no trabaja con creatividad.

En el Comité Ejecutivo [del MIUCA] tenemos 15 compañeros, y dicen: "Sí, pero hay cinco mujeres". Pero ¿en qué puestos están las cinco? Una, es segunda vocal; la otra es presidenta del tribunal disciplinal; otra es secretaria de actas, que es la que está más lejos; la otra es de las comisiones sociales. Puestos de adorno.

En la Iglesia Católica.

-Eulalia, ustedes son hermanas, mujeres, y dado el sistema patriarcal de la Iglesia Católica que establece su subordinación a los párrocos, deben tener continuas contradicciones con la estructura jerárquica de la iglesia. Cuéntame cómo enfocan esta relación y el papel de ustedes como mujeres dentro de la iglesia.

Eulalia Alvarenga: Nuestra subordinación la establece la cultura machista, de la cual también forma parte la iglesia, pero no debe ser así.

⁸. *Mujer y Política en América latina y el Caribe*, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 1989. Pág. 18.

⁹. Sandra González, "Mujer y Política: un aporte a la discusión. Material de trabajo para discusión interna." Circulación restringida. Consultores EFES Ltda. Lima, 1995. Pág. 29.

Lo primero que estamos haciendo es tomar conciencia de ello; desde ahí, tratamos de abrírnos paso donde trabajamos, en cada momento. En esta tarea no está empeñada sólo la congregación nuestra, hay un movimiento de religiosas, y tratamos de que tomen conciencia también los hombres, la jerarquía, las instituciones...

Nosotras nos hacemos muchos cuestionamientos. Planteamos la importancia de la presencia de la mujer, de la figura femenina en los seminarios, ya sea a través de la cátedra o por una presencia de amistad, de fraternidad. A veces, en nuestras comunidades, invitamos a sacerdotes o a seminaristas para que descubran a la mujer en el rol de religiosa, porque tenemos que sentirnos trabajando juntos por la evangelización, por la construcción de la sociedad. En algunas ocasiones esto significa discusiones; otras, un poco de sentido del humor...

-¿Ustedes han reflexionado sobre el tratamiento de este problema en la Biblia?

Eulalia Alvarenga: La Biblia es machista, ciertamente... Es una cuestión de cultura. El caracú¹⁰, digamos, del mensaje bíblico, está escrito y revestido con un ropaje de esa cultura... Y pienso que obedece e incorpora los elementos culturales de aquella sociedad machista en varios aspectos. Ahora, en la misma Biblia una encuentra elementos, va descubriendo cosas... Esto de la imagen de la pareja humana como imagen de Dios es para mí muy elocuente, porque cuando Dios crea al hombre y a la mujer los hace cocreadores.

-Pero la Biblia dice que Dios hizo a la mujer de una costilla del hombre y que, a causa del pecado original, debe ser dominada por éste.

Eulalia Alvarenga: La Biblia dice eso literalmente pero uno va construyendo su visión actual, propia. Y ese es el esfuerzo nuestro. Tenemos que trabajar muchísimo en la sociedad y en muchos conceptos teológicos que hay que desmitificar, que secularizar, en el buen sentido. Muchas veces se endiosan ropajes externos. Este es un trabajo que está reservado a alguien, seguramente. Como dice Teresa de Calcuta: "A mí me toca hacer el aspecto asistencial, a otro le tocará cambiar las

¹⁰. Expresión utilizada en Argentina y Paraguay para designar el tuétano del ganado vacuno. Por extensión, en el lenguaje popular se emplea para referirse a lo central, a la médula.

estructuras, buscar otras formas..." Tomo nada más su palabra para plantear que cada uno debe luchar donde trabaja: la gente de estudio, en el aspecto teológico; nosotras en lo práctico, al lado de la gente...

-Pompéa, tú mencionaste que habías percibido un trato, digamos, hostil de parte de los curas hacia ti y hacia las monjas en general. ¿A qué crees que se deba, en lo fundamental, esa hostilidad?

Pompea Bernasconi: Primeramente, a la formación machista de los hombres desde niños, reforzada en los seminarios donde la mujer es vista como "objeto de pecado". También, porque siempre tuvieron más oportunidades de estudiar que las mujeres. Hoy, muchos sienten inseguridad ante las monjas porque ellas están más cerca de la gente de las comunidades que los propios curas y estos temen la pérdida del "poder sagrado". Se sienten amenazados por el poder de las mujeres, porque las religiosas, principalmente las mujeres laicas que trabajan en las comunidades, hacen una labor directa con el pueblo y, debido a eso, se han ganado la confianza de la gente. Los padres tienen un trabajo más distante del pueblo y entonces la palabra de la mujer, de la religiosa, es muchas veces más oída.

-Los curas están muy acostumbrados al viejo esquema de que la hermana tiene que obedecerles, que someterse a ellos en las parroquias...

Pompea Bernasconi: Muchas veces ellos piensan que tienen que determinar lo que éstas van a hacer, que tienen que decidir y dar todas las órdenes, y eso hoy las monjas no lo aceptan. La mayoría de ellas saben cuál es su papel como religiosas, y una gran parte ya no se somete a este autoritarismo eclesiástico. Ellas quieren determinar su trabajo. Tienen una forma de actuación con su pueblo que viene de un aprendizaje de metodologías de la educación popular que muchas veces entran en conflicto con las metodologías autoritarias de los curas. Es un punto de confrontación general, no sólo en las parroquias...

-¿Estos curas de los que tú hablas están también comprometidos con el pueblo?

Pompea Bernasconi: Unos sí y otros no. El machismo y la inseguridad es común en ambos: tanto en los no comprometidos como en los comprometidos. A los mismos padres comprometidos, por su formación

muy machista, les es muy difícil aceptar que las religiosas de hoy son mujeres que han pasado cursos de teología y son capaces de tener su palabra y su saber, y entonces hay conflictos. Cuando acontecen estos conflictos existe una reacción de la jerarquía de la iglesia, y quienes siempre salen perdiendo son las religiosas porque en la propia jerarquía de la iglesia ese machismo es muy fuerte.

-¿Podrías caracterizar brevemente ese machismo jerárquico institucional? ¿Cuál es su fundamento?

Pompea Bernasconi: Lo mismo que fundamenta el machismo de los sacerdotes y de toda la sociedad patriarcal. La formación prejuiciosa con relación a la mujer, a lo femenino; la concepción "omnipotente" de su poder vinculado con lo sagrado; la distorsión del concepto de autoridad.

-¿Ustedes se proponen realizar las mismas actividades que los sacerdotes?

Pompea Bernasconi: En mi congregación optamos por no asumir las tareas de los párrocos. Hay congregaciones que las aceptan. Nosotras tenemos claro que nuestra función es ser educadoras de la fe, evangelizadoras. Trabajamos en la organización del pueblo; trabajamos con grupos bíblicos, con los sindicatos, en movimientos de defensa de la vida, ayudando a la gente a desarrollar su conciencia crítica y la dimensión más profunda de su fe, y ello causa conflictos con los padres que muchas veces no están en esa línea metodológica.

Margarita Ruiz: Dentro de la Iglesia Católica la mujer no es reconocida en su dignidad propia, todo se piensa desde el hombre porque en los poderes de decisión están también los hombres; en la parroquia, por ejemplo, los sacerdotes son los que deciden. Tenemos el grave problema de que la captación de la realidad de la mujer y las injusticias que ocurren no son presentadas dentro de la iglesia desde el punto de vista de la mujer. Eso los hombres no lo captan, ni se dan cuenta... Y cuando lo decimos una o dos, nos ven como las que siempre estamos peleando. "Esas no saben -dicen-, o tienen un problema de personalidad..." Siempre nos ven como "problemas".

-Es una forma más de discriminación.

Margarita Ruiz: Sí. Y entonces cada vez que se va a hacer cualquier cosa, se le pide a los hombres que la hagan. Esto lo hemos

experimentado en todo y en distintos momentos. Hasta con los mismos teólogos de la liberación, porque eso del machismo se da en todas partes... Pero vamos haciendo algo, porque yo creo que muchos se van dando cuenta. Ellos lo captan, aunque no en un primer momento. Y nosotras, las mujeres, también vamos conociendo que hay que buscar el momento para la confrontación; saber cómo hacerlo; no ser tan agresivas; no utilizar los mecanismos de ellos, pero no dejar de decir nuestra palabra. Por ahí es que vamos aprendiendo.

-Elsie, ¿cuáles son tus consideraciones al respecto? Cuéntame tu experiencia.

Elsie Monge: La Iglesia Católica es una iglesia patriarcal. Las decisiones vienen a través de esa estructura: el Papa, los obispos, los sacerdotes... A mí me parece que lo que sucede en la sociedad también está reflejado en la iglesia. Como que los cambios que se dan en la sociedad, luego se dan en la iglesia. Entonces, la mujer, en la iglesia, también es una ciudadana de segundo orden, en general. Para el trabajo pastoral siempre ha estado bajo las órdenes del sacerdote.

Esa es la estructura, y me parece que por lo mismo que no estamos tan insertadas en la estructura, podemos cambiar más fácilmente, evolucionar en el modo de pensar, en el modo de actuar, no tan institucionalmente. Todo es dialéctico. Para nuestro trabajo ha sido una ventaja ser un grupo ecuménico. Ecuménico significa, para nosotros, algo muy amplio. En el sentido religioso significa interrelación entre cristianos, sean católicos o protestantes. Entonces, eso también nos ha dado un espacio para movernos de cara a la jerarquía eclesiástica y ha sido una ventaja para poder desempeñar nuestro trabajo. Y por lo que yo he conocido, en muchos lugares el porcentaje de religiosas progresistas es mayor que el porcentaje de sacerdotes progresistas, porque la estructura eclesial condiciona mucho. Las religiosas tienen más libertad para buscar nuevos caminos, para ir cambiando aquello que contradice los principios evangélicos.

-¿Te refieres a la posibilidad de celebrar misa, por ejemplo?

Elsie Monge: Sí. Creo que algún día la mujer podrá celebrar misa, administrar los sacramentos y participar con autoridades eclesiales en la toma de decisiones. En algunos lugares, por la falta de vocaciones

sacerdotales, las religiosas prácticamente toman la responsabilidad de las parroquias. Eso antes era impensable.

-¿Tú crees que esto cambie, Elsie? Sería una especie de revolución dentro de la estructura eclesial, implicaría que hubiera mujeres obispos... Se llamarían obispas...

Elsie Monge: Yo no veo por qué no... (ríe). El hecho de que una mujer pueda celebrar misa, sería un paso para el reconocimiento de la igualdad de los sexos en el interior de la iglesia.

En las Iglesias Protestantes.

-Ofelia, desde tu experiencia como pastora, ¿cómo enfocas la realidad de las mujeres en tu iglesia?

Ofelia Ortega: Déjame contarte algo que para mí fue interesante. Cuando hice mi examen para entrar en el seminario como candidata al pastorado de la Iglesia Presbiteriana, tenía ya 20 años. Y en ese examen, en la ciudad de Cárdenas, me preguntaron qué pasaba si yo me casaba. Mi respuesta fue: No me voy a casar. Como ese mismo día se examinaron dos varones, yo agregué: ¿Le hicieron ustedes esa pregunta a los varones que se examinaron antes que yo?

Yo me daba cuenta -sin tener conciencia completamente-, que la pregunta era para mí porque era joven, pero sobre todo, porque era mujer. Porque no se le hace la misma pregunta a los hombres; era natural que ellos se casaran.

Yo intuía: hay algo acá que no funciona. ¿Por qué me hacen esta pregunta a mí?, ¿por qué no le preguntarán también a los varones? Ellos consideraban que era mucho mejor que la mujer sirviera como misionera, soltera. Ese era el criterio de la iglesia. Y claro, al ver que era una muchacha joven, pensaron: Esta se va a casar y ¿qué va a pasar entonces con sus estudios?, ¿qué respuesta nos va a dar?

Lo mismo ocurrió después en la estructura de la iglesia.

Ni esposa ni secretaria:

Ofelia Ortega: En el seminario generalmente se pensaba que una muchacha iba allí a casarse con un seminarista, a ser mujer de pastor. Y yo hice un compromiso serio conmigo misma: No voy a ser mujer de

pastor. (Ríe.) Eso hizo que les dijera que no a todos mis enamorados en el seminario. Y tuve varios enamorados de otras denominaciones...

-A lo mejor no te gustaban mucho...

Ofelia Ortega: Puede ser (ríe), pero yo creo que a mí la determinación interna me marcó bastante. Una voluntad muy fuerte de decir: no voy a entrar en ese modelo, porque me parecía que Dios me llamaba para ejercer otro tipo de ministerio.

-¿Por qué?

Ofelia Ortega: Porque allí la mayoría de las muchachas se casaban y yo era como una excepción. Estudié muy duro, muy fuerte, a la par de los varones. Un poco pienso que tenía esa lucha de querer avanzar lo más posible desde mi condición de mujer. De manera que, efectivamente, fui una de las pocas que terminó sus estudios de Educación Cristiana y no se casó... Otra de las decisiones que tomé allí, fue la de no aprender a escribir a máquina para no ser secretaria del pastor ya que muchas mujeres que terminaban sus estudios eran designadas en una iglesia local y casi inmediatamente se convertían en la secretaria del pastor.

Cuando me situaron en la iglesia de Cárdenas, la primera pregunta que me hizo el pastor, -en aquella época el Reverendo Sergio Manejías que ya murió en EE.UU.-, fue: "¿Usted sabe escribir a máquina y tirar en mimeógrafo?" Sentí un gusto muy grande al decirle: "Pues no" (ríe). Ese hombre me dijo: "¿Pero qué le han enseñado en el seminario?" Digo: Me enseñaron a predicar, a dar estudios bíblicos, a trabajar con jóvenes, a trabajar con niños... Entonces me dijo: "La tengo que enviar a las misiones, a predicar..." Y le conteste: Bueno, me parece que sí.

Discriminación jurídica.

En la segunda mitad del siglo se han producido importantes modificaciones en el terreno jurídico en aras de superar las históricas y más injustas discriminaciones contra las mujeres, como lo fueron, por ejemplo, su no derecho al voto, y la existencia de un salario inferior por igual trabajo que el realizado por los hombres. Puede decirse que se produjeron considerables avances en el sentido de consagrar la igualdad de los sexos ante la ley.

"En las constituciones y leyes electorales se ha venido fortaleciendo el derecho de elegir y ser elegida en igualdad de

*condiciones con el hombre. El mayor respaldo para insertar estos derechos políticos en la estructura legal de los países se observa a partir de la creación de Naciones Unidas, como el esfuerzo desplegado a través de distintas acciones, dirigidas a lograr la participación plena de la mujer en la vida de cada nación."*¹¹

Sin embargo, a partir de los noventa, sobre todo llegando a mediados, ese panorama positivo y optimista no resulta tan a tono con la realidad. En las sociedades en las que irrumpe el neoliberalismo deja bien claro su contenido profundamente retrógrado, reaccionario y excluyente de los sectores sociales considerados débiles, entre ellos, por supuesto, a las mujeres. Esto se hace evidente, por ejemplo, en la situación actual de las mujeres argentinas como a continuación lo testimonia Mary Sánchez:

En las últimas leyes laborales, en una de ellas, *acota Mary*, llegaron a poner a las mujeres en el lugar de los discapacitados y menores de edad, como una forma de contratación. ¡Y esto se votó en el Parlamento Argentino! Yo no estaba.

Acá se implantó la flexibilización laboral, entonces se han creado formas de contratación supuestamente para generar trabajo -que ninguna ha generado trabajo- y una de esas formas de generar trabajo es la contratación con menor salario, sin aportes, etc., dirigida a los sectores castigados, que son: menores de edad, mayores de 50 años, discapacitados y mujeres, para facilitarle poder ingresar a puestos de trabajos.

-Eso es una barbaridad...

Mary Sánchez: Es una monstruosidad de las más grandes. Por un mismo trabajo la mujer cobra menos que un hombre; ahora se lo permite la ley. Estas se llaman contrataciones especiales. Están esclavizando al conjunto, pero acá, además, a la mujer. Está claro que es un retroceso.

Fijate, hubiera sido un escándalo si sacáramos una ley para que se puedan repartir preservativos porque hay una tendencia muy fuerte desde sectores de la iglesia para que no se haga propaganda del uso de preservativos, sin embargo, no ha sido un escándalo nacional esto que

¹¹. Wilma Saavedra y Ana María Zamudio. "Participación Política." En: *Tramas para un nuevo destino*. Santiago de Chile, 1989-1990. Pág. 135.

han hecho con las mujeres... Lo más terrible es que sobre este tema hay varias reacciones de mujeres, pero todavía no se considera que se cometió una aberración en el Parlamento poniendo una ley de esas características.

En la prensa.

Lucí Choinascki: Cuando fui electa Diputada por el Estado [de Santa Catarina], era la única mujer, la única agricultora, la única del Partido de los Trabajadores, y no tenía un diploma debajo del brazo. Yo sólo terminé la escuela primaria. Ahí la prensa me cayó encima, y yo me quedé desesperada porque no estaba preparada para eso.

-¿De qué forma la prensa te "cayó encima"?

Lucí Choinascki: Explotaba mucho aquello de intentar saber lo que yo iba a hablar, cuál era la primera bola afuera que yo iba a dar. Fue medio año en que todos los días yo estaba en la televisión...

-¿Recuerdas lo qué te decían?

Lucí Choinascki: Intentaban confundirme con algunas gracias, me salían con que yo no sabía vestirme correctamente, que no me arreglaba bien el pelo y volvían con la gracia... Siempre me hacían alguna crítica, además de hacerme entrevistas para intentar ver dónde es que yo no daba pie con bola.

Todos los días estaba en la prensa y yo sin experiencia, con un miedo desgraciado. Cuando llegué a la Asamblea Legislativa, los comentarios eran: "Nosotros vamos a reventarla por micrófono, a través de la conversación, a través del dinero." Tres meses era el tiempo de vida que ellos me daban en la Asamblea. Yo percibí las cosas que estaban corriendo entre bastidores, y mi hijo me dijo: "Ve ahora, que ellos no saben con quién están lidiando. De ahora en lo adelante ellos van a conocer que tipo de diputada es la que entró en esa casa". Entonces comencé a reafirmarme más todavía y hablar siempre fuerte, a hablar muy fuerte, para que ellos vieran que yo estoy aquí, y que no estoy aquí por dinero, ni por juego, sino que tengo un proyecto. Yo lo dije: Yo estoy aquí y tengo diferencias antagónicas en esta casa, son culturales, son geográficas, políticas y sociales y yo voy a intentar decirlas en todo momento; a eso no voy a renunciar. En esta tribuna van a hablar, en mi nombre, esos trabajadores que nunca tuvieron voz. Aquí hablamos

nosotros, los que no tenemos un lenguaje académico. Vinimos con un lenguaje popular, con palabras erradas, pero es lo que yo estoy sintiendo porque vengo de ese medio.

Ahí comencé a marcar el campo con mucha fuerza y la prensa siempre encima. Yo salía y tenía que responder, y respondía siempre hablando fuerte, ya que daban espacio, yo hablaba bien fuerte y así comencé a reafirmarme. Luego de la mitad del año, la prensa no me destacó más porque no consiguieron tumbarme.

-Con esos métodos, en vez de tumbarte te estaban afirmando, ¿no?

Lucí Choinascki: Sí, me estaban afirmando. Era un desafío que se había dado, y era un desafío para mí misma, porque cuando sentí todo aquello no conocía la Asamblea Legislativa. Yo llegué allá sin conocer nada, no conocía ni a los dirigentes del Estado, salvo uno, no conocía a nadie del partido [PT]. Yo era militante, pero del Movimiento [MST], allá en mi región, yo no conocía las estructuras partidarias, las divergencias internas en el partido...

El desafío era muy grande, muy grande y yo, como dirigente del Movimiento, le decía a todas las mujeres que ellas eran capaces, que ellas tenían que participar en la política y que tenían que ser dirigentes, que teníamos que ser como los hombres. Los hombres son también trabajadores, pero nosotras teníamos que participar, y ahora tenía que demostrar que aquel discurso mío, en la tribuna, en las reuniones, era cierto. Ese fue un desafío muy grande para mí, de conseguir responder, de hacer que las mujeres tuvieran crédito y también los compañeros hombres.

En el sindicalismo.

Mary Sánchez: Si la política no es buena en ningún lugar para la mujer, en el sindicalismo, menos. Uno de los lugares donde menos representación tiene hoy la mujer, menos que en la política, es en el sindicalismo, y esto es muy grave. Es una cosa bien de varones porque, ¡vaya a saber qué es lo que pasa allá adentro! Hasta se hace una fantasía colectiva que parece que una mujer no se podría meter nunca en un sindicato del plástico, de los portuarios, de los textiles, cuando hay cantidades de mujeres trabajando en la metalúrgica, en textiles, en las empresas del Estado. En la sanidad la mayoría son enfermeras, y no hay mujeres dirigiendo el sindicato y cuando hubo una, la trataron de

reventar desde la oposición y desde los propios sectores políticos a los que pertenecía. ¿Cómo es posible?

Sinceramente, creo que el sindicalismo es uno de los lugares donde más cerrada está la participación de la mujer.

Si llegás vas a ser la Secretaria de Actas o la de la Secretaría de la Mujer. Pero la Secretaría de la Mujer en los sindicatos, en lugar de convertirse en capacitación y facilitación de la tarea de la mujer para que pueda cumplirla, se ocupa de otras cosas. Porque la mujer va al sindicato, va a la política y no deja de volver a la casa, y si el nene está enfermo tiene que llamar al médico, correr, ver, tiene que levantarse más temprano para ver si está todo, si sus hijos se cocinan solos que tengan lo que necesitan, y eso, a veces, le genera culpas.

Si ir al sindicato significa que van a hacer una asamblea a las 10 de la noche o tenés que estar esperando en un bar a que se termine la reunión para que te informen de lo que van a resolver y vos opinar y punto, y al final te tenés que quedar hasta las 12 o la una de la mañana, es imposible que una mujer pueda participar. Sin embargo, en un conflicto en el lugar de trabajo la mujer es la primera que sale. Eso después tiene una relación con ser la delegada en el lugar de trabajo o en la conducción territorial y demás, sobre todo en lugares del interior, en las provincias, lejos del poder central. En los grandes sindicatos, a nivel de las conducciones nacionales o de los distritos más importantes de concentración urbana, los que tienen el contacto con el poder donde tienen que discutir o negociar, esto es inimaginable. Ahí la mujer, salvo excepciones -como el caso mío o el de Marta [Maffei]-, no está presente, no tiene espacio.

-Tu dirías que el enfoque de género está totalmente ausente...

Mary Sánchez: Está ausente en la propia concepción de los compañeros más progresistas en el sindicalismo.

-Quizá porque la cuestión de género se interpreta como un problema de las mujeres y no como un problema social cultural que atraviesa a todas las relaciones sociales entretegiéndose con ellas.

Mary Sánchez: Así es. Se acepta más en lo político y te voy a decir porqué: el político lo acepta más rápidamente porque mide los votos, es la verdad; parece que tiene que decir sí a todo aunque después no lo haga. Por eso, en mi criterio, esto entra más rápido en la política.

En el sindicalismo, lo que significa la explotación de la mujer todavía es considerado una estupidez, aun en los sectores sindicales progresistas que quieren transformar la sociedad, y muchas veces quienes primero lo consideran así son mujeres muy comprometidas, de mucho trabajo y de mucha dinámica social. En el sindicato docente, por ejemplo, la mayor dificultad es con las propias compañeras. Por eso, lo que puedo aportar en este momento y estoy absolutamente decidida a hacerlo, es mi propio desarrollo porque al verme a mí, a las cosas que yo tenía, reproduciendo prejuicios o parámetros, y escucharme decir ahora que no es así, pueden otras compañeras avanzar también.

En las estructuras de gobierno.

Triplemente discriminada: por mujer, india y pobre.

-Cuéntame Rosa, ¿cómo te has sentido cuando fuiste electa regidora?

Rosa Dueñas: Yo no podía creerlo. Era la única india que estaba subiendo a ser regidora el año 83-85. Y ahí pude ver, para una mujer popular que suba a una instancia, a ese sitio, es un choque brutal. Primero, porque tu vida, tu ambiente es diferente, estás con la gente, con tus costumbres. Vas ahí, era como haber llegado a un palacio... Y de ver toda esa mayólica, todo lujo, tu no puedes ni pararte. El primer día yo no podía ni pararme. Yo que he trepado punas, que he caminado cerros nevados, al entrar ahí me empecé a tambalear.

Cuando llego, yo no sabía que cosa era ser regidora, nadie te orienta. No sabía nada. Yo temblaba de miedo y de terror. Pero decía: si yo he venido por el voto popular yo no puedo de ninguna manera fallar al pueblo, sobre todo a las mujeres; algo se me tiene que ocurrir.

Mientras estoy pensando y reflexionando, voy a la Sala de Regidores y con el primero que me agarra tengo el shock más grande. Me dice: "Señora, retírese usted un momento porque voy a hablar por teléfono una conversación personal."

-¿Quién te dijo eso?

Rosa Dueñas: Un tipo muy elegante que yo no sabía quién era. ¡Ay! Y yo como un robot me paro y me voy y me siento en la Sala de los Espejos. Pero me digo: ¿de cuando a acá un tipo como este va a decir que los teléfonos son para asuntos personales si esto es del pueblo que cotiza? No, no; no puede ser así; yo tengo que reaccionar.

-Y reaccionaste...

Rosa Dueñas: Un mes he deambulado sin rumbo, como se dice, chismeando, mirando, observando qué hace cada regidor. Y ninguno me convencía para lo que yo quería hacer. Bueno, todo el mundo lo hace de acuerdo a su idea, y debe estar bien. Pero para mí quería algo que yo quiero...

-¿Y que querías tú?

Rosa Dueñas: Resolver el problema de las mujeres. Tantos problemas: información, cultura, educación, solidaridad... y no había nada.

En el Parlamento.

Benedicta Da Silva: Dentro del Congreso fue muy difícil porque yo soy una militante del movimiento negro y yo tenía que defender la causa de los negros. Al principio yo recibí cartas, me llamaban racista, me decían que yo no era nadie, que aquel no era mi lugar, que aquel era un lugar de gente inteligente, que yo tenía que ir para el furgón. Me molestaban mucho.

Ahora, ellos podían hasta discrepar conmigo, pero mi palabra quedaba garantizada. Porque el racismo y el machismo en el Brasil son muy sutiles. Por ejemplo, difícilmente los hombres parlamentarios abordan con las mujeres los asuntos relacionados con la economía. Ellos decían que las mujeres íbamos a estar peleando. Ellos no; ellos discuten, ellos dialogan, mientras que nosotras no: nosotras peleamos. Son "cosas de mujeres".

Yo tuve frustraciones en esos espacios llamados de poder, son todavía espacios muy limitados para la participación de la mujer, especialmente de la mujer negra favelada¹². Nosotros vivimos procesos autoritarios en el Brasil que influyeron mucho en la organización de la población, de las favelas, y como representante de ese sector, es preciso decir que la fuerza motriz de la gente se da por el nivel de organización de la población o sector al que pertenecen. Y en el Brasil hubo una desmovilización enorme, saliendo del autoritarismo de la dictadura, entrando en un gobierno como este que nosotros estamos asistiendo hoy. Todo eso trae un cierto desánimo, desmovilización, descrédito de la

¹². Que vive en las favelas.

población con relación a los políticos. Entonces yo procuro mantenerme con un compromiso político ideológico y no renunciar a mi perfil: el de ser una mujer de la favela. Hay que intentar mostrar que no puede y no debe haber una distancia entre el representante del pueblo y el pueblo.

II. EL ENFOQUE DE GÉNERO EN LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RELACIONES DE PODER

El enfoque de género no pretende solo dar cuenta de la realidad de discriminación y marginación de las mujeres, ni mejorar el diagnóstico del origen de tal situación de asimetría social, esclareciendo lo que son diferencias biológicas entre los sexos y lo que corresponde a las construcciones histórico-culturales elaboradas y consolidadas por los poderes masculinos a través de siglos. Aunque esto resulta, por sí mismo, un esfuerzo valioso que contribuye a desnudar los tentáculos íntimos del poder y a conocer más a fondo los mecanismos de producción y reproducción de su hegemonía de dominación, el enfoque de género trasciende la denuncia; es, a la vez, una propuesta de transformación de esa realidad de discriminación y marginación y, en ese sentido, resulta convergente con procesos sociales de transformación de la sociedad toda, o sea, del poder.

No hay pensamiento ni propuesta seria sobre la democracia, en lo político, social, ético, económico y cultural, que pueda prescindir de incorporar -atravesando su concepción y su propuesta- la perspectiva de género. Es decir, que pueda prescindir de una profunda revisión del estado en que se encuentran estas relaciones, de cómo éstas han posibilitado la existencia de un poder discriminatorio y marginador de las mujeres y, a su vez, de cómo esto se ha conjugado con la existencia, desarrollo y fortalecimiento de un poder discriminatorio y marginador del resto de sectores considerados débiles dentro de cada sociedad. La mirada de género acerca de las relaciones sociales entre las clases y entre los sexos es profundamente cuestionadora del poder que sobre ellas se levanta, se asienta y se refundamenta día a día. Este cuestionamiento -condición sine qua non de cualquier intento de modificar con equidad las relaciones entre clases y sexos históricamente establecidas-, está en la base misma del enfoque y la propuesta de

género. No es posible alterar esas relaciones sin alterar todo lo que sobre ellas y a partir de ellas se levanta.

Esto quiere decir que la transformación del poder es condición a la vez que objetivo de las luchas de género, y viceversa: las luchas de género son -o deben ser- parte de las luchas por la transformación del poder.

GÉNERO Y LUCHA DE CLASES

No existe realmente una contradicción insalvable entre la lucha por transformar la sociedad en el sentido de democratizarla, de organizarla sobre valores de equidad, justicia y progreso social y las luchas de las mujeres por sus reivindicaciones de género, aunque no puede hablarse tampoco de que actualmente exista convergencia, armonía. Esta carencia se debe, por un lado, a la intermediación de intereses particulares de los distintos sujetos-actores involucrados en estos procesos; y, por otro, a la escasa comprensión del valor del enfoque de género que pone de manifiesto los nexos histórico-culturales de las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres con el poder de dominación, contribuye a analizar a uno y a otro (el tema del poder y el de género) como fenómenos separados e inconexos, salvo cuando se trata de subordinar, una vez más, la "problemática de la mujer" a la solución del problema considerado "fundamental", que es -en tal caso y según esa interpretación-, exclusivamente el del poder. Esta subordinación es madre de otra serie de subordinaciones, en primer lugar, la de condicionar la solución de la desigualdad en las relaciones hombre-mujer, a la solución del conflicto entre clases antagónicas.

"Es como si nuestras reivindicaciones no tuvieran tiempo y nunca es tiempo de hacerlas porque siempre hay cosas más prioritarias, por lo tanto, estamos como suspendidas en el tiempo. Nosotras tenemos que ser capaces de negar esta atemporalidad. Tenemos, por último, que negar el aislamiento y la atomización y este sentido de que los problemas de las mujeres son individuales. Son de cada una. Poder construir un nosotras; una identidad social."¹³

La concepción que centró toda su mira en la "toma del poder", lo suponía focalizado en un sólo lugar, el ámbito estatal, y reducía de

¹³. María Antonieta Saa. **Op. cit.**

hecho, la lucha política y lo político a la disputa contra ese poder y por ese poder. Esa reducción conformaba el sustrato de la búsqueda, preparación y valorización positiva de los enfrentamientos directos por la captura del poder, y -frente a ese empeño- la descalificación o subestimación de toda otra manifestación de lucha o reclamo popular por considerárseles no políticos y por tanto -según esa concepción- un freno a la lucha por el poder. Esto trajo como consecuencia:

-Que se menospreciaran o se desconocieran los múltiples mecanismos y modos de ejercer el poder (la dominación), empleados por los sectores dominantes o, que estos mecanismos fueran reducidos al poder político.

-Que las luchas reivindicativas fueran -y para muchos sectores aún son- consideradas como un impedimento, un obstáculo para la politización de las masas y, por tanto, como algo que éstas debían superar para ascender a la esfera política y así llegar al enfrentamiento político, o sea, a la disputa por el poder político.

-Que lo político quedara separado de lo reivindicativo.

-Que los protagonistas de las luchas reivindicativas fueran "ubicados" en un escalón inferior de las luchas y de la conciencia respecto a los actores políticos.

-Que las diferentes formas y medios de ejercer el poder de dominación, que se canalizan y ejercen a través de la ideología y la cultura dominantes quedaran fuera del campo de las disputas políticas, dado que la ideología -en última instancia- también se "medía" a través del enfrentamiento directo con el poder.

-Que los modos de penetración ideológica y de presencia del poder de dominación en la vida cotidiana quedaran fuera de la lucha política o postergados para enfrentarlos en un mañana post-"toma del poder", dado que -según tales apreciaciones- en el poder (político) de la dominación radicaba la raíz de todos los problemas sociales, humanos, etc.¹⁴ Así ocurrió, por ejemplo, con las reivindicaciones de los movimientos de mujeres, de los movimientos étnicos, etcétera.

¹⁴. Tales concepciones sobre el poder estaban estrechamente vinculadas a la definición más generalizada en la izquierda acerca de la política como expresión concentrada de la economía.

Hoy son muchas las críticas que pueden realizarse a tal enfoque. Quizá la primera de ella sea su carácter reduccionista que prácticamente subsumía la política en las relaciones

La reducción de la concepción del poder al ámbito estatal y la comprensión de éste casi unilateralmente como un instrumento de dominación de una clase sobre otra, reduce toda la vida social y también su dinámica, al conflicto entre las clases así consideradas fundamentales y, sobre todo, a la solución de dicho conflicto, también considerado fundamental. A esta solución se subordina todo ya que, según este punto de vista, la solución del conflicto fundamental -que eliminará la contradicción antagónica-, eliminará también todos los conflictos derivados-dependientes del mismo, entre ellos, el conflicto hombre-mujer suprimiendo la desigualdad de las mujeres. Así lo considera, por ejemplo, Doña Ligia Prieto: Debemos alcanzar primero nuestra independencia económica plena, nuestra democracia plena, nuestra justicia social para que realmente después podamos pensar en otros detalles. En este momento a mí no me interesa la igualdad de la mujer; me interesa la conquista de la justicia social de todo el pueblo paraguayo.

Vista así, la liberación femenina y la igualdad de roles entre los seres humanos de distinto sexo, sería una consecuencia inevitable (mecánica) de la solución del conflicto fundamental, que se logra con la toma del poder. Este presupuesto parte de otro: atribuir la existencia de la discriminación de las mujeres y del machismo al capitalismo, cuando en realidad, sí bien en este sistema se han desarrollado y afianzado, el

económicas. No es intención de este trabajo, realizar una exhaustiva revisión y análisis de esos conceptos, pero es importante plantear, al menos como ejemplo, que ciertos conceptos del marxismo tradicional tan empleados como el de política, encierran -pese a sus limitaciones-, un contenido no explorado o encubierto por las lecturas deterministas dogmáticas que sólo veían en él (como en tantos otros conceptos) la relación de determinación de la economía hacia la política, sin reconocer la presencia de lo político en la misma economía, salvo como poder superpuesto, externo, posición desde la cual sí era capaz de influir (de ahí la argumentación de que era necesario tomar el poder político para transformar la economía). Enfocada desde un ángulo dialéctico es posible que -aunque resulte insuficiente- aquella definición pueda tener una lectura diferente, más amplia. Esto es: si la política es la expresión concentrada de la economía, quiere decir que no está separada de ella, y que así como las relaciones económicas indican relaciones y posiciones de poder, las luchas económicas encierran, tienen, expresan, un contenido político.

No sólo lo político tiene contenido económico sino también lo económico tiene contenido político. Y existen múltiples nexos, interacciones e interdependencias entre lo económico y lo político con un sentido biunívoco que es necesario rescatar y repensar.

origen de las asimetrías discriminatorias hacia las mujeres, data de mucho antes, tiene su fundamento último en la cultura patriarcal-machista históricamente constituida y afianzada en distintos sistemas sociales. Por eso es tan difícil de superar. Y por eso no se elimina automáticamente con la supresión del capitalismo, como lo demuestra la mayoría de las experiencias socialistas de este siglo.

Así lo entiende Eufemia Frías: Nosotros estamos luchando porque se defina una línea y una estrategia de cara a esa situación, porque los compañeros de los partidos, lo que estaban pensando es que, bueno, con la transformación de la sociedad se arregla todo y nosotros sabemos que no. Tenemos las experiencias de algunos países socialistas, donde hicieron una guerra y tomaron el poder y donde las mujeres continuaron tan jodidas en el aspecto de la igualdad de derechos con los hombres como aquí, en Dominicana.

Y yo digo: la mujer que no hace conciencia ahora del papel que debe jugar, no lo va a hacer nunca. Nosotros decimos que eso hay que irlo definiendo desde ahora. La mujer tiene que comenzar a reivindicarse como lo que es.

La lucha, la transformación de la sociedad, debe ser, para ser integral y radical, un proceso totalizador sobre la base de articular distintos intereses, aspiraciones e identidades sociales, sectoriales y de género. Porque como acota Lucí Choinascki: Yo no quiero luchar para cambiar este sistema capitalista, cambiar las fuerzas productivas del país y que las mujeres continúen siendo las mismas mujeres de hoy, que reproducen, que producen, que están cuidando la casa, los hijos, el marido.

No creo que sea una cosa o la otra; yo quiero resolver esto en conjunto, porque hay cosas que son bastantes complicadas. Cuando tú no comiences a resolver desde ahora la cuestión cultural de los cambios en la relación hombre-mujer, a construir un hombre y una mujer nuevos, no veo que ese proyecto vaya a dar en lo cierto. Yo no voy a llegar allá y después abrir la cabeza y poner una cosa nueva allá adentro. Es todo un proceso de construcción, y lo digo por mí misma. Yo pasé por un proceso de conflictos, de luchas, de errores, de varias cosas para llegar al lugar que llegué. Entonces uno no puede pensar que después que cambiamos la sociedad, en lo social y político, vamos a cambiar la cultura, porque así no cambia más la cultura. Es un desafío muy grande y

es necesario trabajar todo junto porque el cambio cultural favorece a la transformación. Porque cuando la gente se coloca en el mismo plano de igualdad, con derechos y deberes políticos, intelectuales y todo, estamos contribuyendo a la transformación política, entonces, combinar las dos cosas es algo estratégico.

La reducción de todo el conflicto social y su solución, al enfrentamiento entre dos clases fundamentales, por otro lado, supone (en su variante más avanzada) que sólo existen dos salidas posibles, y que cada una de ellas se corresponde con las necesidades y aspiraciones de los sujetos que históricamente han protagonizado el enfrentamiento, en el curso del cual han enarbolado proyectos propios y se han constituido (cada uno) en sujetos históricos de los mismos.

Así las cosas, para ese estilo de pensamiento, sólo existen dos proyectos y dos sujetos históricos: los que frenan el cambio y el desarrollo, los retardatarios y reaccionarios (propriadamente antisujetos), y los que propugnan el desarrollo, impulsan los cambios, el progreso, la revolución (sujeto histórico de la revolución, clase obrera). Al resto de las fuerzas sociales sólo le corresponde agruparse en torno a uno u otro, como aliado (secundario, principal, estratégico, táctico, etc.). No hay más actores, ni más sujetos que los históricos.

Las mujeres -salvo excepciones- ni siquiera somos catalogadas como aliadas. Calificadas como naturalmente conservadoras, se nos considera capaces de movilizarnos sólo cuando vemos amenazada nuestra sobrevivencia y la de nuestra familia. De ahí que, en general, seamos reconocidas y tratadas como una fuerza importante e invencible en momentos de crisis y de definición de procesos de enfrentamientos definitivos.

Como dice María Antonieta Saa: "Al final, en momentos de crisis, nos transformamos, somos requeridas y somos demandadas para que salvemos a la Patria como fuerza última y moral."¹⁵ Y como observa también Maritza Villavicencio: "Estamos presentes a la hora de la lucha, peleando, combatiendo, haciendo huelgas, ollas comunes, actuando decisivamente en vistas al quebrantamiento del poder establecido, mas llegado el momento de la calma, nuestra acción no nos depara el uso de derechos políticos, ni una participación equitativa en la

¹⁵. María Antonieta Saa. **Op. cit.**

gestión del poder. (...) persiste pues, un manejo utilitario de la intervención política de la mujer, relegada siempre a un lugar decorosamente subalterno.

(...) Punto nodal en este problema es la apreciación que se tiene acerca del papel de la mujer en la política revolucionaria. Cuando se trata de lucha electoral, militar, o de resistencia, las mujeres somos convocadas: los políticos se acuerdan que nosotras también tenemos un papel que cumplir al lado del pueblo. O cuando los compañeros, por congraciarse con nosotras, nos dicen que somos sus aliadas en el proceso revolucionario. Nuestra primera reacción podría ser de entusiasmo ante tal reconocimiento, empero, si enseguida nos preguntamos: ¿aliadas?, ¿al lado del pueblo?, descubrimos que tras un discurso aparentemente igualitario, en realidad se nos está negando el rol de ser tan sujetos de la revolución como ellos."¹⁶

Precisamente a esto alude Concepción Quispe cuando, relatando críticamente su experiencia, reclama: Mira, las mujeres siempre hemos encabezado las luchas. Pero, ¿una evaluación?... Entre hombres se hace. "¡Ah, vamos a evaluar!", dicen. Sin embargo, la mujer ha encabezado y ni siquiera le han dicho a la mujer: "A ver, que venga una que vamos a evaluar el movimiento, qué les ha parecido..." Nunca han dicho eso hasta ahora, siempre ellos son los que evalúan. Y las mujeres, que hemos encabezado todo el peligro, ni siquiera sabemos cómo ha sido la evaluación.

Y eso es lo que más me amarga a mí. Ni siquiera un aplauso para las compañeras que han encabezado respaldando a los hombres, a los dirigentes. Ellas han expuesto su vida, con sus niños, con todo. Nunca dicen eso. He estado en muchos sitios, y se nota que no hay una valoración. Después que termina la lucha, después que termina la marcha, después que termina el mitin, se olvidaron olímpicamente de la mujer. Antes, sí: "¡Las mujeres que encabecen la marcha!" Nunca han valorado a la mujer.

"(...) así llegamos a la conclusión de que cuando se convoca a la clase obrera, al campesinado, y demás sectores sociales, se piensa en los hombres de dichos estratos como los hacedores de la historia. Y sólo en

¹⁶. Maritza Villavicencio. **Op. cit.**

los momentos que son francamente difíciles se acude a las mujeres para que colaboren como sostén.

Esta concepción es bastante contradictoria, pues, por un lado, implícitamente, se está reconociendo que existe una diferencia entre damas y caballeros aún perteneciendo a la misma clase social, por otro, se está vedando la participación de las mujeres como sujetos específicos."¹⁷

La consideración de que existe una contradicción y un sujeto fundamental (según sea la alternativa), implica considerar a lo así catalogado como secundario, no antagónico y subordinado, como no definitorio de las relaciones de poder y su transformación y, por tanto, como no importante. En consecuencia, cualquier énfasis por parte de sus protagonistas para atender a sus reivindicaciones y necesidades, aunque sea planteado junto al problema fundamental como una parte del mismo, será considerado como una desviación del mismo y una actitud y posición divisionista de quienes lo defienden.

Desde tales presupuestos, transformar el poder, en pocas palabras, significa tomarlo para invertir el contenido y la esencia de clase del Estado y con ello su funcionamiento. Es un acto, no un proceso. Todo lo demás se desprenderá mecánicamente de esa inversión de los mecanismos del funcionamiento estatal. No se reconoce la existencia de vínculos genealógicos entre los fenómenos considerados secundarios y los fundamentales, entre el poder, sus manifestaciones y sus consecuencias, por tanto, se considera que las transformaciones en los márgenes, en los costados (lo secundario) resultan intrascendentes para la "gran" transformación del poder.

No resulta ocioso repasar brevemente algunos aspectos referidos al poder. En primer lugar, que el poder de una sociedad dada no se encuentra en un lugar ni en una institución determinada, sino que, a la vez que se ejecuta mediante un conjunto de instituciones, se conjuga con un sinnúmero de factores socioculturales y económicos que actúan sobre el todo social por diversos medios y mecanismos que velan o hacen invisible su acción como acción de dominación, de poder. La naturalidad rodea la vida social y pareciera que el poder dominante se reproduce espontáneamente, por la fuerza de la costumbre de los

¹⁷. **Ibíd.**

ciudadanos. Esto, en parte es así, sólo que esa costumbre se alimenta y afianza cotidianamente mediante el reforzamiento de patrones culturales a través de los medios de comunicación, la cultura, la educación, etc. Sin embargo, toda la vida pública existe porque existe determinado mundo privado que la hace posible. Ambos "mundos" están interpenetrados y se condicionan mutuamente. No es por casualidad ni por principios ético-religiosos que la familia burguesa es la base de la sociedad burguesa y, en general, de toda sociedad moderna. La sociedad política requiere de determinada organización y funcionamiento de la vida privada y para ello, de seres humanos que la atiendan, que en las sociedades patriarcal-machistas son las mujeres.

Con esto quiero destacar que las relaciones de poder empiezan y terminan (se producen y reproducen) en cada casa; se expresan claramente a través de las relaciones familiares, de las relaciones hombre-mujer (esposo-esposa, hermano-hermana, hijo-madre) en el seno de cada familia.

Es por ello que la transformación de esas relaciones de poder también debe ser gestada desde lo más íntimo, desde la familia, desde la convivencia cotidiana; no se logra por decreto, requiere ir acompañada de un cambio en la conciencia de hombres y mujeres y esto habla de un proceso, no de un acto, no de un momento.

Lejos de socavar la lucha por el poder, el enfoque de género enriquece su concepción y contribuye, en la teoría y en la práctica, a su transformación radical, en tanto ésta es sólo posible y real si es desde abajo, desde las raíces, desde lo cotidiano y en ámbitos simultáneos, en un proceso complejo y multifacético, continuo y discontinuo de deconstrucción-construcción-transformación... .

La transformación, si es radical, supone no sólo la autotransformación de cada uno de los actores y las actrices intervinientes, sino también la de las relaciones hombre-mujer, mujer-mujer y hombre-hombre desde el entorno inmediato. Porque reconocer la existencia de relaciones discriminantes asimétricas entre hombres y mujeres y transformarlas, aunque sea desde una posición individual, supone una modificación en los roles domésticos y sociales de quien se transforma, y como esta modificación es de relación, implica la modificación del rol o roles masculinos y femeninos que conviven con quien se transforma. Es muy difícil lograrlo individualmente a plenitud,

pero es imposible que se dé una transformación general social repentina si no se van produciendo -como de hecho ocurre- pequeñas y casi imperceptibles transformaciones cotidianas en los roles de muchas mujeres y hombres.

A contrapelo de esto, la ultraizquierda, por ejemplo, siempre ha considerado que el pretender ir cambiando las manifestaciones culturales del poder, o buscar fórmulas para mejorar la sobrevivencia de habitantes de barrios carenciados, es sostener posiciones reformistas, alargarle la vida al sistema, etcétera.

Coinciden también con esta concepción, aunque sus referentes ideológicos sean otros, quienes consideran que las luchas de las mujeres por sus reivindicaciones de género, por su reconocimiento como seres humanos con las mismas capacidades que el hombre, por su reconocimiento como sujetos sociales y políticos con puntos de vista propios, son maniobras divisionistas impulsadas por el enemigo e introducidas en los movimientos feministas o de mujeres a través de la pequeña burguesía influenciada por el pensamiento europeo, con el objetivo de dividir el campo popular y dispersar los esfuerzos del problema fundamental.

Así lo han pensado y todavía lo piensan muchos hombres y muchas mujeres. Doña Ligia Prieto, por ejemplo, afirma: Yo pienso que no vamos a hacer nunca nada las mujeres si nos estamos dividiendo en feminismo y machismo.

Reflexionando sobre esto, Mary Sánchez recuerda: Yo soy de una generación de los años 60-70, cuando la lucha era por la paz y la liberación de los pobres y de los desposeídos. Es decir, cuando teníamos el paradigma del conjunto de la sociedad; en ese torrente todos íbamos a alcanzar la libertad y la igualdad. Entonces, en esa lucha que fue permanente -dictadura incluida-, el aspecto de la reivindicación de la mujer para mí era secundario. Es más, frente a la necesidad de unidad del campo popular me parecía hasta divisionista plantear la mujer por un lado, el hombre por otro. Ahora, pensaba, nos vienen con ese verso¹⁸ europeo. Esa era mi concepción frente a lo que estaba pasando: nos estaba matando una dictadura y además nos vienen a dividir con eso de las mujeres...

¹⁸. Trova, engaño.

-Aunque te parezca algo del pasado, muy superado no es así Mary. Muchas mujeres, como Ligia, rechazan actualmente los planteamientos de género por considerar todavía que responden a tendencias europeas para dividirnos.

Mary Sánchez: Es cierto. Siguen teniendo esa concepción mujeres muy comprometidas política y socialmente.

Desde una perspectiva diferente, las reflexiones de Gladys Marín, Secretaria General del Partido Comunista de Chile, muestran otro ángulo de esta problemática:

He ocupado dentro del partido también cargos que tienen que ver con el trabajo de la mujer, *acota Gladys*. Fui encargada del trabajo de la mujer joven dentro de las Juventudes Comunistas, después trabajé vinculada a la Comisión Femenina del Partido, pero no he tomado en mi militancia este tema del problema de la mujer. Yo creo que este es un asunto que se plantea en los últimos tiempos en cuanto a un concepto más profundo, más allá de lo que es una definición general de la discriminación de la mujer, que todo el mundo la ve, que todo el mundo la siente... Pero que más allá de eso, aborda el tema del rol de la mujer dentro de la sociedad y cuestiona los roles que esta sociedad capitalista nos ha asignado.

Pero yo no partí asumiendo eso desde el primer tiempo. Me planteé siempre el estar -en el movimiento estudiantil, en el partido-, en función de una causa, de una idea. Y llego a Secretaria General del Partido Comunista, por una cosa general, no solo por la condición de la mujer.

-Y ahora como Secretaria General, ¿cómo lo analizas?

Gladys Marín: En general para la izquierda chilena, para el partido, para la sociedad y para mí, te diría que no fuimos muy adelantados en esto. O sea, que yo me sumo al conocimiento general que se va dando en cuanto a profundizar sobre el tema de la mujer, sobre la necesidad de su participación, del aporte que hace la mujer al asumirse en tareas generales y romper con los moldes clásicos que nos han asignado dentro de los partidos, porque también en el Partido Comunista se ha dado esto de que la mujer está dentro de las comisiones femeninas, dentro de los trabajos considerados más específicos de la mujer.

Romper con esos moldes significa poner más en discusión lo que existe, en los hechos, en todas partes, en las sociedades, en la

importancia que se da al trabajo y al rol de la mujer. Yo creo que esta discusión es muy importante porque en general ha significado un mayor aporte, una mayor consideración de la mujer dentro del trabajo político; entendiendo que hay que dar a la mujer un papel mucho más particular para ayudar a que supere la marginación a la que está sometida.

Yo creo que esa discusión se ha abierto en general en el país, en las organizaciones sociales, también en los partidos... Pero sin plantearse quizás tan teóricamente el tema. Creo que en la sociedad chilena en general -porque no es que se vea en cada caso particular-, se ha avanzado en lo que es la participación de la mujer en las cosas generales relativas al poder, sindicatos, partidos políticos, organizaciones sociales y también en elevar o compartir los roles. Yo creo que se va dando, sobre todo en los sectores más jóvenes, que entienden casi más naturalmente lo que es acompañarse en las distintas tareas.

Volviendo a la conversación con Mary Sánchez, le pregunto cómo enfoca ahora la problemática femenina, y ella reflexiona: Yo creo que antes lo veíamos así porque la lucha por el todo no tenía estrategia para las partes. Creo que el propio neoliberalismo que ha centralizado las decisiones de cómo conduce y cómo condiciona al mundo entero con su política de desentendimiento de los estados nacionales, con la descentralización de funciones del Estado y la transferencia de responsabilidades a la población, en la práctica, produjo la gran desventaja que es la desprotección del conjunto de la sociedad que ha quedado fragmentada y sin protección, sin papá, sin todo lo que esto significa y que está haciendo, en general, ver más lo cotidiano, que es adonde hay que reconstruir. No porque uno lo piense teóricamente, la práctica te va dando, te va diciendo que es necesario el reencuentro en el barrio, en la comunidad, en los distintos sectores: los jóvenes, la mujer, los desocupados, los sectores de reflexión religiosa, todos comienzan hoy a encontrarse con las singularidades que empiezan a reconocer y que antes quedaban secundarizadas.

En el caso de la mujer el relegamiento se reproducía por el mandato cultural, porque el hombre era el que tenía que proveer a la familia, a la casa, el que tenía que garantizar el sustento, y hoy, la crisis y la desocupación hace que las mujeres sean las que mantengan incluso a sus propios esposos desocupados.

-Hoy, producto de la crisis, se ha roto esa especie de "pacto social" que existía entre los hombres y las mujeres al interior de la familia y de cara a la sociedad...

Mary Sánchez: Claro. Y toda esta situación hace repensar a la propia mujer, su lugar. Porque se encuentra con que todos los días tiene que salir y a lo mejor nunca había trabajado; tiene que enfrentar la relación laboral y después volver a la casa y continuar trabajando. Todo esto tiene un significado.

Me parece que esto es lo que hace que, cada vez más, las mujeres de distintas prácticas, de distintos trabajos nos encontremos compartiendo las reflexiones sobre las dificultades actuales y el destino de nuestros hijos. Creo que esta es una de las cosas más valiosas: cómo es posible tener un lenguaje que todas sabemos, pero que no nos animábamos a decirnos ni a reconocérselo unas a otras públicamente. Lo que es apropiarnos de nuestros propios derechos, de nuestra propia sexualidad, de no tener temor o vergüenza de decirnos lo que sentimos y reivindicarlo como un valor, no para decirlo entre mujeres, sino para ponerlo ante la sociedad. Y tanto una chica de 15 años como una mujer de 70.

Esto me parece fundamental. Creo que las mujeres que hace tiempo vienen planteando esto son pioneras. Es uno de los reconocimientos más importantes que tengo hacia ellas porque he aprendido mucho. Primero lo rechacé, porque me parecía que eran estupideces frente a la lucha que teníamos que hacer y, como siempre, creo que una de las cosas que uno tiene que tener, es la facultad de escuchar al otro e ir aprendiendo. Esto me ha dado una gran enseñanza porque además lo he visto en la realidad: ante una situación terrible, en cualquier problema, aparece una mujer. Siempre lo hizo la mujer, siempre estuvo, pero ahora está dando un paso más hacia adelante y empieza a conducir. Y esto me parece fantástico. Creo que no es casual que uno de los liderazgos políticos más importantes en Argentina sea de una compañera del Frente [FREPASO], como es Graciela¹⁹.

La lucha por los derechos de la mujer y por su plena participación en la vida social no puede dejarse -sobre la base de considerar su opresión

¹⁹. Se refiere a Graciela Fernández Meijide.

como un "mal menor" y circunstancial, o una contradicción no fundamental-, para un mañana mejor. Si hemos aprendido alguna lección, esta es que ese mañana deseado, la utopía soñada, jamás llegará si no se comienza a construir desde ahora en cualquier circunstancia y en todo lugar. Postergar problemas y respuestas sólo ha acarreado la posposición indefinida de las soluciones y, no pocas veces, el agravamiento de los problemas. Esto se ha visto en lo referente a los derechos de los pueblos originarios (indígenas), o de los negros, o en cuanto a la participación de la mujer en el diseño y alcance de su liberación conjuntamente con la de la sociedad.

EL ENFOQUE DE GÉNERO NO ELIMINA EL PUNTO DE VISTA DE CLASE

La propuesta no es -no puede serlo-, lucha de clases o de género; enfoque de clase o de género; salida de clase o de género. De lo que se trata es de superar las antinomias reduccionistas y no de reeditarlas en una nueva dimensión espacio-temporal. Se trata, por tanto, de construir (o reconstruir) el enfoque de clase conteniendo el de género y viceversa.

Esto es importante porque el ser mujer, no define de por sí determinados comportamientos y actitudes sociales. El movimiento de mujeres no es homogéneo, está atravesado por las mismas clases (y sus contradicciones) que existen en la sociedad a la que pertenece. Como señala Mary Sánchez: Hay cosas que nos unifican como género, sin ninguna duda, pero hay que tener claro que también está la diferencia ideológica, y las prácticas y concepciones distintas.

Los partidos tienen oligarquías internas, que son lapidarias y muy centralistas para los hombres. Recuerdo que una vez se estaba tratando en un municipio un proyecto de ordenanza sobre procreación, en cuanto a permitir que el hospital público del lugar diera cursos y facilitara a las mujeres métodos anticonceptivos. Estaban las mujeres del Partido Justicialista enfrentando esto, llamando contra el aborto, con el apoyo de la iglesia que considera abortivo a cualquier método anticonceptivo que no sea la abstinencia, o sea, el control de acuerdo a los días de fertilidad.

Me causó mucha gracia que una compañera del Frente, cuando vio que se peleaban unas mujeres con las otras, dijera: "No nos peleemos entre mujeres". Yo le dije: Pero no es una pelea entre mujeres, son dos concepciones políticas filosóficas, de libertad o no frente a la vida. Del Partido Justicialista las enviaron para que vengan a agredirlas a ustedes y

ellas vienen a cumplir esa función. No tienen asumido todavía su derecho como mujeres.

Esto me parece que es muy importante tenerlo en cuenta porque en caso contrario, uno está equivocándose, y entonces cae en el hembrismo. Eso no es feminismo. Conozco mujeres de las clases altas que han enfrentado a los hombres, pero por el poder en sí mismo, y eso no tiene nada que ver con un planteo de género ni con sus derechos como mujeres.

Las mujeres, actoras sociales plenas.

Más que divisionista o desviacionista, la incorporación del enfoque de género y de sus propuestas a la construcción de una alternativa democrático-popular, sólo puede resultar enriquecedora y revitalizadora de la propuesta y el enfoque de clase. Y, en este sentido, enriquecedora también de los sujetos de la liberación social.

Coincido por ello, con las teólogas María Pilar Aquino y Elsa Támez, cuando afirman que "la consideración de la mujer como sujeto es fundamental cuando se hable de un proceso que mantiene como referente la construcción de una nueva sociedad igualitaria, formada por mujeres nuevas y hombres nuevos. El principio básico subyacente en estas consideraciones tiene implicaciones políticas porque la fuerza de las mujeres, su resistencia, conocimientos, experiencia y capacidad de lucha, fortalecen los procesos populares. Pero, sobre todo, tiene implicaciones antropológicas de fondo porque reclama y propone una nueva manera de pensar y concebir a la mujer, no ya como la fuerza estratégica en los procesos de cambio social, sino como sujeto histórico, es decir, como persona con conciencia propia de sus intereses, sus luchas y su devenir en la historia."²⁰

Nuevos hombres y nuevas mujeres.

La modificación de los roles históricamente adjudicados a hombres y mujeres supone la creación de nuevas identidades, según nuestros puntos de vista, justas y equitativas entre los sexos y esto, a su vez, de la formación de nuevos hombres y nuevas mujeres.

²⁰. En: María Pilar Aquino. *Nuestro Clamor por la Vida*. **Op. cit.**, p. 53.

Si la cultura y las ideas patriarcal-machistas fueran solo propias de los hombres quizá podría pensarse que la solución estaría más cerca, pero producto de la dominación cultural patriarcal-machista, las mujeres -en un número todavía considerable y mayoritario-, se hacen eco de esos puntos de vista y los defienden a costa de sí mismas. Por eso coincido con Esther Custo, en que hace falta ir generando una mentalidad diferente en mujeres y hombres, porque, como ella señala: Mientras no haya cambios de mentalidad en ambas partes, tampoco se puede.

-¿Cómo llegar a ese cambio de mentalidad?

Esther Custo: Con un proyecto político diferente. Tiene que construirse otro proyecto político-ideológico-social, donde estos valores nuevos de solidaridad, de derechos humanos, de todas estas reivindicaciones que planteamos, sean parte de todo un sistema social; que no sea un discurso sino un hecho concreto. Y que se genere a partir de la vida cotidiana de los seres humanos porque no creo en eso que dicen: viene una situación revolucionaria y cambiamos todo de golpe, porque también después, en cierta medida, se reproduce todo lo anterior.

Lograr esas modificaciones es una lucha constante en la vida cotidiana, que tiene que ver con los proyectos políticos. En estos momentos, en la sociedad argentina no existe un gramo de solidaridad, de respeto, de responsabilidad social, de cooperación... Yo comento a mis alumnos que si bien es cierto que antes teníamos un sistema social con el mismo proyecto político -era un sistema capitalista-, hubo determinados momentos históricos donde la solidaridad, el valor del compañerismo, y los valores de la cooperación eran grandes y fuertes. ¿Qué había?, ¿qué pasaba?, ¿por qué existía ese tipo de cosas? Porque hubo movimientos políticos con capacidad para una posible disputa del poder, donde se daban una cantidad de valores, de proyectos políticos e ideológicos populares que, en cierta medida, se planteaban estas modificaciones y valores como forma de vida, en la vida cotidiana.

La alusión al carácter cotidiano y la base familiar de las transformaciones podría alimentar la idea ilusoria de que, por ello, se trata de un proceso simple, sencillo, cuando en realidad es a la inversa: precisamente por ello y en ello radica gran parte de su complejidad. Nada hay más difícil de modificar que las relaciones humanas

establecidas, reproducidas y afianzadas durante milenios a través de la diferenciación de roles entre hombres y mujeres que, desde la vida hogareña, se trasladan a toda la vida social. Y cuando decimos roles, decimos también identidades. Porque el ser hombre y el ser mujer, en cada momento histórico concreto, se define en gran medida a partir del cumplimiento o no de esos roles por parte de cada cual. De ahí que su alteración se visualice generalmente como una deficiencia o un defecto en cuanto al ser hombre o al ser mujer.

Debatiendo sobre esta problemática en un pequeño encuentro de investigadores sociales celebrado recientemente, un hombre entre los presentes, el arquitecto Alvaro San Sebastián, señaló muy atinadamente algo que había experimentado en carne propia: Yo tengo la sensación, dijo, de que necesariamente hay un momento donde también los hombres tenemos que incluir el momento del género en nuestras prácticas, no sólo en el pensamiento. Si esto no sucede puede aparecer -de hecho apareció muchas veces- el antagonismo hombre-mujer. Me parece muy importante buscar espacios y momentos en los que el hombre y la mujer puedan reflexionar juntos sobre la problemática de género.

Porque además, a veces sucede -yo tengo una experiencia personal- que cuando uno atiende un teléfono, hace el arroz, atiende al chico y hace todo eso, a las mujeres les cuesta mucho aceptar ese rol no establecido que uno despliega. Cuando en una reunión social lavás los platos y hay mujeres, se ponen muy nerviosas. O te empiezan a decir: "¡Qué marido envidiable!"

Yvonne Preiswerk, socióloga y especialista en el tema, también participante del encuentro, acotó: Ocorre que las mujeres tampoco dejan tan fácilmente que se lleve el hombre una parte del poder o de las cosas que ellas hacen. Por ejemplo, en unos estudios realizados en Francia sobre el lavado de la ropa en las parejas, se ve que cuando no están casados, el chico lava su ropa, la chica lava su ropa. Tan pronto se casan, la mujer lava la de los dos. Y si el hombre dice: "Yo quiero lavar la tuya", ella dice que no, que esa tarea es de ella. Y también hay otros roles que ellas no abandonan fácilmente porque forman parte cultural de su ser mujer, de sentirse útil y necesaria como persona. Lo cual, de última es parte de su poder dentro de la casa.

Precisamente, teniendo en cuenta esta complejidad, es que se afirma que el cuestionamiento del poder masculino-patriarcal con miras

a transformarlo para lograr la equidad en las relaciones entre los sexos y sus roles, implica una transformación de las identidades, de lo que significa ser hombre y ser mujer, del modo de manifestarse la feminidad y la masculinidad. Y esa transformación debe darse en ambos: en los hombres hacia su ser hombre y el correspondiente ser mujer, y en las mujeres hacia su ser mujer y su correspondiente ser hombre.

Esto ocurre porque lo que se pone en cuestión es un modo, un modelo de ser hombre y de ser mujer. Y no para reemplazarlos por nuevos moldes a seguir como recetas para llegar a ser esos nuevos hombres y nuevas mujeres que aspiramos. Muy por el contrario; se trata de un proceso indudablemente prolongado y sistemático-cotidiano de construcción de esos nuevos hombres y nuevas mujeres. Construcción que ya viene ocurriendo casi imperceptiblemente hace mucho tiempo en un proceso discontinuo y a veces fragmentado de deconstrucción-reflexión-transformación-reconstrucción-reflexión...

Ahora hay modelos, nosotros lo sabemos: para la mujer, la vampiresa del supercuerpo con la tanga, o la típica mamá arregladita con los cuatro hijos, el marido y el auto. Para el hombre: el esposo modelo que trabaja, se pone traje, que tiene la llave del auto, y que el Día de las Madres le lleva a la esposa una torta, o el macho de las telenovelas.

Eso lleva a los cruces también, a que el del traje se busque a la vampiresa, y que la mujer del marido aburrido se busque un macho para hacerle compañía.

Lo estoy diciendo de un modo caricaturesco y sintético, pero, ¿cuáles son los otros modelos sexuales que nosotros tenemos?

Si buscamos una justicia entre los géneros, que implica darle valores a otras cosas que las acostumbradas en las relaciones entre hombre y mujeres, chocamos con esos modelos. O sea, queremos un ser hombre y un ser mujer diferentes. Pero en esa misma búsqueda muchas veces, nosotras mismas rechazamos la alteración de lo establecido. Por eso, como señala Lucí Choinascki: Primero tenemos que crear nuevas mujeres, porque mi primer problema fue con las mujeres; ellas comenzaron a enfrentar mi militancia. Se trata de crear nuevas mujeres que comiencen a buscar su emancipación, su dignidad, que luchen por ser, de hecho, ciudadanas, ser dirigentes, para avanzar, para que los hombres también tengan que cambiar, porque ellos no van a cambiar

solos, aunque sean compañeros nuestros. Para ellos hay privilegios y ellos no van a ir en contra de sus privilegios. Tienen mujeres que hacen todo: lavan, cocinan, cuidan de los hijos, los protegen, ¿no?, cuando salen para sus tareas. Pueden ser grandes dirigentes, pero por detrás está una mujer oprimida, sumisa, que está cuidando de todas las tareas. Es un privilegio legal. Vamos a tener que trabajar con una concepción de liberación de la mujer dentro de un proyecto de transformación social y cultural.

Y en ese proceso, con momentos de logros y de rechazos, es importante volver a buscar, intentando siempre, por todos los medios, construir relaciones diferentes entre hombre y mujeres. En eso, las mujeres -por mucho que aun nos falte por avanzar- hemos avanzado mucho y conquistado algunos peldaños. Como puntualiza Marta Pelloni: Yo creo que en la medida en que las mujeres estamos dando pasos, está surgiendo una cultura de la mujer. Y quién te dice que de aquí a algunos años el varón tendrá que empezar a buscar y rehacer su propia cultura de varón. Porque él necesita identidad, la identidad de varón, no la identidad del poder por el poder, sino la identidad de su ser, que no la muestra. En cambio la mujer, desde esa lucha, desde esa marginación, va dando pasos, va escalando. Nosotras somos fuertes en el servicio del poder, cosa que no se ve muchas veces en el hombre.

EL FEMINISMO: UN SACUDÓN IMPORTANTE

Muchas mujeres y algunas de las organizaciones que las representan, por el peso de la propia cultura machista en que fueron educadas desde la cuna, por el contenido patriarcal-machista del poder dominante a escala social y familiar, y por las lecturas patriarcal-machistas que de la realidad social hacen distintas corrientes sociológicas, políticas e ideológicas del propio campo popular, muestran todavía mucho recelo frente al feminismo, concepto que se ha vinculado -con y sin razón- con lesbianismo, eurocentrismo, divisionismo y, sobre esa base, desviación pequeño-burguesa, etcétera.

Por ejemplo, Doña Ligia Prieto considera al feminismo como algo extraño a nosotras las latinoamericanas: Yo pido a todas las mujeres que se integren en la lucha, convoca Ligia, que no estén pidiendo puestos antes de luchar; que luchen para tener un puesto. Por algo la naturaleza hizo a hombres y mujeres para que juntos compongamos el mundo, para

que juntos luchemos. Somos un país del Tercer Mundo, no perdamos el tiempo con el feminismo, que todavía no tenemos lo que tenemos que tener en nuestros países; vamos a luchar juntos.

Debemos luchar junto con los hombres. Nosotros, los pueblos que hemos sido siempre avasallados por las grandes potencias internacionales y por las multinacionales que nos han empobrecido, no vamos nunca a superarnos si seguimos divididos hombres y mujeres.

Remedios Loza, por otra parte, rechaza la vertiente antihombre dentro del feminismo: Yo creo que, en parte, el feminismo está contra los hombres, y yo tengo un padre, tengo hermanos y puedo tener un hijo, entonces yo no puedo estar contra ellos. Por eso yo no soy feminista. Pero también hay que reconocer la labor del feminismo; es un poco el sacudón a las mujeres, aunque no estoy de acuerdo con ellas porque no estoy por los extremos, pero reconozco la lucha de ellas. Yo trabajo aquí con muchas entidades gubernamentales, trabajo con mujeres que son realmente feministas. El sacudón que nos dan ellas para luchar por nuestros derechos como personas me parece importante.

Conversando acerca de esto con Lucí Choinasky, le pregunté su opinión sobre el feminismo. Yo no sé claramente lo que quiere decir feminismo ahora, *acotó Lucí.* Yo pienso que uno tiene que tener derecho a su cuerpo, a su vida, derecho de escoger lo que es mejor para uno, si tiene hijos, si no tiene hijos... Para mí hoy es importantísimo decidir lo que quiero hacer con mi cuerpo, cómo es que me voy a comportar. Yo defiendo que uno como mujer tiene derecho de decidir aquello que quiere, que no tenga a alguien que determine si vas a tener hijos, si vas a hacerte algún aborto, si vas a usar dinero para ir al médico, si te vas a casar o no. Yo hallo que, como mujer, tengo derecho a pensar y definir qué es lo que quiero, cuál es el tipo de relación y el tipo de vida que deseo para mí; ser yo la que define.

Desde otro ángulo, Benedicta Da Silva aporta nuevas aristas a la discusión: El feminismo no es, no puede, no debe ser nunca *-señala-* una lucha contra los hombres. El feminismo tiene un objetivo; que las relaciones entre hombres y mujeres no sean relaciones desiguales. Yo creo que existen diferencias que no deben y no pueden ser transformadas en desigualdades. Creo que el feminismo busca una armonía entre esos seres, que sólo podrán ser construidos cuando ambos, conjuntamente, seamos capaces de entender todo el proceso que posibilitó que el

machismo pudiera surgir y los seres humanos oprimirse los unos a los otros. Entonces, yo pienso que el feminismo es una acción transformadora, renovadora para un mundo mejor de hombres y mujeres.

-¿Y para ti María Luisa?

María Luisa Fontinelle: Yo defino al feminismo exactamente como la lucha en torno a la emancipación de la mujer, al sentimiento de totalidad con que las mujeres buscan de integralizar su lucha como toda, no aparte del hombre. Ese sentimiento está en la búsqueda de la identidad. Yo puedo decir que es la cuestión fundamental de la mujer, de un pensamiento propio, de un sentimiento propio.

Yo nunca tuve contradicciones entre la lucha feminista y mi relación con los hombres. Eso nunca constituyó un problema, porque la verdad, yo considero que esa es una lucha de emancipación, es una lucha que implica liberación de la humanidad, la emancipación de los pueblos, que pasa por nuevas formas de relación, por una nueva forma de pensar, de sentir.

Cuando conversaba sobre esto con Clarita Rodés, ella precisaba: Muchas veces ha pensado que liberarse es imitar al hombre, y eso la ha llevado a una masculinización, sobre todo en lo referente a la sexualidad, que es tan vital, tan importante. Si en el centro de trabajo la mujer, para equipararse a los hombres, usa el lenguaje vulgar de algunos de estos, se masculiniza y la sexualidad entonces es vista con un doble sentido, como que en el fondo de ella siempre subyace algo pícaro, algo malo. En ese caso no se ha comprendido la sexualidad con toda la riqueza espiritual y el placer genuino que tiene para el ser humano. Se ha malinterpretado. Queriendo rechazar los patrones pequeño burgueses hipócritas se cae, a veces, en la irresponsabilidad. Si la sexualidad no engendrara hijos, quizás no exigiera tanta responsabilidad. Y te digo que así como la aberración en la economía es la explotación del hombre por el hombre, la aberración en la sexualidad es, precisamente, el dominio de los seres humanos por el sexo. También los valores éticos del ser humano incluyen la sexualidad, que debe tener como base, como esencia, el amor. Yo siento que muchas de nuestras mujeres siguen siendo objeto sexual para muchos de nuestros hombres, y hay hombres consagrados a la lucha revolucionaria en todas las demás esferas de la vida que todavía no se han liberado en este aspecto.

Otra religiosa, Pompéa Bernasconi, identificándose con el feminismo, acotó: Para mí, ser feminista no es reivindicar la superioridad sobre los hombres. Es el descubrimiento de los derechos de las mujeres y, principalmente, el descubrimiento de la reciprocidad que debe existir entre hombres y mujeres. Eso supone una relación de igualdad de derechos y deberes, que será posible si los hombres y las mujeres toman conciencia de la dimensión masculino-femenina que tienen dentro de sí y de la necesidad de luchar contra el machismo que existe en el hombre y la mujer. La primera educación de los niños y niñas es impartida por nosotras las mujeres, que fortalecemos el machismo. ¿Quién forma a los niños tanto en la casa como en las escuelas? Las mujeres. Nosotras somos las que creamos las diferencias hombre-mujer, las acentuamos y después sufrimos las consecuencias a través de los hombres adultos... Es preciso que tomemos conciencia de esto para cambiar la situación de opresión de las mujeres en la sociedad.

-¿Cómo te hiciste feminista?

Pompéa Bernasconi: Los constantes contactos con las mujeres en mi labor en la periferia y en el campo y mi trabajo con los equipos masculinos me fueron haciendo tomar conciencia de nuestra sumisión y de nuestra situación de opresión e inferioridad. Una frase me ha marcado mucho: "Mientras exista una mujer oprimida, no habrá una nueva sociedad."

Margarita Ruiz es parte de una congregación religiosa que se define claramente por el feminismo. Hablando acerca de eso, le pregunté en qué condiciones se manifiesta ese feminismo y cuáles son sus características.

Margarita Ruiz: Nuestra congregación está muy metida en el movimiento feminista norteamericano. Ha ido asumiendo este rol feminista de tal forma que reconoce que somos primero mujeres, después cristianas y luego pertenecientes a una congregación religiosa. Y esto lo asume muy firmemente. Yo he visto y he palpado que muchas de nuestras hermanas norteamericanas se han radicalizado tanto que -al igual que vi la radicalización de algunas que se metieron en los partidos políticos de izquierda- ocurrió esto: no leen un libro si lo escribe un hombre, no participan en ninguna institución donde haya hombres

porque dicen que ya saben que con ellos no pueden avanzar. Ellas sostienen que este es el momento de reafirmar la identidad femenina.

-¿Y tú qué piensas?

Margarita Ruiz: Yo veo que hay verdades en sus posiciones, pero he estado mucho en Latinoamérica y aquí no había esa postura. Aquí se buscaba el cambio de la sociedad por los pobres; se defendía el cambio de estructura. Yo veía verdad en las dos partes. Encontraba muy drástico eso de: "No quiero trabajar con ningún hombre", porque, al fin y al cabo, no es una cultura feminista la que queremos construir sino una cultura para la sociedad, y en la sociedad hay hombres y mujeres. Pero también veo que, en muchos casos, la postura feminista latinoamericana es ingenua pues tiende a aceptar que el ser mujer es ser madre y esposa, lo que simpatiza mucho con el punto de vista de la iglesia y te encajona de nuevo en un solo rol. Acabo de hacer un curso de formación para religiosas en Brasil, y ahí todavía algunos sectores están haciendo énfasis en la mujer como complementaria del hombre y no como mujer, por ser mujer, con sus cualidades e intereses como mujer.

-¿Tú te consideras una feminista de qué tipo?

Margarita Ruiz: Soy feminista las veinticuatro horas del día... He oído mujeres que dicen: "Yo soy feminista en algunos momentos: en el trabajo y tal vez en ciertos grupos, pero no soy feminista en mi casa..." Tengo una amiga socióloga, ella es brasileña y vive en México, y me dice eso: "Cuando llego a mi casa no voy a estar peleando con mi marido, así que yo acepto ser la mujer de la casa, que es la que se encarga de arreglar la casa, de comprar en el supermercado, de cocinar, de limpiar..." Y yo digo: "¡Ay, no! Yo estoy en una congregación religiosa donde somos muy democráticas, donde todas hacemos de todo..."

-Pero en eso tú la aventajas porque no tienes marido... ¿Qué es para ti el feminismo?

Margarita Ruiz: Bueno, defender la dignidad de la mujer; defender sus derechos, tratar de lograr también todas sus cualidades que a lo mejor no he descubierto, porque cada día descubro una cualidad más o descubro una posibilidad más. Por eso es que veo la importancia de construir una nueva imagen e identidad de la mujer, de algo desconocido. Porque es que siempre hemos tenido una identidad y un modelo a partir de lo que

el hombre ha querido que seamos, para complementarle a él. Yo veo que hay cantidad de cosas a oscuras, no descubiertas y no captadas por nosotras que habría que tratar de buscar, de encontrar y de explorar en nosotras mismas.

-Ada, ¿qué es para ti el feminismo?

Ada Martínez: El feminismo irrumpe en una sociedad machista. Busca la igualdad de la mujer, que está muy marginada y es considerada de un modo muy desigual. Irrumpe con mucha fuerza y de forma violenta, porque todo lo que empieza es violento. Todo lo que abre brecha siempre es traumático, es doloroso, por más que se quiera aprender de experiencias anteriores. Claro, tenemos que reconocer también que, aunque aportó mucho, ha caído en extremos que perjudican a la propia mujer. Lo interesante de ahora es que la mujer ha ido descubriendo que no se trata solamente de luchar por la igualdad hombre-mujer, sino que es necesario encauzar el aporte de lo femenino a la sociedad.

-¿A qué llamas "lo femenino" y cuál sería su aporte a la sociedad?

Ada Martínez: Lo femenino es esa capacidad de intuición, de ternura, de gestación de vida. Esa capacidad que tenemos las mujeres de ponernos en la posición del otro, de estar pendientes de todos, de integrar más que de separar, de darnos cuenta cuándo hay algo que pide respuesta y cuándo hay algo que oprime; esa capacidad de sufrir con el que sufre; esa capacidad de resistencia sin violencia, con esperanza. El aporte está en poder pasar todo esto a la sociedad.

-Ese es el problema: ¿cómo pasarlo?

Ada Martínez: Construyendo una sociedad distinta. Para esto hace falta toda esa capacidad de lo femenino. Y no es algo propio sólo de las mujeres. El hombre también la tiene, porque el hombre es femenino y masculino, así como la mujer es femenina y masculina, hechos los dos a imagen y semejanza de Dios padre-madre. Lo que pasa es que por cultura, por educación, nosotras hemos desarrollado mucho más el aspecto femenino. Nosotras hemos de ayudar al hombre a sacar toda la iniciativa femenina que tiene y a expresarla por medio de su virilidad. Por eso a mí me encanta cuando dicen aquí [en Cuba] en la televisión: "Tú también tienes amor dentro, demuéstalo." Y no es que nos estemos complementando por eso...

-Ahora que me estás hablando de la complementariedad, me gustaría que explicarás tu punto de vista sobre esto.

Ada Martínez: De eso conversábamos hace poco con una hermana brasilera. Ella hablaba de mutualidad y me gustó mucho. Nosotras, por la fe, decimos que somos creadas a imagen y semejanza de Dios; por tanto, nosotras somos completas. Si tú te tienes que complementar con otro, es que no eres completa, te falta algo. Nosotras poseemos toda la capacidad para ser plenamente seres humanos y para vivir ese humanismo en la plenitud de la palabra.

Benedicta Da Silva: El feminismo no es, no puede, no debe ser nunca una lucha contra los hombres, el feminismo tiene un objetivo, que es que las relaciones entre hombres y mujeres no sean relaciones desiguales. Yo creo que existen diferencias que no deben y no pueden ser transformadas en desigualdades.

Yo hallo que el mundo femenino busca una armonía entre esos seres que sólo podrán ser contruidos, cuando ambos, conjuntamente, seamos capaces de entender todo el proceso que posibilitó que el machismo pudiera surgir y los seres humanos oprimirse unos a otros. Entonces, yo pienso que el feminismo es una acción transformadora, renovadora de un mundo mejor para hombres y mujeres.

-¿Te consideras feminista, Ofelia?

Ofelia Ortega: Yo sí. Y definiendo la palabra feminista a carta cabal.

-¿Por qué dices eso?

Ofelia Ortega: La definiendo porque pienso que nosotras somos teólogas feministas de la liberación y así debemos llamarnos. Eso lo hemos discutido mucho con las teólogas latinoamericanas y hoy ellas defienden eso. Porque nuestro propósito no es liberarnos nosotras, sino traer la libertad. No es mi liberación, no es mi carrera, sino lo que yo pueda hacer para capacitar a las demás, para capacitar a las otras, para capacitar a la comunidad. Por eso yo digo que la comunidad para mí es fundamental.

Defiendo el término feminista porque creo que se ha tratado de desvalorizar por las iglesias, y por muchos hombres. Y yo creo que los términos y los conceptos tenemos que defenderlos. Y darle un sentido, un contenido distinto al que le dan algunas personas: lo nuestro no es una

lucha contra los hombres, es una lucha por la humanidad y a favor de la humanidad, desde nuestra perspectiva de mujer, en el análisis que hacemos como mujeres, de la Biblia y de todo... Por eso somos feministas.

-Tu lo enfocas desde una posición de género...

Ofelia Ortega: Sí, por una cuestión de género, mucho más que una cuestión antihombre, de sexo únicamente. En América Latina estamos luchando por incorporar el análisis de género a toda la lucha de la mujer, al *curriculum* de las instituciones teológicas. Con mucho cuidado también, porque hay muchos compañeros muy machistas, que tratan de escoger la cuestión de género, para no valorar a la mujer como mujer... Y hay que tener mucho cuidado.

Ahí empleo la hermenéutica de la sospecha, porque muchas veces escuchamos comentarios como éste: "Ella habló como una buena teóloga", pero no dicen: "como una buena teóloga feminista..." Y digo yo: No, ella habló como teóloga feminista que es. Porque está hablando desde su perspectiva de mujer. Esa es una buena teóloga feminista.

A veces nos quieren quitar el apellido. Y yo creo que ahí tenemos que defender el hecho de que pensamos en Dios de otro modo; que nuestra espiritualidad pasa por dimensiones del cuerpo, que muchas veces no son tan claras en el hombre.

Creo que en todo esto hay que tener en cuenta el auditorio, es decir, cuando le hablamos a personas que no tienen cierto nivel de concientización, entonces ahí no uso el término de teóloga feminista. Porque también tengo que tener astucia. Muchas veces le hablo a congregaciones muy humildes, muy sencillas, a veces comunidades de indígenas, donde no uso el término teóloga feminista porque les asusta, entonces, ¿para qué las voy a asustar? En ese caso decimos: Teología desde la perspectiva de la mujer... Es una cuestión pedagógica. Depende del auditorio que tenga uso los términos, porque el concepto no es lo más importante: lo importante es el contenido. Pero con los varones sí definiendo el término teología feminista. (Ríe.) Hasta ahora lo definiendo, pero la teología es muy cambiante y dinámica y, a lo mejor, dentro de diez años te digo: hoy pienso de otra forma. Y ya no quiero ni hablar de feminismo.

Como ellas de algún modo lo señalan, el feminismo resulta un escalón muy importante en el proceso de toma de conciencia de las mujeres, en general, acerca de su situación de opresión y discriminación. Aún en sus variantes más extremas, es en sí, expresión y respuesta ante esa realidad.

La conciencia madura del feminismo llevó a la conciencia de género, que resulta en esta relación una profundización y un salto en la comprensión del porqué de la subordinación de las mujeres en relación a los hombres.

La lucha no es contra los hombres, sí contra la mentalidad patriarcal-machista portadora de patrones culturales discriminatorios y por tanto, contra la supervivencia de esa conciencia (y sus consecuencias), de esa mentalidad en hombres y mujeres. Y en ese luchar, que es constante, la mujer tiene que saber confrontar con los hombres para conquistar su espacio. No puede renunciar a ello porque no se lo van a regalar. Como dice Lucí Choinascki: Yo hallo que la lucha no debe ser desencadenada directamente contra los hombres, ahora, dentro de la organización, la lucha con los hombres es muy grande, proponiendo proyectos y cambios sociales junto con el cambio cultural, ¿no? Para comenzar de nuevo con nuevos hombres y nuevas mujeres.

III. GÉNERO, PODER Y POLÍTICA

La concepción de género resulta enriquecedora de la concepción del poder porque la esclarece tanto en el sentido de su deconstrucción como en su transformación-reconstrucción y, por ello, enriquece también la noción, significación y alcance de la propuesta y la práctica de construcción de poder desde abajo, como camino hoy de oposición al actual (viejo) poder y construcción del nuevo.²¹ La enriquece porque esclarece elementos de la cultura de dominación y los mecanismos y vías

²¹. Así lo reconoce, por ejemplo, la CEPAL, cuando en su informe para naciones Unidas, señala: "El análisis desde la perspectiva de la participación de las mujeres ilumina muchos otros movimientos sociales, cambios culturales, incorporación de los marginados, ampliación de la ciudadanía, nueva relación entre lo privado y lo público, relación con el poder, democracia." Naciones Unidas, *Mujer y Política en América latina y el Caribe*. Santiago de Chile, 1989, p. 6.

por las que se ejerce la subordinación discriminante de las mujeres en cada sociedad, y porque avanza algunos elementos cuya incorporación es necesaria para realizar un proceso de construcción de poder realmente democratizador desde abajo y desde la vida cotidiana, específicamente, buscando transformar articulada y simultáneamente las relaciones sociales de opresión y explotación y las relaciones hombre-mujer desde el interior de la familia, en el barrio, en el trabajo, en la organización vecinal o sindical, en el partido, en el movimiento de mujeres, etc. Y este es uno de los principales aportes del enfoque de género a la política: su redimensionamiento de la política, de lo político y del poder.

Al analizar "de esta forma [enfoque de género] la opresión de la mujer, lo que había sido mantenido como privado se hace político, y al hacerlo impacta a la sociedad en dos niveles: por un lado, porque pone nuevos temas en el debate y evidencia su contenido político, y por otro, porque politiza lo privado y devela que dentro de las relaciones personales encubiertas y justificadas por amor, afecto y entrega hay relaciones terribles de poder entre los sexos."²²

Si algo demuestra el enfoque de género es que, precisamente, los límites entre el mundo público y el privado son culturales, creados uno según las necesidades del otro, y que no va a haber una verdadera democratización del mundo público si se mantienen intactas las relaciones hombre-mujer en el mundo privado, y si se mantiene, en general, la subordinación de lo privado por lo público. Porque:

- "La democracia sólo para hombres es tan bárbara y tan incompleta como lo fue la democracia griega, basada en la igualdad de derechos entre los miembros de una pequeña aristocracia, y en la ausencia completa de derechos para las grandes masas populares.

- "No hay ni puede haber democracia en donde las mujeres no tienen los mismos derechos del hombre y en donde, en consecuencia, la vida social en todos sus aspectos no está constituida y dirigida por hombres y mujeres sin distinción.

²². Virginia Vargas Valente. "Feminismo: el poder como acción transformadora." Centro "Flora Tristán", Lima, S/F. Texto mimeografiado, p. 4.

*"(...) Sin las mujeres no hay democracia. Sin democracia no hay progreso del pueblo. Sin democracia no hay sentido profundo de la patria."*²³

El enfoque de género resulta enriquecedor de los procesos de transformación social, por sustentar y proponer una profundización inexcusable de la democracia (en la práctica y en su contenido político-social), más allá de los linderos de la política estatal o en torno el Estado, porque lleva (plantea, propone, extiende) la democracia (y, con ella, lo político y el poder) al nivel de las relaciones personales fuera y dentro del hogar.

Esto alude a cuatro elementos importantes a tener en cuenta:

-El poder no es sólo político sino también económico, social, cultural, moral, religioso. Y en estos campos, los procesos de tomas de decisiones son más complejos y menos transparentes que en la actividad política (y por eso parecen también menos políticos o no políticos).

-El mundo de lo privado es parte del político (aunque más no sea como condición de su existencia) y como tal, susceptible de convertirse en político.

-Las luchas por la democratización de las sociedades, para ser verdaderamente populares, equitativas y revolucionarias, deben incorporar la democratización de las relaciones hombre-mujer en lo público y en lo privado. En consecuencia:

-Las luchas de las mujeres en contra de su discriminación y marginación no son exclusivas de las mujeres, atañen a hombres y mujeres, a la democratización de toda la sociedad. Y como esto supone una transformación radical del poder es, a la vez que una reivindicación sectorial, una lucha política.

Todo esto modifica -ampliando- aún más el significado, contenido y alcance de la acción política, además de sus actores sociales. Los nuevos actores y las nuevas actoras al incorporarse al mundo político, no lo hacen sólo como número, como fuerza, sino que incorporan a él también sus intereses, puntos de vista y necesidades, su visión de la realidad en que viven y su conciencia política. Esto, por una parte, rompe con la idea de que la práctica política corresponde sólo a

²³. Vicente Lombardo Toledano. *Sin mujeres no hay democracia*. Ediciones del Partido Popular Socialista. México, 1984, pp. 11-18.

*especialistas o a partidos políticos.*²⁴ *Por otra, y quizá la más importante de su incorporación, es que, precisamente con ella, le*

²⁴. Asumir lo político y la política con sentido amplio y popular supone reconsiderar lo que se entiende por escena política, tradicionalmente entendida como el campo de *acción abierta* de las fuerzas sociales mediante su representación en partidos. Si se toma en consideración que la "reducción, congelamiento o anulación de la escena política no disuelve como por arte de magia ni el campo de la dominación ni la existencia de oposiciones, desplazamientos y asimetrías entre las fuerzas sociales", y que "la desaparición de los partidos no supone, pues, la desaparición de lo político y de la política", resulta evidente que la escena política comprende al conjunto de fuerzas sociales actuantes en el campo de la acción política en un momento dado, independientemente de que éstas se hallen organizadas o no en estructuras político-partidarias. Respetando todo lo que son o puedan llegar a ser las opciones partidarias, la participación política de la ciudadanía, de hecho, reclama la incorporación de los diversos actores a una discusión y a un escenario más amplio que el de los partidos.

La ampliación y el estrechamiento de los vínculos entre lo reivindicativo y lo político, entre las luchas reivindicativas y las luchas políticas, borra necesariamente las divisiones absolutas entre los actores de esas luchas, y produce en consecuencia una diversificación de actores políticos.

Estos no pueden restringirse a los partidos, movimientos, frentes o coaliciones políticas de izquierda; ello indicaría un contrasentido en relación con la amplitud y el carácter de las luchas reivindicativas organizadas y llevadas a cabo por los otros actores -considerados entonces exclusivamente sociales-, a quienes se les reconocería capacidad para organizar, orientar y dirigir a los sectores populares en las confrontaciones reivindicativo-políticas pero no para intervenir en el terreno considerado propiamente político.

Esta interpretación resulta hoy indefendible; sostenerla implica suponer que existen gradaciones de sujetos: aquellos que están pero aún no saben para qué (aportan sólo en número: los marginales, la pequeña burguesía vacilante...), los que están pero solo saben a medias para qué, porque son incapaces de trascender el horizonte reivindicativo inmediato (si no podrían llegar también a estar entre los de avanzada: los movimientos sociales, barriales, sindicales estudiantiles, de mujeres, cristianos, etc.), y los que están y son capaces no sólo de captar el conjunto de los problemas y las vías para solucionarlos sino también de guiar a los demás -en este caso está bien dicho- atrás de ellos: los partidos de izquierda (de la clase obrera, marxistas leninistas, etc.), tradicionalmente autoconsiderados vanguardia.

Si se entiende por actores políticos a todos aquellos actores sociales capaces de organizarse con carácter permanente, definir objetivos de corto, mediano y largo plazo y proyectarse hacia la transformación de la sociedad, desarrollando procesos continuos de lucha y, simultáneamente, la conciencia política popular, entonces puede considerarse como tales a una amplia gama de organizaciones barriales, sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, religiosas, etc. La multiplicación de actores sociales y la incursión

imprimen un nuevo contenido -más complejo- a la política y a la acción política, sacándola del ámbito de la lucha por el poder del Estado y llevándola a los otros ámbitos de la vida social (sindicatos, pobladores, mujeres, ecología, familia, etc.).

El espacio de la acción política, de lo político, incluye el ámbito de la vida cotidiana de la población, está presente en cada paso que ésta da para modificar su forma de vida o defender las fuentes de trabajo, en las luchas contra las privatizaciones y las leyes de flexibilización laboral, en las luchas de los jubilados y pensionados, en los reclamos de los movimientos ecológicos, en las luchas de las mujeres, en la resistencia de los pueblos indígenas y en las luchas por el respeto a sus derechos y a su identidad como pueblos originarios, en las luchas por la sobrevivencia de las grandes poblaciones marginadas urbanas, etc. Quizá los actores sociales no siempre sean conscientes de ello, pero ese es otro aspecto del problema. El primero es reconocer la interpenetración que se da actualmente entre lo político y lo reivindicativo, el carácter político de las luchas reivindicativas, los nexos y puentes cada vez más visibles y estables que se tienden entre ambos aspectos de una misma lucha, de una misma búsqueda, de un mismo afán de construcción de poder popular.

Para gran parte de los sectores populares que luchan e impulsan actualmente la búsqueda de alternativas propias, como ocurre, por ejemplo, con algunos movimientos barriales y campesinos y con sectores del movimiento sindical, de mujeres, ecologistas, indígenas, etc., resulta claro que la lucha política no puede concebirse ni desarrollarse

de éstos en todas las esferas de la vida social, indica que no existe una radical diferenciación entre actores sociales y políticos. Los actores son en realidad sociopolíticos, ya que las actividades de todo actor social tienen un contenido político, y viceversa. La distinción conceptual entre actores sociales y políticos no alude a la existencia de dos tipos de actores; responde, fundamentalmente, a una necesidad gnoseológica para el estudio del movimiento social y el comportamiento y proyección de los diversos actores que lo conforman y se generan, desarrollan o disuelven en él.

Ya no puede pensarse en los movimientos sindicales, barriales, de mujeres y otros, como "soportes" de políticas elaboradas por los partidos de izquierda, tradicionalmente considerados vanguardia. La actividad política y los actores que la llevan a cabo no puede definirse fuera del terreno en el que la actividad se desarrolla ni al margen de sus protagonistas. Ver: Isabel Rauber. *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, Ediciones UMA, Buenos Aires, 1997, pp. 7, 8, 23, 30-32.

separada de la lucha reivindicativa y viceversa. Resulta claro también, para ellos, que la lucha reivindicativa tiene actualmente un profundo carácter y contenido político;²⁵ no son dos luchas separadas, sino partes, elementos, niveles de una misma: de la lucha reivindicativo-política, es decir, de la lucha contra las estructuras, los mecanismos, los medios, los valores y la cultura del poder de dominación.

Las luchas reivindicativas, que son necesariamente un enlace de lo cotidiano con lo político, representan en sí una base, una posibilidad y un camino para el desarrollo de la conciencia política. Y las mujeres podemos aportar una manera distinta de construir en lo social-político, hacia una nueva alternativa, esforzándonos en imprimirle – transversalmente- nuestras miradas a lo económico, político, cultural. Y no me limito a mujeres obreras ni trabajadoras en general; es con sello de clase, pero necesita –precisamente por ello- incorporar las reflexiones y planteamientos de las amplias mayorías de mujeres, sobre todo, aquellas organizadas en los distintos movimientos sociales de mujeres que luchan y construyen día adía sus derechos. Nuestro modo diferente de ver y analizar la realidad lo atraviesa todo, y puede aportar mucho a la política y a la elaboración de las nuevas propuestas, aunque sabemos que todavía es difícil lograrlo a plenitud.

²⁵. Este doble carácter de las luchas reivindicativas populares es todavía poco aceptado por sectores de la izquierda latinoamericana y esto se traduce en una dificultad práctico-política a la hora de la convivencia política al interior del movimiento popular. Algunos sectores u organizaciones sociales populares sostienen posiciones de rechazo y separación de lo político y las luchas políticas de los ámbitos de las luchas sociales, reduciéndolas a lo exclusivamente reivindicativo. Tienen un discurso agresivo respecto a la política, a los partidos políticos y los políticos sin distinción. Dejándose llevar por el magnetismo de las políticas de dominación, identifican a todo el mundo político como corrupto y traidor de los intereses y necesidades populares, y proponen o alientan el rechazo a todo lo que sea política o político por parte de los sectores populares. Como señala Víctor De Gennaro: "(...) es lo más nefasto que intentó dejarnos en la cabeza, culturalmente, el terrorismo de Estado: que los sectores sociales, las organizaciones sociales, el hombre, en sus distintas actividades, no hace política. Siempre hace política; siempre que trata de llevar adelante un proyecto de vida, un proyecto para la comunidad, para él o para su sector. Lo que hay que hacer es legalizarlo. Todos los sectores hacemos política; reivindicamos ese patrimonio." Tomado de: *Profetas del Cambio*, Pasado y Presente, La Habana, 1997.

*Si por política se entiende "(...) al espacio en el se realizan las prácticas políticas (...), la política es básicamente un espacio de acumulación de fuerzas propias y de destrucción o neutralización de las del adversario con vistas a alcanzar metas estratégicas."*²⁶ *Práctica política, por tanto, es aquella que tiene como objetivo la destrucción, neutralización o consolidación de la estructura del poder, los medios y modos de dominación, o sea, lo político.*

Si toda acción de transformación de las relaciones de poder allí donde éstas se den es una acción política, los temas referidos a la sexualidad, la violencia contra las mujeres, las relaciones padres e hijos y hombre mujer, y, en general de organización de la vida cotidiana, pasarán a tener una importancia fundamental en la dimensión y acción política futura.

LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES NO ES SOLO UN DERECHO,
ES UNA NECESIDAD

Hoy, estos temas se abordan de alguna manera a través de las llamadas "secretarías de la mujer" existentes en la mayoría de las organizaciones reivindicativas y políticas, o en alguna instancia con un nombre relativo a los "asuntos de mujeres". Pero, como dice María Luisa Fontinelle: La Secretaría de la Mujer, muchas veces, sólo define un espacio donde la cuestión es tratada. Por ejemplo, la cuestión del aborto, las creches, la esterilización, la violencia contra las mujeres... Pero esos son "asuntos de las mujeres" y por tanto se los separa del conjunto de los problemas. Y eso crea una gran dificultad para alcanzar esa dimensión de totalidad que nosotras queremos conseguir.

*"Los departamentos femeninos muchas veces, a pesar de los esfuerzos que se han hecho, quedan convertidos en "ghettos" y las políticas que las mujeres allí delinean, no pasan a ser políticas adoptadas por la totalidad del partido."*²⁷ *Por eso, algunas organizaciones han optado por no tener un sector femenino, al que consideran discriminatorio, como dice Remedios Loza: Nosotros, en el partido, no tenemos sector femenino, porque eso también es discriminar:*

²⁶. Gallardo, Helio, *Elementos de Política en América Latina*. Editorial DEI, San José, 1989. Págs. 102-103.

²⁷. María Antonieta Saa. **Op. cit.**

las mujeres ahí con sus cosas que se entiendan, que se peleen. No. Aquí, hombres y mujeres estamos en todos los campos y si yo me voy a dirigir a un sector no voy únicamente a hablar con las mujeres, sino que tengo que hablar con todos los del partido, hombres y mujeres.

Todo esto, en el fondo, conduce a reafirmar más el bien manipulado hábito inculcado a las mujeres por todos los medios, de rechazo a la política, conduce a reforzar su sentimiento de ajenidad.

Los caminos para enfrentar esto han sido y son variados. En gran medida lo acertado o no de sus rumbos está en dependencia de cómo se profundice en la reflexión acerca de la relación entre género y poder, y en la capacidad para incorporar la problemática de género como un asunto fundamental de la democratización de toda la sociedad y no sólo como un asunto "de las mujeres". Aunque -considerando que somos la mitad o un poco más a veces, de los habitantes del planeta-, incluso si fuera un asunto sólo de mujeres, sería importante su incorporación al debate y a las propuestas sobre la democracia en nuestras sociedades, con igual centralidad que otros problemas sociales. Parece que hay que recordar siempre que cualquiera de ellos comprende a las mujeres quienes, dentro de cada problema, resultan doblemente afectadas: por el problema y por los maridos, padres, hermanos, religiosos o compañeros del problema.

La participación de las mujeres tiene que darse a todos los niveles, en lo "(...) económico social, científico, tecnológico e inclusive en la planificación de las políticas de desarrollo tan importante para el avance de nuestros países. La democracia adquiere así un sentido básico de derecho a la vida, a una vida diferente, a una vida donde no solamente haya bienestar, sino donde haya posibilidades de desarrollar la igualdad de los seres humanos, respetando la posibilidad de ser diferentes."²⁸

"La toma de decisiones sobre estos temas es concretada por los hombres y traducen sus puntos de vista, sus intereses, sus necesidades y no pueden representar la visión de las mujeres. (...) las mujeres viven una situación particular que es la de ser amas de casa, trabajadoras, por ello sus necesidades prioritarias son distintas a las de los hombres.

²⁸. Alya Saada. En: *Mujer, Política y Democracia*. Fundación Mujer y Sociedad. Ediciones Ciudad. Ecuador, 1990, p. 3.

*Es por eso que la participación de la mujer en la vida política, es necesariamente subversiva porque concierne al fundamento mismo de la sociedad, a la vida social, la vida de la familia, los roles tradicionales del hombre y de la mujer, las reparticiones de carga en el seno familiar."*²⁹

*Si la política y lo político no se restringe a los partidos políticos, a los políticos tradicionales ni al ámbito tradicional que la vincula directamente con el poder estatal, la incorporación de las mujeres a la vida política no se circunscribe a su incorporación a los partidos tradicionales ni a integrar listas electorales. No digo que esto esté mal, al contrario, es un paso muy importante para la transformación del mundo público, pero no basta. "Se requiere que la responsabilidad del ámbito privado y las labores domésticas no sigan recayendo sólo sobre las mujeres y que la presunta inferioridad de esos papeles no se traslade a las labores públicas."*³⁰

Hasta ahora, sin embargo, no ha sido así, las mujeres que se integran plenamente al mundo público sufren las consecuencias casi inevitables de tener que asumir una doble, triple o cuádruple jornada. Este es el caso por ejemplo, de una mujer que trabaja, integra un sindicato, tiene militancia política y además, después de todo eso (o antes) tiene que resolver los quehaceres domésticos. Como señala Mary Sánchez: El peso de la cultura patriarcal en nuestra sociedad sigue siendo muy fuerte, muy fuerte. Porque, salvo excepciones, incluso en el caso de compartir una militancia, una actividad concreta como puede ser el gremialismo, cuando los dos llegan a la casa la mujer es la que sigue haciendo la cosas de la casa; el compartir todo, aun con el compañero más desarrollado políticamente, es muy difícil. Y eso se ve claramente en el ámbito familiar.

Así le ocurría, por ejemplo, a Benedicta Da Silva, según ella lo recuerda: Hay una cosa muy interesante con mi segundo marido, salíamos, hacíamos un discurso, hablábamos, hacíamos todo y cuando llegábamos a la casa, él cogía y encendía la televisión, abría la ducha para tomar un baño, luego tomaba el diario y yo iba para la cocina y

²⁹. **Idem**, pp. 21-22.

³⁰. Socorro Ramírez, "¿Qué impide la participación política de las mujeres?", *FEMPRESS* N° 151, Santiago de Chile, mayo 1994, p. 9

preparaba la comida. Llegábamos al mismo tiempo, trabajábamos juntos, mas aquella tarea era mía. Yo tenía que ir y darle la comida. Ese era el papel, el "gran papel" de esposa: ¡darle la comida!

*La sobrecarga doméstica afecta no solo a la mujer sino también a su familia, y tiende a alejar a las mujeres de la militancia sindical, política, etc. "La crianza de los hijos, la atención al marido y al hogar, o las labores domésticas que se les exigen a las hijas jóvenes, vertebran el tiempo de la mujer como contrapuesto al tiempo de la política, que la mayor parte de las veces demanda una actividad full time. Este ordenamiento de las relaciones intra partidistas se sustenta en una concepción ideológica irreal de corte machista."*³¹

Las mujeres que se integran al mundo político, en particular, pagan un alto precio por ello, ya que si hay un terreno considerado masculino por excelencia, ese es el de la política. Las atrevidas sufren las consecuencias de su atrevimiento. En Ecuador, tuve oportunidad de conocer a Dolores Pinto Ortega, una aguerrida dirigente barrial de Guayaquil, y militante de un partido de izquierda, que tuvo que enfrentar a su marido para trasponer la puerta de su casa. Cuando conversamos sobre esto, le pregunté:

-¿Cómo te fuiste dando cuenta de los problemas sociales...?

Dolores Pinto: Fue la misma necesidad del sector. Yo recuerdo que todo empezó por mi integración con otras mujeres del vecindario. Resulta que María comenzó a conseguir cursos de capacitación, por ejemplo, te daba Corte, te daba manualidades y algunas otras cosas. Yo asistía escondida de mi marido.

-¿Por qué escondida?

Dolores Pinto: Mira, yo era del interior, de Manabí, y desde que me comprometí con él estuve metida dentro de la casa. Me dedicaba a mis hijos y al hogar, nada más. María me hizo despertar. Cuando mi marido se iba al trabajo, yo me iba a los cursos, escondida. Como él llegaba en la noche, no se enteraba de nada. Un día llegó temprano y como no me encontró le dijo a los hijos: "¿Dónde está mamá?" "Está con la señora

³¹. Maritza Villavicencio. **Op. cit.**

María, le dijeron. Hay un curso y fue a aprender." Y allá fue mi marido a insultarme y sacarme hasta de los cabezones...

-¿De los cabezones?

Dolores Pinto: De los pelos... (ríe). Me arrastraba desde la casa de María hasta la mía. Está cerca, claro...

No quería que estudie, y sin embargo, aunque él me pegaba, al siguiente día yo volvía a ir a mis clases. Así fue hasta que él se fue adaptando.

-Tu lucha, al inicio, era rebelarte y estudiar...

Dolores Pinto: Sí. Primero me rebelé a mi marido y después ante las cosas injustas. Luché por la participación de todos, y así hemos luchado y hemos conseguido resultados.

En otros casos, por miedo al rechazo masculino o buscando su reconocimiento, algunas mujeres asumen conductas y valores masculinos buscando la aprobación de los hombres e intentando demostrar por esa vía que valen "tanto como un hombre", o sea, se adaptan al medio. Otras sufren el rechazo y no se sobreponen. Y otras aprenden a enfrentarse a ese medio sin dejar de ser mujeres; crean nuevas formas de ejercer la dirección, con autoridad pero sin autoritarismo; humanizan (feminizan) la política; se capacitan como profesionales y aprenden a sobrevivir en medio de una fuerte competencia que le imponen fundamentalmente los hombres de ese medio, pero también las mujeres, compañeras de partido, de trabajo o, sencillamente, amigas, familiares, o vecinas, cautivas de la cultura patriarcal-machista que, por diversas causas, se suman insolidariamente al coro y a los mecanismos de castigo a las transgresoras.

Resulta interesante enriquecer este tema con los testimonios de algunas mujeres latinoamericanas cuyas experiencias contribuyen, sin dudas, a denunciar no solo esta situación, sino -y esto es lo más interesante- a encontrar caminos para sobreponerse a esas u otras situaciones discriminatorias. Las murallas que tuvieron que derribar y las salidas ingeniosas que se vieron obligadas a crear para salir adelante, ayudan a responder más acertadamente las interrogantes acerca de cómo actuar en esos casos.

DIFERENTES FORMAS DE DESCALIFICACIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES

Propuestas deshonestas

Alieda Verhooven: La descalificación puede hacerse de varias formas, la más frecuente, la que se emplea primero, se introduce a través de propuestas deshonestas para ver si te pueden encamar, porque con eso entonces, en realidad, te descalifican.

Galanteos fingidos

Lucí Choinascki: Cuando yo sostenía los debates en el Parlamento por aquellos proyectos de la reforma agraria, un día llegó un diputado, uno de los hombres de la derecha, y me dijo así: "Tú eres la mujer más bonita, más simpática del plenario." Yo no entendí lo que él quería decir, porque yo estaba haciendo una discusión pesada. Yo sentía que había algo detrás de eso, de ahí que le dije que no era por eso que iba a vacilar en continuar el debate. Porque muchas mujeres, cuando sienten eso comienzan a vacilar, ¿no? Porque sí tú eres una mujer que hallan bonita, debes ser frágil y, sobre todo, frágil políticamente y ceder. La tentativa es siempre usar ese lado para intentar que uno se debilite, para intentar ganar por ahí.

Gentileza como táctica neutralizadora

María Luisa Fontinelle: Yo fui secretaria del partido, las dificultades eran más ideológicas porque yo tenía una propuesta más avanzada, ahora, al llegar a la Asamblea Legislativa como Diputada Estadual, yo sentí que habían dificultades muy grandes de aceptar mi liderazgo como mujer. La táctica usada por los hombres fue la de ser gentiles, entonces eran todos muy gentiles. Una tentativa de desarmarme en la confrontación política.

-Cuéntame algún ejemplo...

María Luisa Fontinelle: Cuando yo estaba hablando muy fuerte y un diputado me atacaba, el otro llegaba y decía: "Pero, cómo atacar a una mujer bonita." Y eso desbarataba el debate y muchas veces me desarmaba también. Si había una confrontación política, al plantear la confrontación algunos llegaban y decían: "Pero si yo te quiero mucho, a mí tú me gustas, ¿qué es lo que hace una mujer bonita con ese tipo de política?"

Y las tentativas de quererme enamorar, también eran muchas.

-Para que tu suavices tus planteamientos políticos o los cambies...

María Luisa Fontinelle: Y también algunos en una actitud paternal, el Presidente de la Asamblea, tenía relaciones de familia conmigo, entonces él decía que yo no podía pelear con la familia y empujaba mucho para ese lado. El líder del PMDB [Partido Movimento Democrático Brasileiro], era más viejo y también me trataba mucho por el lado afectivo. Era como si yo fuese una niña y él el padre, estaba siempre muy solidario, muy atento, pero tratando, por debajo, de controlarme.

Socavar la autoestima

Alieda Verhooven: Mirá, también buscan cómo descalificarte lo que podés saber. Un teólogo, puede decir: "¿Qué puede saber de teología si es una mujer?" Te permiten que vos hagas todo lo que sea de infraestructura y de servicio en las iglesias: las comiditas, las empanadas, etc., pero en cuanto querés opinar de teología, te dicen: "No sé si habrás leído el Tratado Teológico de qué sé yo... ponele de Gustavo Gutiérrez, de Clodovif Boff, Leonardo Boff. A mí me ha pasado, dicen: "No sé si habrás leído el libro de fulano de tal..."

Eufemia Frías: Yo estuve en una coordinación de lucha nacional por las reivindicaciones de los obreros, de los campesinos, de todos... Y en esa lucha, yo percibía que no se me daba oportunidad: por el hecho de ser mujer y, además, porque era una campesina que no tenía esa capacidad que quizás tenía el que era intelectual, que era maestro, que era abogado.

-¿Cómo tú percibías eso y de parte de quién o de quiénes?

Eufemia Frías: Bueno, de parte de compañeros que eran sindicalistas y que habían tenido más posibilidad de aprender. Yo sentía que lo mismo que ellos podían decir yo lo podía decir con mis palabras, sólo que ellos podían decirlo pronunciando las *eses* donde iban y con un vocabulario distinto al mío, pero yo lo podía decir con mi vocabulario y la gente me iba a entender... Yo sentí eso.

Benedicta Da Silva: Los asuntos relacionados con la economía, difícilmente los hombres, los parlamentarios, los abordan con las mujeres. Ellos decían que las mujeres íbamos a estar peleando. Ellos

discuten, ellos dialogan y nosotras no, nosotras peleamos; cosas de mujeres. Tienen prejuicios con las mujeres.

Alieda Verhooven: Y entonces te empiezan a socavar la autoestima, la autovaloración.

Emplear adjetivos descalificantes

Mary Sánchez: Eso es así, tal cual. En el Parlamento hay mujeres capacitadas sobre distintos temas profesionales, con un nivel académico importantísimo que han llegado a la banca con todas estas características y con mucha militancia, y las ponen siempre en el lugar gris. Y cuando plantean diferencias -hay una diputada del radicalismo que tiene estas características-, y quieren votar con un bloque distinto que el suyo, el planteo es que buscan protagonismo o que les gusta destacarse, no que son brillantes, que tienen principios, o no sé cuánto...

Lo que no se animan a hacer los varones, cuando lo hace una mujer lo descalifican con adjetivaciones.

-En el fondo tú hablas de competencia, Mary. El tema de la competencia me parece que es uno de los de mayor conflicto para la mujer porque está prácticamente obligada a competir con los hombres, sea en el partido que sea. Quizás no ocurra siempre de una forma salvaje, pero permanentemente la mujer tiende a ser subestimada y se ve obligada a imponer su capacidad.

Mary Sánchez: Así es.

-Eso lleva inconscientemente a tener que competir permanentemente con el conjunto de los hombres con los cuales compartes el espacio, para validar el tuyo. Es decir, la mujer vive un examen de aptitud cada día, ante cualquier cosa que haga o diga. Porque ante cualquier planteamiento discordante van a decir: está loca. Los hombres se enojan, insultan pero no son locos. La mujer tiene un exabrupto y enseguida es considerada histérica o ansiosa...

Mary Sánchez: Te dicen: "Tranquilizate, estás muy mal." Vi varias veces que si un hombre -lo que vos decís- se enoja, parece que está haciendo un planteo serio; si se enoja una mujer, es como que le tira los platos por la cabeza a los hombres; tienen esa imagen en la cabeza. Y esta es una dificultad muy grande.

Negar la palabra

Eufemia Frías: Mira, yo he estado en reuniones con los compañeros porque hay una actividad en conjunto, y entonces, todo el mundo anda pidiendo la palabra, reivindicando su espacio para hablar y cuando hay que dar la palabra, se la dan al compañero porque es varón, una nota que ellos están como opacando la participación de una...

Mary Sánchez: A mí me pasó varias veces. Yo sentí que pedía la palabra y de exprofeso trataban de no facilitármela, ¡en el mismo bloque!, porque tenían miedo a lo que yo podía expresar en el Parlamento. Eso yo lo sentía, no me lo decían.

-Como si fueras incontrolable...

Mary Sánchez: Como si fuese incontrolable, exactamente. Era como que iba a decir algo mal, hasta que yo hice dos intervenciones. Ahora para mí es una cosa natural pedir la palabra en el Parlamento, levantarme, discutir con cualquiera de cualquier banca... Pero la primera vez que hablé allí, fue como si estuviese ante no sé cuántos profesores que me evaluaban. Di examen, primero, ante mi propio bloque y, después, ante el conjunto.

Todas esas fueron tensiones que siguen siendo en la medida en que a pesar de ser una dirigente, de estar en la conducción de una fuerza política, es muy común dar examen permanentemente de las cosas que querés explicar. Cuando tenés diferencias y las querés plasmar, te descalifican mucho más rápidamente que a un varón.

APORTES DE LA MUJER A LA POLÍTICA

Del aprendizaje de la experiencia acumulada, pueden extraerse también algunas conclusiones que permiten esclarecer los aportes concretos que las mujeres hemos realizado a la práctica política. Entre ellos se resaltan los siguientes:

Nueva significación del poder

-Elsie, ¿cómo definirías el poder y la participación de la mujer en los cargos de dirección de la sociedad? ¿Qué significa ser dirigente?

Elsie Monge: El sentido clásico del dirigente es alguien que tiene autoridad, que manda, y creo que ese concepto hay que cambiarlo. Hay

que darle un viraje al ejercicio del poder mismo. No sé... Yo pienso que las mujeres debiéramos intentar otra manera de ejercer el poder, tomando más en cuenta lo humano, con más sensibilidad y aportando otros elementos más ligados a la mujer.

-¿Por ejemplo...?

Elsie Monge: Quizás esto de la horizontalidad, que un puesto de dirección sea concebido como un servicio, que se tome en cuenta a los demás, que se busque el consenso y no la imposición. Yo creo que sería una lástima que las mujeres que tengan algún acceso al poder repitan el esquema masculino. Porque, por ejemplo, una Margaret Thatcher no es ningún ejemplo para las mujeres... (ríe).

Me parece que si las mujeres queremos aportar un cambio a la sociedad, no podemos reproducir esos esquemas de poder.

Pompéa Bernasconi: Hablar del poder es muy complejo porque la palabra posee muchos significados. Toda persona tiene poder sobre las cosas que ella sabe; por tanto, el poder está vinculado al saber y al hacer. Por eso, en la educación popular es importante lograr que el pueblo descubra su saber y posea una conciencia crítica de la realidad para que tenga poder sobre ella y pueda modificarla.

Cambiar las relaciones de poder desde lo más íntimo

-Desde una perspectiva de mujer, ¿qué elementos deberíamos aportar para hacer una política social o económica diferente?

Alieda Verhooven: Bueno, es desde pequeñas experiencias micros que podemos ir aportando. Esto es estar involucrados en la política. Y yo creo que nosotras, desde acá, estamos involucradas en la política grande porque estamos tratando de cambiar relaciones de poder desde lo más íntimo. Y si las relaciones de poder desde lo más íntimo no cambian, las relaciones de poder, de la política, a nivel macro no van a cambiar nunca. Por eso, lo que hacemos sí es una apuesta política.

Astucia de sobrevivencia e intuición

La experiencia de las mujeres faveladas de Río de Janeiro

Benedicta Da Silva: Yo hallo que basta ser mujer, conocer los amarres que son comunes a nosotras, a lo que no debemos de ninguna forma renunciar. Yo tengo una historia de favela muy bonita, muy linda, de

mucho sacrificio, de mucha lucha, de mucha victoria. En la dictadura del Brasil, los militares derrumbaron nuestras casas y nosotras, las mujeres, usábamos estrategias para llegar a ellos.

Era terminantemente prohibido que usted pidiera iluminación pública. Vivíamos con velas. Cuando la casa se rompía ellos no dejaban construir otra ni arreglar la vieja. No podíamos colocar ni una puerta, ni una ventana en la casa aunque ella se estuviera cayendo. Estaba prohibido arreglar una casa o cualquier cosa, estaba prohibido incluso, que usted tuviera agua depositada dentro de la casa, un barril dentro de la casa, porque los militares querían acabar con las favelas.

Pero nosotras usamos el poder de la mujer. Porque nosotras éramos empleadas en las casa de los generales, y cuando a veces ellos llegaban y decían: "Esa comida está deliciosa", ahí nosotras aprovechábamos para decir: "Oh señor General, no ha caído una gota de agua en mi barril yo estoy con mis hijos en esa situación, en esa casa." Así empezamos a trabajar en la cabeza de ellos.

Nosotras, las mujeres de la favela, que teníamos las piernas llenas de várices y estábamos embarazadas, íbamos y decíamos: "Oh señor Coronel, oh señor General, por favor mire mi barriga, sabe, por la leche que usted mamó del pecho de su madre..." Y con esa estrategia de mujer frágil, nosotros fuimos poco a poco reformando las casas, colocando agua, haciendo una serie de cosas porque los hombres eran más perseguidos en aquella época. Tampoco podíamos tener culto; no teníamos libertad de tener una reunión en casa; no podíamos reunir personas en las favelas.

-¿Nunca lograron echarlas?

Benedicta Da Silva: Sí. Nos echaban, y cuando nosotras no queríamos irnos -porque algunas familias se iban-, ellos derrumbaban, y nosotras las mujeres nos quedábamos adentro, con nuestros hijos colgados, gritando mientras ellos derrumbaban y así, muchas veces, logramos quedarnos.

Tendencia a colectivizar y compartir

-En la forma de hacer política, ¿cuál sería el aporte fundamental de las mujeres?

Gladys Marín: Quizás la principal característica es que hay un mayor deseo de compartir. Como que la mujer entra -por el rol de inseguridad

que se le ha asignado-, con un deseo de aprender y colectivizar más, a diferencia de la lucha más individual que uno ve que se da en el terreno de los hombres que es mucho más competitivo.

Yo creo que la mujer le da un tono más solidario a la participación, porque esa relación se da naturalmente también entre las mujeres que participan, no sé si te podría decir que es una suerte de amistad o una suerte de apoyo que le da un sentido solidario a la lucha, un sentido de ponerse de acuerdo, una cierta complicidad para poder abordar los temas.

Yo creo que la participación de la mujer coloca una gran fuerza en el tema de la infancia, de los niños, y creo que le da otro sentido al hogar y la familia porque la mujer, al salir, choca con lo que es la sociedad, esa misma sociedad que la requiere, pero que rechaza un rol activo de la mujer en todo lo que tiene que ver con el poder. Entonces la mujer vuelve con ese rechazo al hogar y hace que el propio hogar vaya sufriendo una transformación, y que el mundo de la mujer no sea solo el mundo de la familia. Que yo creo que es una cosa que la mujer tiene que lograr; la mujer tiene que salir a incorporarse plenamente a la sociedad.

Usar la coquetería femenina

Benedicta Da Silva: Yo entiendo que tengo que hacer mis cosas, las de mi comportamiento, no renunciar a lo que yo llamo "frescuras", que yo hallo que son importantes para hacer política.

-¿Cuáles serían algunas de esas "frescuras", Benedicta?

Benedicta Da Silva: Mira, yo soy candidata en Río y cuando voy a hacer debates, voy muy arregladita, muy bonita, entonces dicen: "Está jugando pesado en esa campaña." Y yo digo: mire, yo estoy haciendo política. Los hombres se ponen sacos, se ponen corbatas y una buena camisa, bueno, yo me pongo la ropa que tengo para ponerme, peino mis cabellos de una forma. Me gusta lucir mis cosas para hacer política. Y digo: si esto es parte de la seducción política entonces yo soy altamente seductora, y para ello utilizo los valores que son atribuidos al mundo femenino y que son despreciados desde el punto de vista de la referencia política.

Construir con afecto

Mary Sánchez: Con mi experiencia actual, veo las carencias que hay en todo lo que tiene que ver con la política.

-¿Por ejemplo?

Mary Sánchez: Imaginate, yo soy presidenta del partido (Frente Grande) en la provincia de Buenos Aires, pero en la conducción de la provincia estoy yo, una compañera que es abogada, que no tiene una gran participación porque tiene mucho trabajo, y todos los demás son varones. Y también los diputados, y los dirigentes políticos.

Entonces yo sentí que al principio tenía que tener mucho cuidado, poniéndole a la política lo que no tiene: la parte del afecto y de lo humano. Y esta ha sido una de las cosas en las que más aporté y creo que ayuda diariamente a que no haya confrontaciones entre los propios compañeros por espacios de poder. Pero esto no es sencillo.

Creo que esto es lo más valioso que aportamos las mujeres si no nos contagiamos del varón con aquello de que hay que darse codazos para ser conocidos en los medios, poner la mirada en la construcción más colectiva, en tener en cuenta el compañero que tiene problemas. Eso le va poniendo la mirada de la mujer. En mi caso, sin eso no podría hacerlo. Sinceramente no encontraría razón. Porque si la política es para transformar la vida de la gente, no puede ser que todo lo que tenga que ver con lo afectivo, las cosas que depositamos como esperanzas, las situaciones de crisis ante lo que pasa, no se tengan en cuenta, y las relaciones que uno tenga con sus propios pares tengan que ver pura y exclusivamente con cómo nos posesionamos mejor que otra fuerza política ante los medios; si fuese eso nada más, como unas máquinas, no tendría razón de ser.

Esto lo estamos poniendo las mujeres: el buscar que la política tenga que ver con lo humano y que sea atravesada por un aspecto mucho más sincero, más claro, con mayor transparencia.

María Luisa Fontinelle: Yo creo que mi experiencia en el movimiento de mujeres, el hecho de estar trabajando con un grupo de mujeres, y la reflexión permanente entre nosotras, me llevó a estar siempre vigilante de mis acciones y me impidió ser autoritaria. También me impidió contaminarme de ese sello del poder que hace a las personas pasar por encima de los demás, oprimir, no tratar a las personas como seres humanos ni sensibilizarse con sus problemas. Por ejemplo, yo sufría mucho cuando tenía que aprobar un aumento del pasaje del transporte colectivo porque sentía por todas las personas que tenían que pagar más,

o cuando el hospital estaba en huelga y sabía que las personas que iban a procurar un hospital no estaban siendo atendidas.

Ser más directas

Mary Sánchez: Vos ves que cuando se nos pregunta sobre las cosas somos más directas, decimos las cosas en un lenguaje más entendible para todo el mundo, no tenemos que hacer un discurso para explicar. No lo tenemos que hacer y no lo queremos hacer...

Instalar nuestra palabra en el mundo del hombre, ser escuchada en la casa, ser escuchada en el barrio, ser escuchada en tu propio trabajo nos costó mucho. A mí me ha pasado en mi escuela. Decían: "Esta debe andar mal con el marido, debe ser una frustrada, anda con los chicos de un lado para el otro". La primera mirada es felina: "No tiene en su casa todo lo que tiene que tener, no andará bien en la cama con el marido." Ven tu actividad política o sindical como el producto de una frustración como mujer: el hacerte escuchar, enfrentar a veces a las propias mujeres por no mantener la diferencia. Por lo que significó la palabra oculta durante tanto tiempo, me parece que hace que cuando se van planteando responsabilidades la mujer pone su palabra ante la sociedad de una manera diferente.

Y no creo que nos hayamos reunido para planteárnoslo así, uno ve que lo hacen todas las mujeres que tienen una responsabilidad, sobre todo, con la mirada de transformar. Esto tiene que ver con la mirada de la mujer pero con un compromiso con los sectores sociales populares. Y en esto incluyo en nuestro país al 80% de las mujeres.

CAMINOS PARA ENFRENTAR LA DISCRIMINACIÓN POLÍTICA

Apoyarse en los demás

-Cuéntame Lucí, la primera vez que estabas como diputada del Estado, ¿qué sentiste? ¿Cuáles eran tus miedos? ¿Cómo lograste superarlos?

Lucí Choinascki: Yo sentía mucha angustia, la angustia estaba en mi cabeza porque yo no podía vacilar, yo tenía que demostrar mi capacidad porque representaba al Partido de los Trabajadores, representaba a los trabajadores y mucho más que eso, representaba a las mujeres, quienes por primera vez en la historia del estado tenían una mujer parlamentaria venida del extremo oeste dentro de un Estado conservador, oligarca,

machista. Yo me decía a mí misma que mi responsabilidad era grande, pero vivía muy angustiada pensando: ¿será que yo daré la talla? Tengo que dar la talla, ¿cómo es que haré? Siempre andaba con aquella preocupación, mas nunca pasó por mí la idea de desistir. Renunciar es una cosa que nunca pasó por mi cabeza.

-¿De dónde sacaste esa fuerza?

Lucí Choinascki: Cuando yo sentía que la presión era mayor, mi resistencia era también mayor, entonces eso me fue reafirmando. Muchas veces, me faltaba teoría para enfrentar el debate, pero lo enfrentaba en la práctica, pues si no lo podía enfrentar por un lado iba por el otro. Tenía contacto con todos los movimientos sociales, y cuando tenía un proyecto para ser discutido y tenía dificultades yo llamaba a los profesores de servicios, a todos los vínculos que conseguí construir con los movimientos para discutir los proyectos, para discutir mi posición y saber lo que ellos estaban pensando sobre las enmiendas. Yo cree un vínculo para crear formas alternativas para reforzarme y eso comenzó a darme cada vez más crédito, tanto que todo movimiento, todas las luchas, todos los propósitos y las alternativas pasaban por mis manos en la Asamblea. Comencé a ser la referencia de los movimientos populares, de nosotras las mujeres, de todos los trabajadores del Estado y eso comenzó a darme más seguridad, comencé a reafirmarme.

Buscar vías de diálogo con los compañeros

Lucí Choinascki: Al inicio, los compañeros no me veían como representante de los trabajadores, sino sólo de las mujeres, yo percibía eso. Con nuestros compañeros sindicalistas nunca discutí, sino que intenté enfrentarme por otro camino, llamarlos a ellos para una discusión de proyectos: yo trabajo ligada al movimiento popular. Nosotras elaborábamos, por ejemplo, un proyecto de seguro agrícola para los pequeños agricultores y llamábamos a todos a discutir. A partir de ahí me empezaron a ver como representante de los trabajadores. Yo quería salir sólo como representante de las mujeres, pero yo estaba allá con una función mayor porque representaba también a otros sectores.

-Ofelia, ¿qué hiciste tú para superar las situaciones de discriminación?

Ofelia Ortega: Lo que yo hice siempre fue tratar de buscar solidaridad o apoyo en algún grupo. Me di cuenta muy rápidamente que sola no podía

realizar la tarea de la iglesia, que si no desarrollaba una estrategia, era muy difícil luchar dentro de la estructura de la iglesia. Entonces siempre busqué aliados y aliadas. Busqué apoyo en el grupo de mujeres que unas veces eran líderes de la iglesia y otras veces, sencillamente, eran compañeras mías de la iglesia local. Y busqué apoyo también en hombres que podía considerar mis aliados.

Fue toda una estrategia, y yo creo que la he seguido toda mi vida, inclusive trabajando en el Consejo Mundial de Iglesias. Aquí en el Consejo, hay un grupo de apoyo que llamamos El Grupo de Trabajo con las Mujeres. Sin ese grupo de apoyo para mí sería muy difícil el trabajo.

Trazarse una estrategia de trabajo

Ofelia Ortega: Yo rápidamente me di cuenta que esta no era una labor solitaria, que el trabajo hay que hacerlo con visión o estrategia, con búsqueda de alianzas y con planificación: tenía que saber hasta dónde queríamos ir, cómo queríamos ir, y qué queríamos lograr.

Cuando elegimos a Norca en 1979, nos trazamos toda una estrategia en el grupo de mujeres. Empezamos por preguntarnos quién iba a estar en el comité de nominaciones, que es el que propone los candidatos para el ejecutivo de la iglesia, y tratamos de nombrar allí a una mujer que fuera aliada nuestra. También hablamos con las delegadas mujeres para que votaran por Norca.

Ser competente

Sabido es que cuando hay que elegir para algún cargo, puesto o responsabilidad entre varios hombres y varias mujeres de igual capacidad y condiciones, quien resulta electo generalmente es un hombre, incluso si alguna de las mujeres fuera más apta para esa labor. Porque: "Cuando hay que escoger entre un hombre o una mujer para desempeñar un cargo directivo donde se toman decisiones importantes, la mujer tendrá que esforzarse mucho más que el hombre, mostrar eficiencia a toda prueba, cometer el mínimo de errores y, esconder sus sentimientos para no demostrar debilidad."³² Esto multiplica los esfuerzos de las mujeres porque no se trata solamente de reclamar el espacio como mujer, de decir: soy discriminada; hay que saber como

³². Wilma Saavedra, y Ana María Zamudio. **Op. cit.**, p. 138.

"colocar una idea" -como dicen las brasileras- para que ésta tenga acogida, al menos dentro de tu grupo o dentro del partido. Yo creo que ese es un desafío doble, uno más, que tiene la mujer para enfrentar la discriminación. ¿Cómo lo entiendes tú, Mary?

Mary Sánchez: Es así. Tenés que esforzarte el doble, hasta planificarte cómo vas a abordar una idea, una propuesta, la dirección, el sentido. Eso se da cotidianamente frente a una idea que querés desarrollar, a una propuesta. Te cuesta muchísimo más abordarla. A lo mejor tenés que hablar con cada uno antes de llegar al colectivo, ir generando la opinión con un gran esfuerzo para poder alcanzar la aprobación de la propuesta a lo mejor recién después de mucho tiempo, porque al principio no es tenida en cuenta. No es por perversidad ni porque te quieran correr el espacio o porque no te reconozcan; te reconocen, ahora, que tenga valor lo que hagas es otra cuestión.

Pompéa Bernasconi: Es necesario también que nos tornemos competentes, que estudiemos y procuremos participar en los debates, en los diálogos, perdiendo el miedo de hablar, de exponer nuestras ideas para ocupar nuestro espacio porque, por la propia educación, la mujer quedó siempre en un segundo plano, para los estudios, para la participación en los debates, etcétera. Colocando nuestra forma de hablar y de pensar iremos quebrando ese machismo, asumiendo nuestro lugar.

En esta lucha por el espacio de la mujer considero muy importante que los hombres y las propias mujeres tomen conciencia de que nosotras somos diferentes en la forma de expresar nuestro saber y nuestro pensamiento. Muchas veces se afirma que una mujer es competente cuando es capaz de pensar "como un hombre", y yo hallo que nosotras tenemos que demostrar que somos diferentes en nuestro modo de razonar porque poseemos una intuición distinta a la de los hombres. ¡Somos diferentes, no inferiores! Es fundamental hacer que los hombres perciban esto. Ese es un punto muy importante porque, en ocasiones, nosotras mismas creemos que debemos pensar, hablar y actuar de la misma forma en que los hombres piensan, hablan y actúan.

Hacerse un espacio como mujer

-Benedicta, en las discusiones con hombres, en la dirección del PT, ¿te escuchan, te han escuchado siempre o tuviste que imponerte...?

Benedicta Da Silva: Todavía tengo que imponerme. Los compañeros todavía tienen una relación muy machista con nosotras. Ellos concuerdan con la participación de las mujeres, con ese derecho, más la verdad, en la práctica, usted tiene como especie de una tutela. Ello no es una cosa especial de los hombres que están en el PT; es por la cultura masculina. Por eso nosotras tenemos que luchar por nuestro espacio.

-¿Cómo hacer para crearse un espacio como mujer?

Nélsida Marmolejos: Yo he creado mi propio espacio y ahí yo no soy nada generosa, porque a mí ningún hombre me ha cedido su puesto: yo me he ganado el mío. Y lo he compartido con el que me queda al lado, pero no he cedido mi puesto. Tampoco he luchado por ocupar ese puesto, he luchado por hacer una cosa como yo entiendo que se hace. O sea, todo ser humano tiene aspiraciones, a lo que yo aspiro es a hacer muy bien lo que hago, y esto me ha puesto en el lugar que estoy, me ha colocado en una coyuntura de mayor responsabilidad.

Mary Sánchez: El espacio como mujer, que lo tenés que plantear, es no aceptar cosas que permanentemente suceden, ¿no?, que los jefes de los bloques son todos hombres, que los líderes son hombres y, además, no aceptar el mandato vertical del bloque pero a la vez hacerte oír, plantear tus puntos de diferencia, explicar lo que pensás y lo que creés sabiendo que te cuesta siempre el doble, porque hay un prejuicio en el medio. En el caso mío, creo que tiene dos raíces: una por venir de la dirigencia sindical y la otra por ser mujer. El de ser mujer lo tiene cualquier mujer en cualquiera de los bloques. Esto es absolutamente así.

Vos veías que si había temas económicos, como el desarrollo de economías regionales, de coparticipación, temas que yo conozco, sin embargo, yo nunca iba a ser designada para tratar esos temas; no se me iba a dar esa responsabilidad porque se partía de considerar que mi responsabilidad podía ser solo en un aspecto sesgado: Mary sobre educación nada más. El poder opinar, incidir y aportar en todos los sentidos, es un espacio que hay que pelearlo mucho, porque si no como que uno tiende a encasillarse, o dejás que te encasillen. Y esta es una de las cosas que a mí más me costó. He tenido que hacer un gran esfuerzo de aprendizaje, de buscar. Y en esto, el esfuerzo es casi individual. Así que pasé una gran tensión para encontrar mi lugar en esta nueva etapa.

-Pompéa, tú debes haber tenido bastantes problemas y discusiones con los curas, porque no te veo como una persona que esté callada, que sea sumisa...

Pompéa Bernasconi: Yo tengo una personalidad muy fuerte, por tanto, es difícil decir que me haya sentido disminuida. Pero siempre fue desafiante encontrar espacios como mujer en grupos con mayoría masculina.

-¿Qué hacías para sobreponerte y lograr un espacio?

Pompéa Bernasconi: Hablar mucho de igual a igual para conseguir un espacio, pero eso no siempre fue fácil. En los equipos de hombres y mujeres donde yo trabajé, traté de estar preparada y abierta para aprender de los otros. Cuando me sentía marginada o cuando sentía una postura machista por parte de ellos en relación con las mujeres, yo los alertaba. Nosotros creamos una relación muy bonita, de mucha franqueza y, algunas veces, también de confrontación. Reaccionaban de un modo u otro, pero me escuchaban. Yo hallo que en ese equipo nosotros crecimos mucho. Se dio un aprendizaje muy lindo, mío y de ellos.

-Tú te has preocupado por ser una mujer competente...

Pompéa Bernasconi: Sí. Creo que es una preocupación que toda mujer debe tener para desarrollar su tarea de educadora, de evangelizadora o de profesional.

No se trata de que la mujer asuma el espacio del hombre, sino de que asuma su propio espacio. Se habla mucho de que los hombres no dan espacio, y yo creo que ningún hombre va a darlo sino que nosotras tenemos que conquistarlo. ¡Es una cuestión de conquista!

Ejercer la autoridad y buscar apoyo de un modo diferente

María Luisa Fontinelle: Yo siempre trabajé colectivamente. En la Asociación de Sociólogos, en el Movimiento de Amnistía, en la Unión de las Mujeres Cearences... Yo era del PMDB [Partido Movimiento Democrático Brasileiro], mas las asesorías, los que me apoyaban, constituían el Comité Democrático Obrero y Popular, y con ellos yo siempre tomé decisiones colectivas todo el tiempo. Pero en la prefectura [municipalidad] yo tenía que decidir sola y muy rápido, y fue muy difícil.

-Necesitabas ser una mujer muy ejecutiva...

María Luisa Fontinelle: Dentro de la prefectura había muchas divergencias, por las diferentes tendencias del PT [Partido de los Trabajadores], y por la oposición. Todo el tiempo había conflictos con los funcionarios, con la clase dominante, y necesitaba de decisiones muy rápidas, pero yo siempre quería consultar a todo el secretariado.

-¿Y no podías...?

María Luisa Fontinelle: No podía. Y a veces eso me traía dificultades: tomaba decisiones y después los secretarios se viraban contra la decisión. Claro que yo lo permitía.

Entonces esto creó una crisis interna de poder, porque como yo quería decidir democráticamente y quería hacer reuniones, di a los secretarios un poder que terminó desbaratando mi decisión porque no podía estar reuniendo al secretariado todo el tiempo, a cada minuto, a cada hora y cada día. Fue un problema muy serio.

-¿Cómo saliste adelante?

María Luisa Fontinelle: Después de un año hubo una reflexión muy fuerte de las personas más próximas sobre la necesidad de cambiar ese procedimiento. Entonces acordamos decidir colectivamente las líneas políticas, los procedimientos, mas las decisiones tenían que ser tomadas en cada momento por mí. Y eso fue un gran aprendizaje para mí, para superar mi debilidad de formación como mujer.

-¿Tenías miedo?

María Luisa Fontinelle: Tuve miedo, tuve angustias, tuve voluntad de morirme...

-¿Sentiste deseos de renunciar en algún momento?

María Luisa Fontinelle: No, por la cuestión de la mujer. Porque todas las mujeres decían: ve firme, no dejes. Ese era un apoyo muy fuerte y me daba fuerzas. Pero yo estaba siempre con la angustia de lo que podría pasar mañana, porque el proceso fue muy conflictivo y muy grave y yo tuve que proceder muy fuerte.

Enfrentar la discriminación a cada paso

Lucí Choinascki: Yo pasé mucho trabajo tanto en la iglesia como en el partido, en la sociedad, y en la familia, porque el cambio era muy

grande. Yo tenía un trabajo de doméstica, y pasar de ese espacio a discutir política, a participar en la ocupación de tierras, en la dirección de huelgas y discutir lo que la gente va hacer, era un papel impropio de la mujer, entonces para comenzar a enfrentar eso había que ponerse muy dura, luchar para hacerse reconocer y demostrar que uno también tenía cabeza para pensar, ¿no?; que uno también elaboraba; que uno también estaba en la lucha porque no aceptaba las cosas como estaban; que uno también era militante; que tenía una visión de cambio. Mas también era mujer en esa historia, no dejaba de ser mujer, y tenía que enfrentar la discriminación.

Esa discriminación era automática en todos, por más que muchas compañeras con discursos socialistas alegaban la participación de las mujeres, en la práctica, su discurso se tornaba vacío, porque lo importante es participar desde que nos atropellan, y ellas no asumían darle frente a los hombres. Era como aquel que dice, un discurso bonito, pero en la práctica no valía.

-¿Y tú como eres respecto a las demás mujeres?

Lucí Choinascki: Yo prefiero dar siempre un chancecito para ellas, para que superen la cultura discriminatoria. Pero he visto que otras mujeres no dan condiciones para que las mujeres de base puedan también participar. En el 86, cuando me discutieron para ser candidata a diputada estadual, en el grupo de mujeres con las que yo trabajaba discutimos porque yo no quería ser candidata, yo quería trabajar, quería quedarme en el movimiento. Yo tenía pasión por trabajar en la organización de las mujeres y quería avanzar más que eso, para cambiar el sindicato, tratar de legalizar todo aquel problema que las mujeres vienen enfrentando con los sindicatos que no hacían nada para posibilitar nuestra entrada en las oposiciones sindicales. Conseguimos llegar a muchas asambleas de sindicatos que no permitían la sindicalización de la mujer. Yo participaba e iba introduciendo las mujeres, una aquí, otra allá y entonces tenía un goce de hacer aquello, ¿no? En el 86, los compañeros del municipio y también a nivel de la región, discutieron que era importante que yo fuera candidata para atraer las mujeres para el partido, porque era la única mujer que cogía un micrófono y hablaba para el público.

Cuando había bastante gente en las manifestaciones yo lograba hablar, y las otras compañeras no conseguían hablar todavía fuera de su

reunión. Ahí entré en esa historia de traer votos para el Partido. Hubo una discusión en mi región, porque había tres municipios pequeños con tres candidatas a diputadas del estado por el Partido de los Trabajadores. Hubo un grupo que se reunió y pidió que yo retirara la candidatura porque no tenía el desarrollo suficiente, porque era todavía muy complicado que las mujeres participaran en la política, decían que yo no estaba preparada y que tal vez, no iba a contribuir tanto al crecimiento del partido con mi candidatura. Ahí yo me incomodé, y dije que yo entré en este partido porque creo que el partido es de los trabajadores y yo no tuve condiciones, por la realidad del país, para continuar estudiando como muchos trabajadores. Entonces no voy a renunciar a mi candidatura, voy a ir hasta el final. Ahí yo resolví asumir el trabajo en la campaña, y para ello trabajé más con mujeres. Tuve compañeros hombres que también trabajaron en la campaña, mas el 80% fueron mujeres que elevaron mi nombre, y conseguimos que -sin querer, porque el objetivo era otro-, me eligieran diputada por el Estado.

Romper con los roles tradicionales

Mary Sánchez: Un día, en una de las sesiones, había un partido de fútbol muy importante, y vos mirabas las bancas del Parlamento y las únicas que estábamos sentadas éramos las mujeres, los colegas diputados se habían ido a ver el partido, dentro del Congreso mismo, mientras las mujeres manteníamos el *quórum*³³. Me dio mucha indignación porque, ¿este es nuestro papel aquí dentro?, ¿mantener el *quórum* mientras los diputados miran el partido? En esto era lo mismo que estuviésemos en el bloque o que estuviésemos manteniendo las tareas de la casa. Entonces, me dio una indignación grande conmigo misma y dije: yo acá no me quedo para hacer esto. Al final resulta que los hombres son de lo más informal, hasta los que tienen responsabilidad en los bloques: entran, salen y la mujer siempre tiende a tener una actitud distinta. Entonces digo yo: si es distinta que no sea para nuestro sacrificio, que sea para exigir que los demás cumplan su propia función.

Yo me levanté de la banca y les dije a las demás: nosotras ya más idiotas no podemos ser, les estamos manteniendo el *quórum*, levantémonos y que se levante la sesión y nos vamos a casa. Hablé con

³³. Mínimo indispensable para sesiones.

cada una de las mujeres de los diferentes bloques y poco a poco nos fuimos yendo y el presidente salió corriendo a llamar a los hombres para que vengan a mantener el *quórum*.

Parece casi absurdo que uno plantee esto, pero bueno, hay que empezar a dar señales y ese día, cuando empezamos a levantarnos, los hombres entraron y dejaron de ver el partido.

LA CUOTA PARA MUJERES, ¿DISCRIMINACIÓN ADMISIBLE?

*La lucha de las mujeres ha propiciado que se tomen diversas medidas para garantizar su participación. "La presión y movilización de las mujeres ha empujado a los poderes públicos a tomar medidas de índole diversa, para garantizar una presencia más equilibrada de las representantes del sexo femenino en todos los campos reservados a los hombres durante los siglos, y de ahí han surgido, por ejemplo, los organismos administrativos responsables de las políticas de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, los planes de igualdad de los gobiernos y otras instituciones públicas y las medidas de acción positiva para contrarrestar las situaciones de desigualdad más difíciles de superar, (...) se basan en el principio de que para alcanzar la igualdad, se puede tratar de forma diferente a los desiguales."*³⁴

Uno de estos tratos diferenciados lo es sin dudas, la llamada ley de cupos, cuotas o porcentajes mediante los cuales se pretende garantizar, generalmente, un 30% de la participación de las mujeres en partidos, listas electorales e instancias de gobierno y de la administración pública.

Al mundo masculino no le resultó muy agradable la medida porque su ejecución significa perder el 30% de su espacio. Lógicamente, no lo reconocen así, se enmascaran tras argumentos tales como: "Eso es injusto y las hace quedar mal. Si fueran capaces realmente no necesitarían ese 30%. Es paternalismo, etc." Entre las mujeres, la ley de cupo no alcanzó tampoco una opinión ni una política unificada. Algunos sectores coinciden con el pensamiento y los argumentos esgrimidos por sectores masculinos, y otros, en una amplia diversificación de matices,

³⁴. Carlota Bustelo. "Democracia y Participación Política de las Mujeres: Obstáculos y logros. El caso de España." Tomado de: Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. "Foro Internacional Mujer, Política y Desarrollo." Madrid, España. 1994, p. 22.

están de acuerdo (no a favor), en que el cupo, aunque discrimina a las mujeres, lo hace positivamente y que, en tal sentido, es un paso de avance para forzar un espacio, abrir oportunidades y posibilitar a las mujeres acceder al mundo público y entrenarse para ejercer la autoridad, entender y ejercer el poder de un modo diferente, más horizontal, más plural, más democrático, más humano. En este sentido, el cupo puede entenderse -y aceptarse- como una transición hacia la plena participación de las mujeres en el mundo público, político, del poder, en igualdad de oportunidades con los hombres.

A continuación algunos enfoques y análisis del tema ilustran y se adentran en una gama de múltiples referentes que es necesario tener en cuenta a la hora de definir una política al respecto. La razón -a mi modo de ver- se halla repartida en todos ellos.

Para empezar es buena

-¿Qué opinan de la cuota que se ha establecido para incluir a la mujer en determinados cargos públicos y dentro de los partidos políticos?

***Alieda Verhooven:** Para empezar es bueno.

Esther Custo: Si han puesto menos porcentaje a la mujer y más a los hombres, sigue siendo una discriminación. Siempre el hombre puede tener más cargos políticos que la mujer o tener determinadas bancas... De cualquier forma, al hacer la diferencia sigue discriminándose a la mujer. No me queda otra cosa que decir: se sigue discriminando a la mujer.

-¿Qué opinas tú de eso, Alieda?

Alieda Verhooven: Pienso que sí, que es discriminatoria, pero lo otro era más discriminatorio. Yo no digo que tenemos que quedarnos contentas, ni aplaudo, pero es un camino.

Mary Sánchez: Cuando sale el cupo, en nuestro país fue una victoria muy importante de la mujer, pero bueno, después empezó aquello de quién decidía el cupo...

-Esa viene a ser, precisamente, una de las limitaciones del cupo...

Mary Sánchez: Claro, porque eso se resuelve partidariamente en cada partido y, muchas veces, el cupo es la variable para una tendencia, para un partido que es minoritario o para un lugar que alguno de los dirigentes

quiere que le sea compensado a su sector y entonces va una mujer de su sector quién supuestamente, además, lo va a apoyar siempre, o va la esposa de fulanito que pasa a tal cargo y se le paga, o se la saca de tal cargo y va de diputada. Esto todavía sucede. Supongamos que sean seis diputados a elegir y hay tres fuerzas políticas o dos, el lugar de la mujer se le va a ofrecer a los de menos peso, porque los otros tienen que colocar sus hombres, los importantes de su partido, ¿cómo va ser una mujer? A no ser que sea una mujer con peso propio, que tiene peso ante las mujeres, ante los hombres y ante la sociedad, entonces entra en los primeros lugares, no en el tercero. Porque el 30% significa que te dan el tercero siempre, no que encabece una lista.

-En tu caso, ¿cómo fue?

Mary Sánchez: Bueno, en la lista la provincia de Buenos Aires yo fui segunda porque tenía la presidencia del partido y no podía encabezar la lista de diputados. Esto fue un acuerdo, pero la concepción también tenía que ver.

Esto es lo que hay que superar, que tiene que ver entre otras cosas con cómo la mujer se prepara para dar esta disputa y ocupar estos lugares por el valor, por el conocimiento, por la posición política.

Virtudes Alvarez: Yo digo: es un arma de doble filo el demandar cuota de participación en los procesos de dirección por el hecho de que seamos mujeres. Es un arma de doble filo porque si nos toca una cuota aritmética, digamos de 8, dentro del Comité Ejecutivo que son 25 y no tenemos 8 compañeras preparadas para asumir su rol como dirigente, eso se va a revertir contra la compañera misma del partido porque después, la campaña contra nosotras la van a volcar sobre la base de que las mujeres del partido no sirvieron.

Si usted no tiene condiciones para ser dirigente, no puede ser dirigente aunque sea mujer. Porque lo que estamos buscando es una mayor proyección sobre la conducta y la capacidad de las mujeres; si te dieron el puesto porque eras mujer y no diste la talla, eso se revierte contra las mujeres mismas del partido. "Le dieron asuntos internacionales y, ¡ni para eso sirvió!" Entonces ya no es ella, son las mujeres del partido las que no sirven para asumir niveles ni puestos de responsabilidad.

-Ocurre que al asignar una cuota para la participación de las mujeres se abren realmente oportunidades de promoción y capacitación para nosotras las mujeres. Porque no podemos desconocer que el argumento de la calidad, de la aptitud para ocupar determinados cargos, para desempeñar determinadas funciones, se emplea frecuentemente para obstaculizar o impedir la promoción de las mujeres. Se nos aplica una regla distinta que a los hombres.

Es cierto que debemos preocuparnos siempre para que la calidad, la capacidad, sean requisitos para hombres y mujeres, pero no podemos desconocer que si hay que escoger entre un hombre y una mujer, se tiende a seleccionar al hombre aunque la mujer esté igual o más capacitada que el hombre, porque -por prejuicios, por cultura o por costumbre- se da por sentado que la mujer tiene menos preparación, menos calidad que el hombre.

Lucí Choinascki: Así es. Por otro lado, para impedir que las mujeres participen de la dirección del partido, se crean problemas, dificultades...

-¿Cómo cuáles?

Lucí Choinascki: Las dificultades muchas veces son así: "Aquél está más preparado para tal tarea", como si las mujeres fueran a errar o no se pudieran preparar también para cualquier tarea. Nadie nació preparado; ellos también cometieron un montón de errores para ser tales dirigentes.

María Luisa Fontinelle: En Ceará nosotras tuvimos dos experiencias muy fuertes con mujeres que tuvieron participación en los movimientos de mujeres, pasaron a destacarse en la lucha general y ocuparon un espacio sin que hubiera definición de tratamiento. Entonces, los recelos que yo tengo, y por eso estoy en contra, es que al definir el 30% hay una definición burocrática, y las mujeres, las que ocupan el 30% ya de antemano no tendrán que clarificarse para tal. Yo creo que los cargos de dirección elegidos, deben ser decisión de quien está eligiendo y decisión a partir de quién crea que sea capaz de estar en la dirección, con independencia de que sea hombre o mujer.

Yo lo veo así: o las mujeres y los compañeros rompen con eso o no será roto. Es la misma cuestión de la secretaría de la mujer: destaca a tres mujeres, pero no asume la cuestión de la mujer como una cuestión del partido. Entonces, mientras las mujeres están en la lucha con relación al

voto, los hombres están en una posición reaccionaria con relación a la cuestión femenina.

La cuota para mujeres es una conquista de la mujer

Benedicta Da Silva: Las mujeres del PT conquistaron el 30% de representación para los puestos de dirección del partido. Es un espacio garantizado por la lucha de la mujer

-¿Tú estás de acuerdo con esa medida?

Benedicta Da Silva: Sí. Yo estoy de acuerdo porque si usted no concretiza sus ideas, entonces dejan de ser ideas. Si nosotros hablamos que toda la historia de la mujer no tiene visibilidad, y que la presencia de la mujer en las decisiones tampoco tienen visibilidad, pero luego hago el discurso de los hombres, organizo el partido con los hombres, escribo todo, hago todo, más ellos no consiguen admitir una participación mía en la dirección de ese Partido, si yo concretamente no me instalo, ellos van a continuar haciendo lo que hacen: que la mujer sea una secretaria, la que reúne personas. Entonces la cuota no es una dádiva, no fue un favor de los hombres, fue una conquista. Entonces defendí el 30%.

-¿Qué piensas de esto Lucí?

Lucí Choinascki: Yo estaba en contra de la cuota porque pensaba que era una forma de discriminación, que no era así que tú ibas a garantizar la participación de las mujeres, pero hoy creo que vale la pena. Es que estoy viendo que hasta ese 30% está abriendo un debate en el partido, mientras que antes, ni condiciones para discutir se tenían; se hablaba de la cuestión de la mujer pero no tenía mucha importancia. Ahora porque está armando el lío, la cuestión se tiene que discutir: cómo es que se van a garantizar los cargos, porque existe el régimen tal que debe ser cumplido. Entonces, en este momento creo que abre un debate, y eso es importante para que nosotras las mujeres veamos cómo es que se va a conducir ese debate, para no quedar en el 30%, para discutir cómo es que las cosas son tratadas cuando son de la mujer, qué se piensa de la mujer en la política, en el partido, en la transformación, cuáles son las condiciones reales que se dan para que la mujer participe.

Alieda Verhooven: Las mujeres tenemos que aprender a participar en esos niveles y si no lo logramos así no nos van a dar nada; no nos regalan

nada, ni una bancada. Y si hemos logrado esto, mañana hay que decir: Bueno, podemos estar en todos los espacios y vamos a estar sin cuota porque nos van a votar. Pero hasta entonces es necesario, porque las cosas se aprenden sobre el camino, y hasta que no se estableció la cuota, casi no había mujeres en las instancias políticas y públicas.

-¿Cómo lo enfocan ustedes, Gladys?

Gladys Marín: En el partido no adoptamos -y fue una decisión de las mujeres- la idea de la discriminación positiva, de la cuota. No tenemos cuota dentro del partido.

-¿Podrías resumir un poco ese debate?

Gladys Marín: Mira, en general se llegó a la conclusión de que es un asunto un tanto artificial y que al contrario, hace que se mantengan dentro de los partidos las ideas de la discriminación y se acepte por una formalidad.

Nosotros vemos que en los partidos donde se ha planteado la asignación de cuotas para elegir a la mujer en los cargos, la discriminación sigue, te diría, tanto o peor que antes. Y se convierte muchas veces, en el caso de las mujeres que ocupan cargos en estos partidos, en una pelea casi personal, y no en una pelea ideológica, de valores sobre el papel de la mujer. Son simplemente cuotas de poder para algunas mujeres, no para La Mujer.

En el Partido Comunista en Chile, hemos logrado una participación bastante alta de la mujer en la asignación de cargos sin necesidad de tener, hasta ahora, esa llamada diferenciación positiva.

-Mary, tengo entendido que un enfoque similar se debatió en Argentina...

Mary Sánchez: Entre nosotras fue una gran discusión porque primero parecía que era más progresista y no discriminatorio no poner cupo. ¿Por qué? Porque "la mujer puede tenerlo todo". Ese era el discurso de aquellos que no querían el cupo.

Cuando esto se discutía en el movimiento de mujeres y se planteaba hacia la política, y también en el sindicato, ocurrió algo parecido. Compañeras dirigentes gremiales, ya sea de las escuelas o en las conducciones, seguían con el piñón fijo considerando una estupidez esto. "¿Para qué el cupo?, decían, si uno tiene todas las condiciones para luchar por tener el lugar que le corresponde uno lo tiene que hacer."

Hace unos diez años atrás esa era también mi posición, yo cuestionaba por qué el cupo de la mujer.

Creo que yo tenía esa visión negativa, por no ver mi propia realidad. Claro, yo vengo de una casa en la cual el primero que reconoció en la práctica y propendió a que la mujer tenga que ser lo que corresponde en igualdad con los derechos del hombre, fue mi padre, o sea, que yo tuve facilidades en mi infancia. Y, entonces, no me ponía en el lugar de las otras mujeres. Yo no advertía lo difícil que fue y es para las mujeres tener un lugar y trato igual.

Ahora pienso que la lucha por el cupo femenino fue ganada porque, evidentemente, era una necesidad en la sociedad, debido a la gran incorporación de la mujer al trabajo, y el tener que enfrentar desigualdades, el tener que hacer política, hacer gremialismo, pero sin eliminar ninguna de las otras tareas, sino asumiendo siempre más.

IV. GÉNERO Y EMPODERAMIENTO

EMPODERAMIENTO, ¿CUESTIONAMIENTO O RECREACIÓN DE LA DESIGUALDAD?

Desde la concepción de las mujeres, tener poder, significa, en primer término, poder hacer, y como es un "hacer" para modificar, el poder de las mujeres se traduce en acción transformadora, de su medio, de las relaciones con los hombres y de su propio ser mujer.

Cuando conversé con Esther Custó acerca de esto, me dijo: Yo creo que el poder hacer implica que se tome conciencia, que se reflexione acerca de cómo este sistema o estos sistemas sociales, estructuran no solamente todo un sistema político y económico, sino que, a través de eso, crean o generan formas para que la gente reproduzca las formas de vida que los sectores de poder esperan seguir manteniendo en la sociedad. Entonces, cuando entramos o tomamos conciencia de esto, podemos quizá pensar formas alternativas de poder hacer cosas.

Desde esta perspectiva, el reclamo de equidad por parte de las mujeres se traduce en una práctica que reclama o impone una participación creciente de las mujeres en el mundo público, en sus distintas esferas: económicas, sociales, culturales, políticas, etc., para transformarlas. En América Latina y el Caribe las mujeres tienen una no corta -aunque sí poco conocida- historia de lucha y organización en pro

de sus beneficios como mujeres y también de los de otros sectores sociales desfavorecidos. En este caminar, han realizado un proceso práctico-teórico de deconstrucción-reconstrucción de su historia como seres humanas minimizadas en sus capacidades, castradas como tales seres humanas, discriminadas, subordinadas y dominadas por una concepción social patriarcal-machista que adjudica un cúmulo de cualidades al hombre y de defectos a la mujer. Este proceso es, sin duda, de recuperación y aprendizaje y -mirado en su dimensión histórica- está aún en pañales. Se viene desarrollando de un modo casi imperceptible a través de la conquista de pequeños espacios por parte de las mujeres, conquista que se caracteriza por un proceso de acercamiento y acceso de las mujeres a las distintas esferas del quehacer social. Y este proceso constituye lo que se ha conceptualizado recientemente como "empowerment" o empoderamiento de las mujeres.

Este empoderamiento se manifiesta, en una primera fase, como un proceso de apropiación de espacios de poder tradicionalmente de los hombres por parte de las mujeres. Ahora, ¿qué ocurre? Qué muchas veces, ese proceso de apropiación de poder, conlleva una reproducción de los patrones masculinos, autoritarios y patriarcales.

Esto es así porque este empoderamiento se da de formas variadas, en diversos ámbitos, y no siempre va acompañado de una toma de conciencia de género por parte de las mujeres. Puede ocurrir que algunas mujeres accedan a determinados espacios de poder, por ejemplo, el político, y no impulsen una práctica ni una concepción diferente a las impuestas por los patrones de la cultura masculina. Por eso resulta importante -sino imprescindible- vincular los estudios acerca del empoderamiento de las mujeres con la categoría de género. Por eso resulta necesario articular los procesos de empoderamiento de hecho de las mujeres con procesos de reflexión de esas experiencias, incorporando la mirada de género. Más que ser algo terminado, esta mirada es una forma de interrogar a la realidad, de interrogar al poder acerca del equilibrio y de la igualdad de los roles hombre-mujer y de interrogarnos a nosotras mismas como reproductoras y productoras de la cultura discriminatoria del poder patriarcal-machista.

Algunos estudios sobre el tema, aseguran que la sola incorporación de las mujeres a los espacios tradicionalmente masculinos constituye un paso de avance, una conquista para las mujeres en general, en su

camino hacia el empoderamiento social, aunque más no sea por mostrar y demostrar que es posible transgredir las normas, entrar al mundo de "los hombres" y quedar viva.

*"En el movimiento de mujeres nadie objeta tal urgencia y la discusión se ha centrado en si colocar en los cargos sólo a las mujeres con 'conciencia de género' o llevar a más mujeres a los puestos políticos, independientemente de su disposición a apoyar las demandas de las mujeres (considerando que feminizar los espacios de la política ya es, de por sí, un objetivo feminista)."*³⁵

Las lecturas no son homogéneas. Los argumentos de Eufemia Frías, por ejemplo, contradicen estos puntos de vista: No estoy de acuerdo, señala, en que una mujer se meta a los partidos y que después venga a asumir una posición de diputada o senadora, nada más por estar ahí, sin rescatar el derecho de la mujer. Eso no tiene sentido. Por eso no se sienten más los movimientos de mujeres, porque la mayoría de mujeres que son diputadas, están ahí nada más, no están defendiendo el derecho de la mujer como tal. Yo pienso que ahí hay que ir con conciencia de pelear los puestos y de obtener las reivindicaciones que necesita la mujer.

El problema es complejo, como lo es la propia realidad en que vivimos. En el fondo esta discusión expresa distintas visiones y preocupaciones que se resumen en esta interrogante: ¿empoderamiento femenino para qué? Las respuestas que emanan de la propia experiencia hablan de posiciones diversas: algunas mujeres asumen cargos públicos o políticos y se adaptan al modelo masculino del poder y lo reproducen. Otras, sufriendo contradicciones y ataques hasta de sus propias congéneres, luchan por hacer de esos espacios un lugar propio para las mujeres, de transformarlos como espacios y como poder junto a las formas de ejercerlo. O sea, de asumirlo desde una posición y con una perspectiva de género.

En este caso, empoderamiento y género se dan la mano. En el otro, el empoderamiento -que de hecho se da- pasa más por lo personal (el de la mujer o mujeres que lo asumen) y no llega a cuestionar los roles ni el

³⁵. Clara Murguialday y Norma Vázquez. "Las salvadoreñas y las elecciones del siglo", en *FEMPRESS* N° 151, mayo, 1994, p. 7.

espacio masculinos. Es decir, va divorciado de los planteamientos de género.

Pero en cualquiera de las dos variantes, existe empoderamiento: en una, a través de la ocupación de espacios y, en otra, ocupando espacios para transformarlos. Se trata entonces de articular estas diversas vías de empoderamiento y, a la vez, estimularlas, para que -aunque no nazcan juntas que es lo ideal- tiendan a converger en el curso del proceso. El empoderamiento femenino, aunque sea de hecho e individual, resulta beneficioso para las mujeres porque abre caminos, abre espacios, cuestiona a la cultura imperante. Ahora bien, si nos quedamos ahí, si no profundizamos en su esencia y sobre todo, en nuestros objetivos como mujeres, este empoderamiento -en vez de ser un medio para transformar roles discriminatorios cultural e históricamente establecidos a hombres y mujeres-, será un fin en sí mismo y, como tal, otro mecanismo de reafirmación de la desigualdad y de la inferioridad femenina.

Lucha por la sobrevivencia y empoderamiento de las mujeres

En las actuales sociedades latinoamericanas, donde millones de mujeres del campo popular encabezan las luchas por la sobrevivencia individual y familiar, puede afirmarse que hay un empoderamiento de hecho, una toma de posiciones por parte de las mujeres en todos los ámbitos del quehacer social, político, económico y cultural de una sociedad. Así lo resumen los siguientes testimonios de dirigentes barriales.

Benedicta Da Silva: La mujer favelada es la que hace la política de la comunidad, porque ella pasa más tiempo que el hombre en la comunidad. Cuando falta la escuela, el problema no es sólo de los niños, el problema también es para ella, porque ella tiene que arreglar que alguien tome cuenta de ese niño; ella tiene que dividir su trabajo porque en la cultura de la relación familiar, la responsabilidad está mucho en las manos de la mujer. Si falta agua, ella tiene que buscar a distancia esa agua, es ella la que llega a cuidar de la comida que tiene que hacer, del niño que tiene que mirar. La comunidad avanza con la mujer. La mujer favelada tiene una "garra"³⁶ muy grande, es muy práctica, entonces eso hace que no deje las cosas para luego. Es por eso que hoy nosotros tenemos un crecimiento muy grande de la organización comunitaria.

³⁶. Fuerza, empuje.

Usted puede mirar cualquier movimiento social y va a ver que tiene hombres: son los jefes, pero quien está organizando, quien está haciendo avanzar, son las mujeres.

La mujer favelada tiene sueños; ella está siempre reclamando, en el interior de la familia también, ella está siempre mirando hacia arriba, hacia adelante.

-Edita, tengo entendido que en el comité barrial que tu integras la mayoría son mujeres, ¿a qué responde eso?

Edita Acosta: A que muchos hombres no se quieren organizar. Hay unos que no se organizan, pero dejan que la mujer participe de los trabajos. Otros, sin embargo, no dejan que la mujer se organice. Dicen que ella lo que va es a vivir con los otros hombres que están ahí; que ellas son para la casa atendiéndolos a ellos y a sus hijos. Le dicen muchísimas cosas a las mujeres. Son muy machistas.

Parecería que ellos no sienten el peso de la carestía de las cosas, de los problemas... Yo pienso que por eso ellos no quieren organizarse ni dejar participar a sus mujeres.

-¿Cómo explicarías tú que, pese a eso y a otros obstáculos, las mujeres sean las que más asuman la lucha por la sobrevivencia?

Edita Acosta: Porque parece que la mujer es la que sufre más en carne propia los problemas; es la que tiene que ir a comprar. Y uno se da cuenta, cuando va al colmado³⁷, cómo están las cosas, cuáles son los precios en la comida, en la ropa, lo que sea... Parece que nosotras sentimos más la necesidad de organizarnos para luchar por esas reivindicaciones.

Hay algunos hombres que se organizan, y aunque son la minoría, son los que nos dan como un poquito de esperanza para ver que no somos mujeres solas, sino que hay hombres también que tienen el coraje de estar organizados.

El aumento de la pobreza no solamente multiplica la carga laboral que cae sobre las mujeres de escasos recursos feminizando la pobreza, sino que, al hacerlo, las arroja inmisericordemente fuera del ámbito doméstico en busca de alguna posibilidad de sobrevivencia (y de futuro)

³⁷. Almacén, bodega, despensa.

para sus hijos, para su familia. Como testimonio de esta realidad basta traer la experiencia de la buhonera venezolana, Cecilia Mijares:

A nosotros, como pequeños comerciantes, como buhoneros, como trabajadores de la calle, *señala Cecilia*, se nos trataba muy mal, se nos daba el mote de malandros, de vagos, de maleantes. Entre los buhoneros, la mayoría somos mujeres porque las mujeres, aquí en nuestro país, cuando tenemos de 35 a 40 años en adelante, ya prácticamente somos un desecho. ¿Cómo van a decir que nos van a emplear? Eso es falso. Es mentira. Quizás lo harán por tres meses y después nos botan y ya. A las mujeres se nos veía... ni siquiera como algo muy inferior, sino como mujeres de la vida, como mujeres que no teníamos ningún tipo de valía ante la sociedad.

Nosotros colaboramos entre nosotras porque tú no tienes quien te cuide los muchachos, no tienes cómo desempeñarte en un trabajo cuando un muchacho te sufre de algo, por ejemplo, el asma, o si tienes un muchacho al que tengan que hacerle alguna intervención. En un trabajo estable nunca te van a dar el permiso necesario ni puedes estar faltando en cada momento porque el niño está enfermo. Esa es una de las causas que nos ha llevado allí. Otra de las causas es que si la persona no ha estudiado lo suficiente, llega un momento que un trabajo tampoco te lo van a dar... No te queda más remedio que ser buhonera. Aunque, en este momento, hay, como te dije, diferentes tipos de buhoneros también, cada quien tiene su grado de instrucción; ahora buhonero no es nada más el que es de bajo nivel, hay de todo tipo de niveles...

Primero que nada lo que pedíamos era que no se nos castigara doble, o triple. Porque se nos detenía, se nos quitaba las mercancías. El hecho de quitarte la mercancía, de dejarte sin tu capital de trabajo ya es un castigo. Pero aparte de quitarte la mercancía, al que agarraban -porque antes lo que hacíamos era correr- lo llevaban detenido tres días y hasta más, por el simple hecho de trabajar...

En el año 80, se llegó al colmo de que ya nos echaban los perros que eran para detectar drogas. Ya no era para detectar la droga, sino para correr buhoneros. No se nos dejaba estar en nuestros sitios de trabajo ni siquiera en grupos de tres personas. Y esto nos motivó a organizarnos y empezar a reclamar un derecho. Si uno no tiene un trabajo fijo y no hay suficiente capacidad de empleo, pues de alguna forma teníamos que

sobrevivir y entonces reclamamos ese derecho; no el derecho en sí de estar en la calle, el derecho a estorbar, sino el derecho de trabajar.

Hoy se feminizan las luchas para enfrentar la pobreza, se feminizan las organizaciones y las decisiones y, en cierta medida, las alternativas. Esta es quizá la meta más difícil de alcanzar, ya que la feminización de las alternativas requiere de una reflexión múltiple acerca de las causas no sólo de la condición de existencia de la pobreza, sino también de las de su feminización y de las posibles salidas, socialmente justas y equitativas para ambos sexos. Llegar a esto supone una conceptualización del poder existente y de las bases del nuevo poder, aspecto que no está presente aún en todos los movimientos de mujeres o en aquellos donde la mayoría son mujeres, ni con la misma fuerza y contenido que en aquellos que lo han venido asumiendo desde hace ya cierto tiempo.

Por eso no basta solamente con ver si hay o no hay apropiación de poder por parte de las mujeres. Una mirada inteligente puede rápidamente constatar que sí hay. Para evaluar el alcance de este empoderamiento es importante analizarlo empleando conjuntamente el enfoque de género. Ello nos ayuda a entender que la apropiación del poder por parte de nosotras las mujeres, para que sea apropiación-transformación, es un proceso en el cual debemos ir autocuestionándonos y reflexionando sobre nuestras experiencias, de modo tal, que este proceso de empoderamiento vaya profundizando nuestra conciencia de género y contribuya a una modificación de las bases del poder masculino-patriarcal, convergiendo con un proceso mayor, social, de transformación del poder. Porque de lo que se trata, de última, es de incorporar la visión de género -es decir, la visión de igualdad y equidad en las relaciones hombre-mujer y en los roles atribuidos a cada uno-, a una propuesta de transformación social.

EMPODERAMIENTO Y DISCRIMINACIÓN ENTRE MUJERES

No solamente el empoderamiento de las mujeres es un proceso integrador. Toda la transformación de la sociedad es un proceso articulador y conjugador de múltiples procesos simultáneos sectoriales, reivindicativos, políticos, ecológicos, culturales, de género, etc. En el curso de éste, hemos aprendido, entre muchas cosas, que la lucha por la liberación de la mujer no es una lucha contra los hombres sino contra

una mentalidad y una cultura determinada. Porque la subordinación y discriminación de la mujer se inscribe en los mecanismos de dominación del poder masculino-patriarcal sobre hombres y mujeres, y las mujeres -incluso, a veces, las que nos consideramos más conscientes-, somos portadoras, transmisoras y multiplicadoras de esos patrones culturales. Entre los valores machistas que más se reproducen entre las mujeres está la discriminación y descalificación mujer-mujer, mediante el celo y la competencia. Esta se da de formas muy duras, y desde la vida cotidiana hasta los máximos niveles que nosotras nos podamos imaginar.

Hay espacios de poder que llevan a disputas entre mujeres, donde la competencia suele ser en ocasiones, muy fuerte. Por ejemplo, la lucha por el espacio de poder en el barrio, la competencia por el mismo hombre, que se da a veces en el seno de la misma casa o con una vecina, o con una amiga en el lugar de trabajo; la competencia a través de la belleza, del físico, de la edad; y la competencia entre las intelectuales, por el saber (que es poder), por sobresalir, por ser la única, la mejor, etc. Todo esto obliga a las mujeres a correr también según la dinámica del mercado, para estar entre los ganadores y no entre los perdedores.

A esto nos referimos cuando hablamos de la reproducción de patrones culturales masculino-patriarcales que no pocas veces anulan la preservación de movimientos de mujeres o los esterilizan, que impiden el diálogo mujer-mujer y, con más razón, mujer-hombre. En este sentido, resulta oportuno, además de interesante, incorporar a la reflexión algunas experiencias de mujeres que en distintos ámbitos de su quehacer han tropezado más de una vez con estas barreras culturales y han encontrado vías para superarlas.

Falta de solidaridad. Competencia desleal por el marido

Clarita Rodés: Yo siento que no hay solidaridad, que las mujeres todavía luchamos por los hombres unas con otras y somos capaces de destruir hogares. Eso tiene muchas facetas. Sé de matrimonios que no son matrimonios y por ello ha surgido la tercera persona. Comprendo estas cosas. Pero las ejemplifico siempre a través del fenómeno de la

titimanía,³⁸ en el que ni nuestros hombres ni nuestras muchachas jóvenes han sido suficientemente responsables. Y en eso también hay una especie de prostitución moral.

-María Soledad, tu tenías otro ejemplo sobre esto a partir de tu propia experiencia... Cuando me hablabas de la rivalidad entre compañeras, decías que también percibiste competencia por quitarse los maridos y ese tipo de cosas. ¿A ti te lo trataron de hacer?

María Soledad Ruiz: Sí. Me lo trataron de hacer... las mismas compañeras que eran subordinadas mías. Por eso es que yo digo que no hay infidelidad posible sin deslealtad. Un hombre no te puede ser infiel si no hay una mujer desleal contigo...

-Bueno, desleal sería si te conoce...

María Soledad Ruiz: Claro. Cuando te conoce, es tu amiga, la llevas a tu casa y resulta enrolada con tu marido. ¿Quién tiene más la culpa? No es sólo la infidelidad del hombre, es la deslealtad de la mujer. Quizás los dos tengan la culpa por igual.

-¿No te parece que ese razonamiento beneficia o, mejor dicho, justifica la infidelidad masculina?

María Soledad Ruiz: No es justificar la infidelidad masculina. Lo ideal sería que nadie se metiera con nadie, que nadie fuera infiel. Para mí, si mi compañero tiene una relación física con alguna mujer, eso no es infidelidad, eso no termina la relación, ni traiciona el proyecto de vida que tú has hecho. Es un error humano. Infidelidad es mantener la doble relación afectiva.

A partir de que superé la primera crisis de relación que tuve con mi compañero, me convencí de que aquella idea con que uno se junta, "de que a tu marido nadie lo va a tocar, que no es para nadie más que para tí", no existe. Desde entonces yo preferí ser más objetiva y más práctica. Aprendí a no ser celosa.

Yo tenía una subordinada que le mandaba cartas a mi marido. Pero esa persona no sabía que -por mis tareas- quien recibía la

³⁸. La palabra "titi" es un cubanismo que significa muchacha joven y agraciada. En la última década, el habla popular ha denominado titimanía a la obsesión de los hombres de cierta edad por muchachas muy jóvenes.

correspondencia de él era yo... Entonces yo leía esas cartas antes que él y después se las entregaba. Quizá por eso nunca se animó a hacer nada con ella... (ríe).

-Ella no sabía que tú abrías la correspondencia de tu marido, pero sabía que tú eras su mujer porque trabajaba contigo.

María Soledad Ruiz: ¡Sí, claro! Y le escribía ofreciéndose: "Aquí estoy yo. Cuente conmigo para lo que quiera, venga conmigo, hagamos esto y esto."

-¿Y cómo tú llevabas la relación con ella sabiendo eso?, ¿nunca le dijiste nada?

María Soledad Ruiz: No. En ese sentido soy una mujer muy segura, primero, de mí misma y segundo, de la relación que tengo.

-¿Le entregabas las cartas a tu compañero?

María Soledad Ruiz: Claro... (ríe).

-¿Y él qué te decía?, porque sabía que tú las habías leído...

María Soledad Ruiz: Claro que él sabía que yo sabía, pero no decía nada. Recuerdo también el caso de otra compañera, que en una reunión dijo: "Pobrecita María Soledad, si yo quisiera ya estuviera en su lugar hace tiempo. Yo no he querido dañarla, pero si yo me propusiera..."

Han ocurrido cosas así con las subordinadas. Yo he vivido situaciones muy feas en ese sentido, en donde no hay ningún respeto. Cantidad de experiencias negativas.

Claudia Gaitán: Yo creo que la competencia es una cuestión que se ha aprendido y que se ha asumido. Las mujeres tenemos siempre que pelearnos entre nosotras y, además, nos tenemos que pelear por un hombre, sea el que sea: sea el pastor, sea el cura, sea el hermano, el esposo, el amante, quien sea y eso es lo que te genera competencia. No sé... Es como que querés ser mejor que la otra.

Pero yo creo que no es casual. No se da porque las mujeres no seamos capaces de ser solidarias. Yo creo que sí. Al menos así lo demuestra la historia cuando aparecemos siempre como las adelitas, las hilanderas de los hombres alzados en armas. Yo creo que hemos aprendido no sólo la cuestión del servicio sino que hemos aprendido a ser humanas, a ser solidarias.

Celo entre mujeres

Lucí Choinascki: Entre las mujeres existe un celo también. Es una cosa hasta natural, ¿no? Es muy doloroso. Muchas de esas mujeres son muy oprimidas pero tienen aquel celo. Existe un celo de las propias compañeras hacia las compañeras, que muchas veces se expresa cuando hay que votar por una mujer, por su compañera y no lo hacen, por celos, ¿no? Es la dura realidad. Las mujeres, por más que se quieran emancipar, no lo consiguen, no lo logran en este sistema que uno está viviendo, porque no existen cosas colectivas; todo es individual, tú tienes que cuidar de los hijos, tienes que ir al empleo, tanto en la agricultura como quien trabaja como obrera. Tú tienes que dar cuenta de todas las tareas y no tienes tiempo para ti, y no logras liberarte de eso. Pienso que todo esto pesa en esa cuestión, pero hallo que uno tiene que superarla, no quedarse en las pequeñas cosas.

-Edita, ¿cuál es tu experiencia de trabajo con las mujeres?

Edita Acosta: Con algunas hubo problemas por celos y esas cosas, y con otras no, con otras he podido trabajar. A veces hay alguna que no quiere que el otro se desarrolle y si uno llega después que ellas, se creen que tienen más derechos por estar desde antes. Yo viví ese caso aquí en Gualey, en la comunidad eclesial de base.

-¿Qué fue lo que te ocurrió?

Edita Acosta: Cuando yo llegué a la parroquia encontré a un grupo de mujeres que estaban organizadas antes que yo. Y ellas no han querido que hayan personas que se acerquen a mí. Pero, sin embargo, hay gentes que me buscaron y me hablaron, y eso me ha causado problemas, hasta de enemiguezas [enemistades].

-¿Qué te hacían?

Edita Acosta: A veces le decían a las otras que no se junten conmigo, que yo soy nueva y que ellas tienen mucho tiempo. Y cuando me han elegido a mí para algunos trabajos, ellas se han sentido mal. Pero yo le digo a la gente: yo no tengo la culpa que me elijan a mí. Inclusive yo llegué alguna vez a decirle a la gente que no me eligieran a mí, que eligieran a la persona que más tiempo tenía. Pero eso no se dio, porque siempre hay gente que entiende que no es así.

Yo viví esos momentos difíciles cuando llegué. Eso hace que uno se sienta mal porque yo, a lo primero, me sentía muy mal y no quería participar. Ya no le hago caso, pero a lo primero esa experiencia fue dura.

-¿Por qué crees que ocurrió eso?

Edita Acosta: Yo pienso que por celos. A veces es por egoísmo, pero otras veces más bien es como celos que tienen esas personas de que una amiga de ellas se me acerque. Ellas piensan que si ellas eran amigas y yo trato de unirme a ellas, yo le voy a romper la amistad. Y eso no es verdad.

Competencia entre mujeres

María Soledad Ruiz: Mira, yo creo que entre un sector de la población, más que todo en la mujer de la pequeña burguesía, en las mujeres intelectuales, hay una gran competencia desleal, porque sólo ven cómo te pueden quitar de donde estás a como sea... No vale el que yo haya hecho cosas concretas, en beneficio de todas.

Eso se da mucho entre mujeres. Tal vez sea que nos han educado y nos han creado para la competencia. Te inventan chismes, tú les has dicho una cosa y dicen que no, que no les has dicho nada. Si algo salió mal te echan la culpa a ti, sabiendo que tú no la tienes. Y ese querer destacarse, no sentirse inferior a la otra, eso genera una competencia muy desleal entre las compañeras. Y, desafortunadamente, yo he vivido eso.

Cuando yo renuncié a la Comandancia, por problemas que no vienen al caso ahora, no hubo una compañera de ese sector que dijera: no lo debe hacer porque con usted ahí está representada la mujer. No. Todas se pusieron felices y agradecidas de que el espacio quedara libre.

Y entonces, después, para todo el mundo, yo era muy simpática, y resultó que lo que se decía no era cierto. Pero yo ya había renunciado.

-Tú señalabas que la competencia se daba entre las mujeres de la pequeña burguesía, ¿consideras que entre las mujeres de sectores humildes no ocurre eso?

María Soledad Ruiz: Entre las mujeres siempre hay competencia, en distintos niveles, lo que ocurre es que en ese tipo de problemas de conducción, se marca más la competencia entre las intelectuales o

pequeña burguesía que están a tu alrededor que entre la gente que viene de una extracción del campo.

-¿No has notado, por ejemplo, si la mujer que viene de una extracción más de abajo, al formarse y desarrollar determinadas capacidades, cae en las mismas actitudes competitivas?

María Soledad Ruiz: Sí. Por eso te digo que debe ser un problema de niveles.

Mary Sánchez: Cuando la mujer compite contra otras mujeres es muy feroz. A veces, reproduce en esto lo más jorobado del poder. Y esta es una de las cosas que tenemos que plantearnos honestamente entre nosotras para que realmente sea positivo todo lo que hagamos porque si no, lo peor del poder se encuentra entre nosotras, y mucho más fuerte.

En esto hay que mantener una mirada atenta permanentemente para no facilitar estas tendencias que pueden surgir y reproducirse.

-Margarita, ¿has sentido alguna vez los celos o la competencia de otras compañeras?

Margarita Ruiz: Sí, eso se da. Dentro de los mismos grupos hay de todo. La rivalidad existe en el grupo cuando nos queremos destacar; cuando queremos ser las invitadas a dar una charla o cuando queremos ser las representantes en eventos en el extranjero. Todo eso se da.

Claudia Gaitán: Hasta en las organizaciones de mujeres se da mucho el afán de protagonismo, la lucha por el liderazgo, la lucha por el poder que implica -tal como hemos concebido el poder en esos espacios- que para tener poder tenemos que estar arriba del otro o de la otra. O sea, hemos concebido la política a partir del anti-otro, en una competencia, en una rivalidad. Y no necesariamente implica eso.

Construir un espacio de poder significa, primero, sí tener acceso a otra forma de capacitación, de educación, de tecnificación. También necesitamos plata [dinero]. Las mujeres en Guatemala le tenemos miedo a manejar la plata porque la asociamos a muchas cosas, pero además, no la sabemos administrar. No la hemos tenido y no la hemos administrado más que para el hogar. Por otro lado, está la cuestión de la toma de decisiones, o sea, el momento en el que las opiniones de las mujeres van incidiendo y van calzando más en la toma de decisiones de todo un

gremio o un conglomerado social. Yo creo que ahí es donde empiezan a cambiar las cosas.

-Marta, tu tienes una experiencia y un enfoque que apunta precisamente en esta dirección...

Marta Maffei: Yo no tengo una personalidad altamente confrontativa. No tengo dificultades para integrarme a los grupos de trabajo. Tengo la posibilidad de tener una buena relación con la gente que trabajo y nunca entré en una posición de competencia.

A nosotros, en la agrupación, nos produce una inmensa satisfacción ver que cada vez hay más compañeros que pueden destacarse. Hay una capacidad de compartir con la gente, de no cerrarle los caminos a los compañeros, cosa que a mí me parece muy importante. Porque, además, con la edad que tenemos, uno tiene que ir empezando a construir los reemplazos; tenés que empezar a ayudar a formar a otros compañeros y compañeras, que tienen que ser el pensamiento nuevo, Isabel.

Yo creo que la gente puede aprender toda la vida. De eso no tengo ninguna duda, tenés 80 años y podés seguir aprendiendo. Pero hay una capacidad o no de entender la modernidad, no para disciplinar, sino para comprenderla y trabajar con esa modernidad que uno va empezando a perder: los tiempos del lenguaje de los jóvenes, la serenidad con que procesan sus ideas, las formas de reflexionar que tienen -porque no es que no reflexionen, es que tienen un modo diferente de hacerlo-, la percepción de la realidad y una cultura de la imagen que a nosotros nos cuesta mucho entender.

Entonces uno tiene que pensar que no es eterno y que más allá de que pueda ayudar a reflexionar, que pueda sentarse a escribir los documentos y ayudar toda la vida a la agrupación en el conjunto, hay que empezar a plantear caras nuevas, conceptos nuevos, formas nuevas de trabajar. Y uno mismo tiene que ayudar desde su lugar de trabajo a promover caras nuevas. Entonces, claro, es una forma de construir distinta.

Críticas por detrás

-Margarita, ¿cómo se manifiesta este celo o competencia que mencionabas?

Margarita Ruiz: Bueno, a veces te critican por detrás, cosa que uno no siempre capta al inicio porque la percepción depende también de la experiencia de las personas. Eso me ha pasado en varias ocasiones. También me ha ocurrido que, enfatizando o defendiendo alguna postura, me he impuesto y algunas compañeras han creído que las he marginado y se han sentido heridas, y entonces yo he tenido que recapacitar e ir a pedirles perdón y a reconocer mis errores. Eso también. Porque no puedo decir que yo no he cometido errores...

La envidia

-Pompéa, tú decías que tuviste dificultades en tu relación con las mujeres a causa de la competencia, ¿cómo se manifestaba esa competencia? ¿Recuerdas algún hecho?

Pompéa Bernasconi: Por ejemplo, en el tiempo en que yo estaba en las escuelas de la congregación, la competencia se manifestaba a través de críticas a mi metodología de trabajo con las alumnas, a mi modo de proceder en las escuelas.

-¿Buscaban con esas críticas demostrar que tú no eras eficiente?, ¿que tu trabajo o la metodología que empleabas no eran correctos?

Pompéa Bernasconi: Exacto. Y uno percibía ese subterfugio, así por debajo, en las indirectas, en la forma de criticar, de competir; sentía eso muchas veces. En las propias discusiones frente a frente por conflictos de ideas, percibía que había una divergencia de ideas, pero por la forma con la que era criticada o discutida la posición que yo ocupaba en ese trabajo percibía también una cierta envidia por el puesto, por el liderazgo que uno estaba asumiendo en determinadas labores. Lo mismo ocurría en los trabajos fuera de la congregación. Percibía la competencia de la misma manera, a través de críticas directas o expresadas a otras personas por falta de coraje para decir las cosas frente a frente, cuando uno sabía que estaban criticando su postura. Así sientes que algunas personas tienen una cierta rivalidad contigo, aunque uno no localiza exactamente dónde está.

-Pese a todo, no sólo continuaste tu labor sino que te has desarrollado y hoy eres Provincial de tu congregación, ¿cómo sobrellevaste y enfrentaste las prácticas competitivas?

Pompéa Bernasconi: Intenté siempre conversar, comprender lo que pasaba, buscarle siempre una salida a las divergencias. Pienso que el diálogo es la única puerta para la comprensión mutua, para aclarar dudas y deshacer malentendidos. Algunas veces acerté y otras no resolví el problema; entonces tuve que recomenzar, volver a decir: Mire, está sucediendo esto, ¿por qué usted habló así?, ¿qué es lo que sucedió?, ¿qué es lo que yo hice? Igual actúo ahora, como Provincial.

-¿En tu caso cómo fue, María Luisa?

María Luisa Fontinelle: Entre todas las cosas que dijeron para atacarme, inventaron que yo me había comprado un Motel con el dinero de la prefectura, después dijeron que era lesbiana; todo para crear dificultades desde el punto de vista moral. Entonces desperté mucha envidia, no solo por el puesto, sino por eso del Motel, de Doña Flor y sus dos maridos... Los medios de comunicación de masas trabajaron con la idea del símbolo sexual. Y eso me creó una dificultad con algunas mujeres, que lógicamente desarrollaron un sentimiento de envidia por la posición que yo ocupaba, o un sentimiento de recelo por esa imagen que fue creada.

Los chismes

Ofelia Ortega: Sí hay competencia entre las mujeres. No tanto con relación a ocupar puestos. La he visto más en la vida diaria, en la rutina del trabajo, en los comentarios, en los chismes que una mujer dice de otra, que pueden destruir la personalidad. Lo he visto más en ese proceso de la vida diaria.

-¿Y cómo enfrentar eso?

Ofelia Ortega: Yo creo que, unas veces confrontando a la persona y, otras, ignorándola completamente. (Ríe) Depende de cómo sea la confrontación. Si es una cuestión de principios o de injusticias, en el sentido que yo sepa, por ejemplo, que una mujer está destruyendo la vida de otra mujer, injustamente, o que está destruyendo un programa o una obra, ahí sí no me callo, la confronto. Si es una cuestión de habladuría o comentarios sobre mi persona, prefiero ignorarla, porque creo que cuando una persona desciende a ese nivel es muy poco lo que puedes lograr. Entonces, ante estas habladurías o comentarios, lo mejor, para mí, es ignorarlas completamente. Porque el mejor criterio de la verdad es tu

propia vida. Yo no creo que discutiendo con una persona tú le puedas decir: "Lo que tú estás diciendo es mentira por esto, por esto y por esto." El mejor criterio de la verdad de la vida de uno, es la propia vida de uno. Así que cuando se trata de habladurías, de lucha por el poder, o cosas de estas, trato de ignorarlo lo más que pueda. No me afecta tanto y no quiero perder tiempo en eso.

No quiero invertir energías en convencer a una persona de que yo no soy la persona que ella piensa; en convencer a una persona que yo soy distinta, o que eso que le han dicho no es verdad. Me parece que es más importante invertir energías y mi tiempo en algo más valioso, como es, precisamente, la edificación de comunidades más justas.

En eso sí propicio el diálogo y la discusión: cuando sé que se está afectando a la comunidad completa, cuando sé que lo que se está diciendo de esta persona o de mí o la lucha de poder va a afectar a toda la comunidad, cuando es una cuestión de injusticia que afecta al grupo. Llego a tener esa percepción que me enseñó a tener Cepeda: no todo el mundo puede ser amigo tuyo. Entonces digo: este no es amigo; es conocido... Y no puedo cambiar lo que esta persona piensa de mí.

Manipulación por conocimientos

En algunas formulaciones teóricas feministas, la mujer suele aparecer como la alternativa superadora de la discriminación masculina, sin embargo, no pocas veces reproduce ese mismo autoritarismo cuando está en la dirección del movimiento o de otras estructuras, como las ONG's, por ejemplo: hay mujeres dirigentas que tienen un discurso democrático muy amplio hacia afuera, pero al interior del movimiento o institución tienen una práctica autoritaria.

Suele ocurrir todavía con bastante frecuencia, que las mujeres que tenemos "conciencia de género" hablamos de discriminación desde nuestra situación personal, pero después usamos el mismo patrón discriminatorio para las mujeres de los estratos sociales con más dificultades. O sea, hay discriminación también dentro del propio movimiento de mujeres, y competencia por edad, belleza, inteligencia o preparación, etc., sobre todo desde las mujeres que ocupan posiciones de poder. Así, llevamos al movimiento las debilidades, los defectos y las virtudes de otros movimientos y también de las formas de hacer política, y de disputa por los espacios de poder en el movimiento de mujeres.

No se puede hablar de democratizar el movimiento ni de horizontalidad del movimiento si no tenemos una política desde el propio movimiento de mujeres, con estas mujeres, para esas mujeres.

CUALIDADES DE LAS MUJERES PARA UN EJERCICIO DIFERENTE DEL PODER

En el proceso de apropiación del poder por parte de las mujeres, éstas han logrado descubrir y deslindar los errores, las limitaciones e ir sacando en limpio algunos elementos que pueden considerarse aportes de las mujeres con vistas a un ejercicio del poder desde bases diferentes a las impuestas por los patrones de la dominación patriarcal machista. De las investigaciones realizadas y testimonios recogidos, pueden mencionarse los siguientes.

Realizar al mismo tiempo varias acciones diferentes

-Alieda, tú decías que las mujeres tenemos una forma diferente de ejercer el poder, ¿cuáles serían los elementos que conforman esa diferencia?

Alieda Verhooven: La mujer tiene una forma diferente -ni mejor ni peor, pero sí diferente-, de manejar las cosas del poder político, para buscar una política social, económica, de salud.

Yo me voy a retrotraer, en la imaginación, a la mujer que está en su casa ¿sí?, que es capaz de coordinar y articular varias tareas esenciales a la vida al mismo tiempo: está amamantando a su bebé en el pecho, con el otro brazo está haciendo los raviolos para el domingo y tiene la máquina de lavar andando y el otro chico haciendo los deberes de la escuela, y puede estar dando cariño, amamantando, preparando alimentos para los demás, saber que está lavando la ropa y atender al otro chico cuando dice: "¿Mamá, robar se escribe con 'b' alta o con 'v' corta?", y contestarle: "Con 'b' alta, m'hijito." Es decir, puede articular en un mismo momento varias acciones concretas. Y yo creo que ahí reside la capacidad de la mujer de aportar a un ejercicio de poder hacer y de poder ser, que es diferente a la capacidad del varón, pero no digo que el varón no pueda llegar a eso.

-Está educado de una forma unilateral...

Alieda Verhooven: Está educado a estar leyendo el diario y "no me jodan porque estoy leyendo el diario..." A estar reparando tal cosa y "no

me jodan con otra cosa", o "Estoy trabajando nene, no me preguntes ahora."

Benedicta Da Silva: Mamá ponía una cazuela en el fuego, y tenía la plancha puesta para pasarle a la ropa y, al mismo tiempo, ella atendía a una persona que llegaba a su casa, porque mi mamá era madrina de santería en la religión y, además de las cosas de la casa, tenía que atender a las personas que llegaban. Y ella conseguía conciliar todo. Ella adoraba hacer política, entonces ella me pasó eso. Yo hallo que eso también la mujer lo hace con mucha más habilidad. Entonces yo conseguí conciliar esas tareas diarias, viendo que era un camino, que era importante, que era necesario.

Alieda Verhooven: Nosotras tenemos que traspasar ese saber articular varias cosas al mismo tiempo porque, de alguna manera, hemos hecho algún ejercicio de simultaneidad de quehacer que al varón le resulta extraño. Es un largo proceso tanto para el varón como para la mujer, pero no es imposible.

-Esther, tu hablabas de poder y no poder, ¿en qué consiste ese poder y no poder? ¿Qué factores contribuyen a su concreción o negación? ¿Por qué hay quienes pueden y quienes no?

Esther Custo: Yo hablo de poder como lo que puede hacer tanto el hombre como la mujer en una sociedad estructurada dentro de un sistema donde se reproducen determinadas formas de vida, formas de pensar, que son incorporadas tanto por la mujer como por el hombre. Todo lo que es la vida cotidiana, lo que pensamos, lo que vivimos, lo que supuestamente decimos con tanta naturalidad sin haber reflexionado nunca sobre su origen. Por eso digo esto: el poder ser hombre también implica poder hacer determinadas cosas que el hombre tampoco puede por esta estructuración que vamos incorporando a nosotros como sujetos, y así pensamos, así actuamos.

Yo creo que el poder hacer implica que se tome conciencia, que se reflexione acerca de cómo este sistema, o estos sistemas sociales estructuran no solamente todo un sistema político y económico, sino que, a través de eso, crean o generan formas para que la gente reproduzca las formas de vida que los sectores de poder esperan seguir manteniendo en la sociedad. Entonces, cuando entramos o tomamos conciencia de esto, podemos quizás pensar formas alternativas de poder hacer cosas.

-¿Cuáles serían esas formas, por ejemplo? Hasta ahora estamos hablando de lo individual...

Esther Custo: Bueno, esto de poder decir lo que uno piensa, ya sea en relación a la política, a la pareja, al hijo o a una cuestión laboral y no tener miedo de asumir una postura y llevarla adelante... O poder reflexionar que no todas las cosas que dicen los otros son así, por ejemplo, aquello sobre la cuestión de lo sexual, de la familia, poder pensar si es así o si podemos pensar en forma diferente. Es decir, qué tipo de parejas queremos, cómo la queremos, o cómo criamos nuestros hijos para que ellos también puedan tomar decisiones y no todas les sean impuestas por nosotros. Bueno, creo que esas son formas posibles de construir o asumir la propuesta que uno decida. Que los alumnos o la gente pueda pensar diferente y que puedan decir lo que piensan, creo que es uno de los puntos importantes que hoy tenemos que reconstruir en la sociedad argentina. Porque aquí produce terror que alguien diga algo diferente, y aquel que dice algo diferente queda excluido, es señalado o es considerado un loco...

Digamos que aquellos valores que funcionaban como formas de vida humana, como el respeto, la cooperación, la responsabilidad social, hoy se han roto, han sido suprimidos por otros valores en que todos miramos al otro a través de esta carrera de competencia en la disputa del poder, en el sentido del pequeño poder que yo puedo tener o que tiene el que está atendiendo en el banco, que puede decir agresivamente: "Hacé la cola de nuevo", y le encanta ver que vos hagas la cola de nuevo, sin la mínima consideración ni el mínimo respeto.

Es como una competencia: los alumnos con los profesores, los profesores con otros profesores, los alumnos con los mismos alumnos.... Todo se maneja en cuestiones de poderes. Es como que, con determinadas actitudes, proyectan situaciones de malestar sin discriminar donde está realmente ese malestar y sin buscar cómo construir algo para luchar contra este malestar. Se transfiere o proyecta toda esa bronca, todo ese malestar provocado por el sistema social -como está pasando en Argentina-, hacia las personas con las que se interactúa, en vez de proyectarla hacia quien corresponde en la lucha política, en la lucha reivindicativa, en la lucha ideológica.

Ser prácticas

Benedicta Da Silva: La mujer favelada es la que hace la política de su comunidad, porque ella pasa más tiempo que el hombre en la comunidad; porque en la cultura de la relación familiar la responsabilidad recae en sus manos. Si falta el agua, ella es la que tiene que ir a buscarla a distancia, tiene que preocuparse por la comida, por buscar alguien que cuide los hijos mientras trabaja. Esto hace que la mujer de la favela sea muy práctica, que no deje las cosas para luego. Por eso ella es muy responsable de la organización de la comunidad y en los movimientos sociales, aun cuando usted vea que los jefes son hombres, quienes están haciéndolo avanzar son las mujeres. Ellas son las que toman las decisiones.

La capacidad de resistir permanentemente

Marta Pelloni: Creo que vos Isabel, no solamente preguntás, sino que pedís. Yo creo en la equidad del varón y la mujer; creo en la reciprocidad y creo en la ayuda adecuada; creo en el complemento.

-No estaríamos hablando de complementariedad...

Marta Pelloni: No. Para nada, sino de integración. Y para mí, de ambas partes, tanto del varón como de la mujer. Lo que nos diferencia es la equidad del ser, no del rol de cada uno como poder porque el poder es para los dos.

-Debería ser para los dos.

Marta Pelloni: Debería ser para los dos y también la equidad, de ahí la equivalencia, de ahí la reciprocidad y de ahí la ayuda adecuada.

-¿Cuál sería la actividad fundamental de la mujer para lograr eso?

Marta Pelloni: Yo creo que es la resistencia permanente, el querer ocupar el rol que nos corresponde por nuestro ser mujer, en todo tipo de poder; para mí no hay distinción allí. La diferencia está en las cualidades que me diferencian a mí del varón, que voy a poner peso en la apreciación, que puede ser más intuitiva, más afectiva, o más lógica, más racional. Es decir, todo lo que es la cualidad que va marcando ese contenido que voy dando al poder. Pero el tema en sí, como rol de poder, es exactamente el mismo para el varón que para la mujer; es una conquista continua. Lamentablemente, la nuestra es más dura, más luchada...

-La nuestra, ¿cuál?

Marta Pelloni: Nuestra lucha, la lucha de la mujer en general y la de la religiosa con más razón porque todavía está como velada. Como que es un rol que no es nuestro y que, por tanto, no podemos ocupar.

La persistencia

Remedios Loza: Yo creo que las mujeres tenemos algo, que Dios nos dio, un don de ser persistentes en la lucha y lograr lo que nosotros nos fijamos como metas.

Mejor administración

Remedios Loza: ¿Cómo las mujeres administramos en nuestro hogar? El poco salario del hombre tenemos que estirarlo como una liga. Si una mujer administrara el Estado, sería importante, quizás lo haría mejor que el hombre. Porque es más consciente, porque es más honesta, porque es más moral.

Otras opiniones, como las de Esther Custo, contribuyen a problematizar y enriquecer más estas reflexiones porque nos llaman al autocuestionamiento:

Esther Custo: Pienso que la mujer puede llevar -de hecho lleva en sí-toda la reproducción del sistema social. Yo no lo veo diferente para hombres y mujeres. Es decir, estos prejuicios, este autoritarismo, esta cuestión del poder, esta cuestión competitiva, lo veo en relación con todos. Puede ser que la mujer tenga un mayor incentivo, una mayor voluntad para los cambios o que cuando se propone algo va más adelante que el hombre. No lo puedo decir en cifras ni nada por el estilo.

Yo no sé si es posible que la mujer pueda modificar la sociedad mucho más que el hombre. Creo que la mujer es parte de los cambios y tiene todas sus posibilidades. Pero también creo que tiene limitaciones, no por ser mujer, sino por ser humana. Lo mismo puedo decir del hombre; el hombre también tiene sus posibilidades y tiene sus limitaciones; pero no por ser hombre o mujer, sino por ser humano inserto en este sistema social donde hay estructuras muy delimitadas que te dicen -en cada sociedad determinada-, qué es lo que debe hacer una mujer, qué es lo que no debe de hacer.

A través de la lucha, las mujeres han conseguido reivindicar aspectos, modificar situaciones, incluirse en lugares de poder político en forma más abierta, con mayores posibilidades que en otro momento histórico. Pero decir que eso fue porque tiene aptitudes especiales...

-Para cerrar un poco la idea: vos dirías que tanto para el hombre como para la mujer se requiere un cambio de mentalidad.

Esther Custo: Yo creo que sí. Y creo que la mujer puede aportar mucho, pero no quiero poner solo a la mujer como algo ideal, no sé si me entendés...

-Como dueña de todas las virtudes...

Esther Custo: Exactamente. Como la mujer ideal que va a cambiar el mundo. Yo no lo creo. Creo que la mujer no tiene todas las virtudes. Creo que la mujer puede hacer mucho... Pero junto al hombre. Porque en algunas situaciones, la mujer también ha reproducido el autoritarismo o el machismo...

Es indudable que hemos caminado bastante, pero aún queda un largo camino por construir y andar. El empoderamiento práctico de las mujeres es, por ahora, un paso obligado para remover los cimientos de la cultura patriarcal-machista, para aprender a construir poder por un camino y de un modo diferente a los hombres, para abrir espacios a otras mujeres, y también para la autorreflexión de los movimientos femeninos acerca del contenido transformador último que este empoderamiento práctico encierra si trasciende el ámbito reivindicativo inmediato para profundizar el cuestionamiento de las relaciones de poder entre hombres y mujeres y, desde allí, contribuir a su transformación, a la creación de nuevos roles para hombres y mujeres y, a la vez, a la creación de nuevas identidades, de nuevas formas y significaciones de ser mujer y ser hombre y de relaciones entre ambos, formas que -reconociendo las diferencias entre uno y otro sexo- no pasen por la subordinación de ninguno. Se trata, en definitiva, de crear nuevos hombres y nuevas mujeres, de transformar el poder para crear un nuevo poder, más fuerte, más equitativo, más humano, más pleno.

"Se trata de que las mujeres adquiramos poder en nuestras organizaciones y de que también seamos capaces de confrontarlo allí donde se encuentre: en los sindicatos, en las juntas vecinales, en las

*municipalidades, para lograr que nuestras luchas no sean consideradas solamente asuntos de mujeres sino que sean asumidas por toda la sociedad... Para esto necesitamos poder no solamente desde el movimiento feminista sino también desde los centros de poder masculinos para transformar la sociedad."*³⁹

VALOR METODOLÓGICO Y POLÍTICO DEL CONCEPTO EMPODERAMIENTO DESDE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

A nosotras, desde la perspectiva de género, nos interesa fundamentalmente articular el proceso de empoderamiento femenino, o sea, el proceso de apropiación del poder por parte de las mujeres, a un proceso de modificaciones del poder masculino-patriarcal, de modo tal que resulte convergente y coadyuvante con un proceso de transformación social a nivel macro. Porque puede haber -ya hablaba sobre eso- apropiación de espacios de poder por parte de las mujeres sin transformación de su contenido ni sus formas.

En todo este proceso social de resistencia a la destrucción neoliberal, de lucha por preservar algunas conquistas, por sobrevivir, los distintos sectores van encontrando (construyendo) su espacio dentro de lo general. Para construir propuestas populares alternativas que contengan -colectivizándolas- las ideas de cada sector social, se tiene que aportar desde las propias situaciones de los trabajadores, de las mujeres, de los pobladores barriales, en fin, de los distintos sectores populares componentes de la sociedad interesados en su transformación en aras de la justicia, la equidad social y el equilibrio ecológico.

Es importante tener en cuenta que en la resistencia del pueblo por preservar sus derechos, los distintos sectores van generando y asumiendo nuevas identidades y nuevas formas de proyectar esas identidades en la sociedad, particularmente las mujeres.

Por eso, en términos de la relación sujeto-proyecto, "La clave está más cerca de la unidad múltiple, de la creatividad, la complementación, la dirección colectiva, la construcción articulada, la horizontalidad, la humanización, la solidaridad.

Apoyar, vigorizar, articular los movimientos sociales respetando sus ritmos y sus límites es la demanda concreta que pone en tela de

³⁹. Virginia Vargas Valente, **Op. Cit.**, p. 2.

juicio muchos prejuicios y muchos preconceptos a la vieja militancia. Pero simultáneamente abre el camino hacia el modo más concreto y eficiente de disputarle la hegemonía a este modelo burgués norteamericanizado impuesto a través de mecanismos formalmente democráticos y que por lo mismo dificultan grandemente los procesos de identificación del enemigo tan fácilmente reconocidos en los procesos dictatoriales.

Los movimientos sociales permiten alentar un futuro diverso a la historia oficial de infinita reiteración del presente sin historia y sin ideologías."⁴⁰

La propuesta superadora de la fragmentación neoliberal, lejos de diluir esas identidades en el todo en aras de la unidad -para llegar a recomponerlo-, deberá reconstruirlo en base a la articulación de esas identidades diversas, manteniéndolas, potenciándolas.

Sobre esto le pregunto a Mary Sánchez: ¿cómo lo enfocas tú?

Es como decís vos -contesta Mary-. Se trata de potenciar cada identidad en el conjunto. No se puede tener proyecto político hoy que no sea mirando hacia adelante, hacia un mundo con más justicia, con más equidad donde todos los seres humanos estemos incluidos y tengamos una vida mejor. Y ese proyecto político no puede dejar de incluir cada una de las particularidades. Y el caso de la mujer es fundamental, porque la mujer está presente siempre: cuando se habla de desocupación ocupa un lugar fundamental, cuando se habla de precarización del empleo, la mujer es la más precarizada, es la que se está haciendo cargo hoy de los trabajos menos rentados y a los que menos se quieren hacer ante el desarrollo de las grandes tecnologías; la mujer empieza a ocupar lugares que antes ocupaba el hombre y que son degradados socialmente.

-Y menos pagados...

Mary Sánchez: Y menos pagados. Creo que en nuestro país que ha tenido y tiene movimientos sociales tan importantes, si el movimiento de mujeres va por un lado, la organización sindical o política por otro, se afianza la fragmentación y cada cual, en este caso el movimiento de

⁴⁰. Marta Maffei, "Jerarquización del rol social y político de las organizaciones sociales." Opiniones sobre el libro *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, publicado en el mismo libro, Ediciones UMA, Buenos Aires, 1997. Págs. 94-95.

mujeres, va tendiendo a no incluirse en lo general. Y esto es gravísimo, se convierte en una contradicción. Porque el movimiento de mujeres, ante esta práctica, se parte. Entonces, resulta que lo que queda como saldo en la conciencia es que las mujeres sindicalistas lograron, "vaya a saber por qué", entrar al mundo de los hombres. Y si son políticas igual: entraron al mundo de los hombres y nada más.

Todo esto dice de la necesidad e importancia de conocer las distintas formas y niveles de empoderamiento: el que implica "poder hacer", y el que busca (quiere) poder hacer para transformar. El poder hacer y el (querer) poder transformar, resultan dos niveles importantes a tener en cuenta, a abordar y distinguir en las investigaciones acerca del empoderamiento femenino. En primer lugar, nosotras podemos hablar de mujeres muy organizadas, muy combativas, muy luchadoras pero, ¿se plantean éstas una modificación de las asimetrías en las relaciones hombre-mujer? ¿Cómo se da ese proceso?, ¿cómo se manifiesta?

Una segunda interrogante también forma parte del instrumental metodológico. A partir de constatar que existe un proceso de empoderamiento de forma tal y tal en determinado país, sector, región o movimiento social, es importante preguntarse: ¿hasta qué punto el proceso social que estamos estudiando supone un paso de avance en las transformaciones del poder? ¿Hasta qué punto está modificando o contribuyendo a modificar las relaciones de poder establecidas entre los sexos?

Estas son interrogantes básicas cuyas respuestas contribuyen a una mejor caracterización del alcance de los actuales procesos de empoderamiento de las mujeres que tienen lugar en los distintos ámbitos y procesos sociales en nuestras sociedades. Desde ahí tenemos que avanzar hacia una reconceptualización concreta de lo que significa género, empoderamiento femenino y proceso de transformación social del poder en cada uno de nuestros países.

Si empleamos el concepto empoderamiento como instrumento para reflexionar acerca de esto, por más que el término provenga de otras latitudes -como objetan algunas mujeres-, nos resulta válido para dar cuenta de los procesos sociales de hombres y mujeres que se llevan adelante en nuestras realidades, para medirlos, evaluarlos y para reflexionar acerca de sus logros y sus desafíos.

Por último, a modo de cierre de este capítulo, quiero que recordemos que, en América latina, los actuales procesos de empoderamiento de las mujeres y la perspectiva de género -incluso si no es conceptualizada como tal- son una resultante de la maduración y aprendizaje de las luchas democrático-revolucionarias de los años 60, 70 y 80. Está en nuestro patrimonio cultural -junto a los fracasos y aciertos, producto de la reflexión acerca de ellos-, el haber comprendido que las soluciones no llegarían nunca de ningún lugar automáticamente, que si no se comienza a cambiar todo el andamiaje de dominación desde el inicio del proceso transformador, parte por parte, día por día y desde abajo, después (en el poder) resulta muy difícil romper y transformar la cultura heredada, no solo del capitalismo sino de milenios, y que el mayor desafío que tenemos por delante es el de la creación.

BIBLIOGRAFIA

- Alberdi, Cristina. En: *Las Mujeres y el Poder Político*. Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. Madrid, 1994.
- Aquino, María Pilar. *Nuestro Clamor por la Vida*. Editorial DEI (Departamento Ecuménico de Investigaciones), San José, 1992.
- Ayala Marín, Alexandra. "Elevar la Participación Política." *FEMPRESS*, N° 170. Santiago de Chile, diciembre de 1995.
- Bingemer, María Clara; Gebara, Ivone; Tamez, Elsa; et al. *El rostro femenino de la teología*. Editorial DEI, San José, 1988. (Segunda Edición).
- Bustelo, Carlota. "Democracia y Participación Política de las Mujeres: Obstáculos y Logros. El caso de España." En: *Foro Internacional Mujer, Política y Desarrollo*. Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. Madrid, 1994.
- Cordero, Margarita. *Nicaragua; Las mujeres frente al Proceso Electoral*. Managua. 1984.
- FEMPRESS*, Santiago de Chile, números del año 1991 a 1997.
- Falcón, Lidia. *Mujer y poder político*. Editorial Vindicación Feminista, Madrid, 1992.
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Las Ediciones de la Piqueta. Madrid, 1979. (Segunda Edición).
- Gallardo, Helio. *Elementos de política en América Latina*. Editorial DEI, San José, 1989.
- Gebara, Ivone y Bingemer, María Clara. *María mujer profética*. Ediciones Paulinas, Madrid, 1988.
- González, Sandra. "Mujer y política: un aporte a la discusión. Material de trabajo para discusión interna." Circulación restringida. Consultores EFES Ltda., Lima, 1995.
- "La Mujer en América Latina, participantes políticas emergentes en una era en evolución: Medios para promover una mayor participación de la mujer en la política." Comisión Interamericana de Mujeres (CIM). (Documento de trabajo).
- Las mujeres del pueblo avanzan hacia la unidad*. Editorial CPIM, México, 1987.

- Las Mujeres y el Poder Político*. Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. (Cuaderno 16). Madrid, España. 1994.
- "La Urdimbre de Aquehua", boletín. Argentina, 1991.
- Lombardo Toledano, Vicente, *Sin Mujeres no hay Democracia*, Ediciones del Partido Popular Socialista. México, 1984.
- Masiello, Francine. *La mujer en el espacio público*. Editora Feminaria, Argentina, 1994.
- Meslem, ChafiKa. "Las mujeres y el desarrollo. Balance de un decenio." En: *Foro Internacional Mujer, Poder Político y Desarrollo*. Ministerio de Asuntos Sociales de la Mujer. Madrid, España, 1994.
- Montesino, Sonia. *Tramas para un Nuevo Destino*. Propuestas de la Concertación de Mujeres para la Democracia. Santiago de Chile. 1990.
- Movimiento de Mujeres por la Democracia. *Mujer, Política y Democracia*. Edic. Ciudad. Quito, Ecuador, 1990.
- Mujeres Latinoamericanas en Cifras*. Ministerio de Asuntos Sociales de España. Instituto de la Mujer. Flacso. Madrid, España. 1993.
- Mujer y Política en América Latina y el Caribe*. Estudio preparado por la Unidad de Mujer y Desarrollo. División de Desarrollo Social de la CEPAL. Naciones Unidas. Santiago de Chile, 1989.
- Murguialday, Clara y Vázquez, Norma. "Las salvadoreñas y las elecciones del siglo". En: *FEMPRESS* N° 151, Santiago de Chile, mayo de 1994.
- Plan de Acción para la igualdad, el Desarrollo y la Paz de las Mujeres*. Puerto Rico, 1995.
- Queremos votar en las próximas elecciones*. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952. Editorial Arencibia Hermanos, Chile, 1986.
- Ramírez, Socorro. "¿Qué impide la participación política de las mujeres?" *FEMPRESS* N° 151, Santiago de Chile, mayo de 1994.
- Rauber, Isabel. *Proyecto, Sujeto y Poder*, Ediciones Debate Popular. Santo Domingo, Abril 1992.
- Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*. Ediciones UMA, Buenos Aires, 1997, (segunda edición).
- Con el corazón abierto*, Editorial Caminos, La Habana, 1996, (segunda edición).
- Virgenes sin Manto*, MEPLA, La Habana, 1994.
- Hijas del Sol*, Ixoquib, México, 1992.

- Profetas del Cambio*, MEPLA, La Habana, 1997.
- Saa, María Antonieta. "Una lectura feminista." En: Documento de trabajo del Seminario "Mujer, Política y Partidos Políticos." Ediciones Documenta. Instituto para el Nuevo Chile. 16 de noviembre de 1985 (texto no paginado).
- Saada, Alya. En: *Mujer, Política y Democracia*. Fundación Mujer y Sociedad, Ediciones Ciudad, Ecuador, 1990.
- Saavedra, Wilma y Zamudio, Ana Maria. "Participación Política." En: *Tramas para un nuevo destino*. (Propuestas de la concertación de mujeres para la democracia). Santiago de Chile. 1989-1990.
- Tabak, Fanny. *Autoritarismo e participacao politica da mulher*. (En Portugués.)
- También somos protagonistas de la historia de México*. Cuadernos para la mujer. Primera Parte. Editorial EMAS, México, 1987.
- Tamez, Elsa. *Teólogos de la liberación hablan sobre la mujer*. Editorial DEI, San José. 1988.
- Las mujeres toman la palabra*. Editorial DEI, San José, 1989.
- Tijerino Haslam, Doris. (Discurso). En: "Tricontinental". Organó teórico del Secretariado Ejecutivo de la OSPAAAL. No. 102 6/85. Noviembre-diciembre. La Habana. 1985.
- Tornaria, Carmen. "Jaque Mate a la dirigencia masculina." En: *FEMPRESS*, N° 119. Santiago de Chile, septiembre de 1991.
- Valdés, Teresa. Presentación del Proyecto "Mujeres Latinoamericanas en Cifras." En: *Foro Internacional Mujer Poder Político y Desarrollo*. Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales. Madrid, España, 1994.
- Vargas Valente, Virginia. "Feminismo: el poder como acción transformadora." Centro Flora Tristán, Lima, S/F. (Texto mimeografiado.)
- "Vida Cotidiana: resistencia y esperanza." Revista de Interpretación bíblica Latinoamericana. Editorial Ribla. San José, 1993.
- Villavicencio, Maritza. *Mujer y Política en el Perú*. (Documento mimeografiado, no paginado).
- "Visión de las mujeres del Partido Demócrata Cristiano sobre el origen de los problemas de la mujer y las formas de superarlos." Material de Trabajo para la discusión interna. Santiago de Chile, 1995.
- Vitale, Luis. *Historia y sociología de la mujer latinoamericana*. Editorial Fontamara. Madrid, 1981.

** *** **

MUJERES ENTREVISTADAS

Ada Martínez Zubizarreta, religiosa de la Congregación Sociedad del sagrado Corazón de Jesús. Cuba.

Alieda Verhooven, pastora evangélica. Argentina.

Benedicta Da Silva, militante del movimiento de mujeres negras, dirigente política, senadora por el PT. Brasil.

Blanca Chancoso, dirigente indígena. Ecuador.

Cecilia Mijares, buhonera. Venezuela.

Clarita Rodés Gonzáles, pastora bautista. Presidenta de la Fraternidad de Iglesias Bautistas. Cuba.

Claudia Gaitán, estudiante, feminista. Guatemala.

Concepción Quispe, dirigente indígena y de la Confederación Campesina del Perú. Perú.

Dolores Pinto Ortega, dirigente barrial. Ecuador.

Edita Acosta, dirigente barrial de COPADEBA. República Dominicana.

Elsie Monge, religiosa de la orden de Maryknoll y Presidenta de la Comisión Euménica de Derechos Humanos. Ecuador.

Esther Custo, docente universitaria. Argentina.

Eufemia Frías, dirigente campesina. República Dominicana.

Eulalia Alvarenga, religiosa de la Congregación del Buen Pastor. Paraguay.

Gladys Marín, dirigente política, Secretaria General del Partido Comunista de Chile. Chile.

Jacinta Mamani, dirigente indígena y campesina. Bolivia.

Ligia Prieto Centurión, militante política. Paraguay.

Lucí Choinascki, dirigente del Partido de los Trabajadores (PT). Brasil.

Lucía San Pedro, ama de casa. México.

Margarita Ruiz, religiosa de la Congregación Dominica de Adrián, Michigan. República Dominicana.

María Luisa Fontinelle, dirigente política. Diputada Federal (PT). Brasil.

María Soledad Ruiz, ex-guerrillera. Guatemala.

María Toj, militante por los derechos indígenas. Guatemala.

Marta Maffei, dirigente sindical, Secretaria General de la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA). Argentina.

Marta Pelloni, religiosa de la Orden de las Carmelitas Descalzas. Argentina.

Mary Sánchez, dirigente sindical y política. Diputada nacional por el FREPASO y Presidenta del Partido Frente Grande en la Provincia de Buenos Aires. Argentina.

Nélsida Marmolejos, dirigente sindical y política. República Dominicana.

Ofelia Ortega, pastora y teóloga feminista de la Iglesia Presbiteriana Reformada. Cuba.

Pompea Bernasconi, Provincial de la Congregación de Nuestra Señora-Canonesas de San Agustín. Brasil.

Remedios Loza, dirigente política de los sectores indígenas asentados en las ciudades [cholos]. Bolivia.

Rosa Dueñas, ladina [indígena asentada en la ciudad], dirigente feminista. Presidenta de La Voz de la Mujer, responsable de la Secretaría Femenina de la Confederación General de Pobladores del Perú, Regidora de la Municipalidad de Lima y fundadora de la primera Casa Municipal de de la Mujer. Perú.

Sara Astiazarán, ex-religiosa, dirigente de las empleadas domésticas. Argentina.

Silvia Rodríguez, religiosa de la Congregación de la Santa Unión. Argentina.

Virtudes Alvarez, dirigente popular. República Dominicana.

POSCRIPTUM:

GÉNEROS, MOVIMIENTOS SOCIALES Y PODERES ALTERNATIVOS en Latinoamérica y El Caribe¹

1. CONSIDERACIONES EN TORNO AL CONCEPTO “GÉNERO”

En la definición, interpretación y empleo del concepto existen diferencias, ambivalencias y no pocas veces significaciones opuestas. Por ejemplo, las que emplean algunas agencias “de desarrollo” regenteadas desde el Norte, las que predominan en el ambiente académico científicista [Lima Costa 2002: 203-206], y las que lo hacen en los ámbitos sociales y políticos. Pero sumarse al reclazo indiscriminado del concepto género debido a sus múltiples empleos y significaciones, empobrecería la perspectiva transformadora acumulada y construida por el feminismo consecuente a nivel mundial.

-¿Oriundo del Norte?

Algunos rechazos se refieren al origen del concepto en los países del Norte, pretendiendo negar por ello su correspondencia con las realidades de las mujeres del Sur, sin embargo, esta afirmación no se corresponde plenamente con los hechos. Habría que conocer en detalle microscópico la historia del mundo entero para poder afirmar con certeza dónde se empleó por primera vez el concepto (no solo dónde se escribió y publicó), y en qué momento. Ello no es factible por ahora, por tal razón, puede aceptarse el planteamiento de quienes afirman que su formulación proviene del Norte, pero ciertamente, como muy bien expone Lima Costa [2002], aunque así fuera, desde hace más de un siglo muchos aspectos estaban ya siendo abordados –aunque con otros términos- por movimientos de mujeres de África y Latinoamérica.

¿Sustituto de “mujer”?

Hablar hoy de problemática de género, de enfoques de género, de perspectiva de género, etc., resulta cada vez más frecuente entre los movimientos de mujeres o feministas, también en los movimientos

¹ Fragmento de mi ensayo: “Movimientos sociales, género y alternativas populares en Latinoamérica y El Caribe”, publicado en *Itinéraires* No, 77, IUED, Ginebra, 2005

sociales campesinos, de trabajadores, así como en algunas ramas de la investigación y la enseñanza sociológica y política. Pese a lo elaborado del concepto en el ámbito de especialistas, no existe una comprensión ni un criterio unificado acerca de lo que se quiere decir con género. Se lo emplea –sobre todo en los movimientos sociales- como sinónimo (y sustituto) de “mujer”. Así, las anteriores “Secretarías de la mujer” se han convertido en las actuales “Secretarías de género”, con lo cual, como señala Lima Costa [*Op. Cit.*: 207] se vuelva a hacer invisible a las mujeres. De ahí que –pese al empleo generalizado del concepto-, sea menester explicitar cada vez el contenido y los referentes teórico-prácticos desde los que se sostiene una posición determinada.

¿Sinónimo de “sexo”?

Resulta frecuente que *sexo* y *género* sean interpretados como sinónimos, sobre todo en culturas de origen hispánico, en las cuales, desde el lenguaje, el "género" femenino corresponde al sexo femenino, a la hembra, a la mujer, y el "género" masculino al sexo masculino, al macho, al varón. Para puntualizar nexos y diferencias, de un modo sintético vale decir que: "El género es la forma social que adopta cada sexo, toda vez que se le adjudican connotaciones específicas de valores, funciones y normas, o lo que se llama también, no muy felizmente, roles sociales." [Aquino, 1992, p. 67]

Esto significa que la conformación del género, entonces, no está fatalmente encadenada a lo biológico, sino a lo cultural, a lo social. La creación histórico-cultural social de estereotipos de género desde la concepción patriarcal-machista a partir de la cual se define la identidad (el ser) de cada sexo, hace que las características y diferenciaciones de cada sexo (lo biológico) contengan una alta asimetría discriminatoria en perjuicio de las mujeres.²

² Por ejemplo, para los difundidos estereotipos patriarcal-machistas, ser mujer se equipara con tener sensibilidad y ternura, dejarse llevar por la emoción, la pasividad, la sumisión, la intuición, en definitiva, por lo irracional subjetivo y misterioso. Correlativamente, ser hombre se identifica con tener valor, fuerza y poder, y esto con lo racional, con la capacidad para actuar fría y decididamente, pensar científicamente, etc. Estos estereotipos, entre muchos otros, definen identidades y capacidades de cada sexo, y expresan la base socio-cultural de las asimetrías sociales en las relaciones entre los sexos sobre las que se asienta la subordinación jerárquica de la mujer al hombre. Se alimenta así la confusión entre género y sexo, entre lo socio-cultural y lo biológico.

Las diferencias biológicas entre los sexos se confunden (mezclándose en una), con las construcciones socio-culturales de valores y significaciones que se adjudiquen a lo masculino y a lo femenino en cada momento histórico. "(...) esta relación se plantea como natural, cuando el género se asimila e iguala al sexo, al pretender que las diferencias entre la mujer y el hombre son estrictamente de carácter biológico, y por esa vía se rodea de un aura de naturalidad e inevitabilidad (...). En el actual sistema sexo-género con dominación masculina, la diferencia biológica oculta la generación social del género y es base de un sistema opresivo. // Se cree, de esta forma, que la subordinación de la mujer es natural porque se asienta en el hecho, también natural, de la inferioridad femenina." [Sojo 1992: 67]

Una bisagra entre lo público y lo privado

Por esta vía, "(...) lo público se valora como resultado de las interacciones sociales, mientras que lo doméstico (lugar de la individualidad y lo personal) se aísla de lo político y se rodea de un halo de naturalidad. Ello, relacionado con el establecimiento de un sistema sexo-género con dominio masculino, implica que el espacio doméstico, como campo de la mujer se naturaliza y se aísla de la política, se vive como adecuado a presuntas características femeninas, también de índole natural, considerando la utilización de la biología como dispositivo del poder." [*Idem*: 69-70]

Con el desarrollo de la humanidad, el mundo o esfera pública quedó cada vez más separado de la esfera privada y con ello también los roles atribuidos a cada género al interior de la familia. A consecuencia de una secular (incluso puede decirse milenaria) acumulación cultural de experiencia y saberes, los hombres adquirieron mayores habilidades para la vida social y pública, la política y las guerras, la economía y el poder (del Estado, de las empresas, de la esposa, de la familia y de los hijos [¿patria potestad?]). Las mujeres adquirieron mayores habilidades para entenderse con el cuidado de la casa y la crianza de los hijos, debiendo contentarse supuestamente con dar placer a los maridos o amantes, con el cultivo de labores manuales y, rara vez, de las artes y las letras. Es decir, se tornaron expertas en hacer todo aquello que necesitaban los hombres para sentirse cómodos, compensados y complacidos, para dedicarse de lleno a su vida pública y privada. En esa

división-discriminación de roles, el saber también le fue prohibido, hasta hace poco –más o menos un siglo-, a las mujeres. Hace poco más de dos siglos las mujeres inclinadas a las ciencias y la sabiduría, si pertenecían a familias vinculadas a la iglesia, tuvieron que internarse en conventos para desarrollar sus aspiraciones intelectuales. Allí se dedicaron a estudiar, aprendieron y desarrollaron sus conocimientos, pero a costa de la castración de otras necesidades igualmente humanas de su ser.

Con la reiteración secular de semejante asignación de roles, el mundo de lo privado se fue cargando de un doble sentido: para los hombres, era un ámbito donde podían hacer y deshacer a su antojo ya que, para ellos, “privado” quiere decir que es de “su propiedad”. Para las mujeres, por el contrario, como lo acota María Antonieta Saa, el mundo privado significó, más que algo íntimo y propio, un mundo "privado de" libertad, de saber, de desarrollo pleno como seres humanos.³

El mundo de lo público, predominantemente masculino y autoritario, dueño de la producción, del saber, de la política y del poder, necesita y crea –a través de la conjugación de diversos mecanismos económicos, sociales, culturales-, un mundo privado subordinado a sus necesidades, una de las cuales es mantener, reproducir, y ampliar dicha subordinación. Es decir, garantizar la producción y reproducción de las relaciones de subordinación entre ambos mundos y entre los hombres y las mujeres que los integran. Pese a los mitos que alimentan el imaginario de que la mujer es la “reina del hogar”, la que ejerce el poder desde atrás del telón, etcétera... la realidad es que la mujer se encuentra en relación de desventaja en los ámbitos público y privado. Quizá por ello, hoy todos los ámbitos están en situación de disputa de poderes y derechos entre hombres y mujeres.

¿Género o clase?

En la perspectiva que sostengo, el concepto género trasciende el plano estrictamente académico analítico. Su estudio cobra también otros

³. "(...) si analizamos un poco el concepto de 'mundo de lo privado', quiere decir: privado de. En el fondo, privado de libertad. Es un mundo privado necesario para el desarrollo del 'mundo de lo público'. Así como el mundo público está cruzado por una serie de opresiones y de contradicciones de clase, explotaciones de clase, el mundo de lo privado, de lo doméstico, de la familia, también está organizado jerárquicamente (...)." [Saa 1985.]

sentidos sociales pues se articula a la búsqueda de la construcción de relaciones sociales de equidad de género, al visibilizar los nexos genealógicos que existen entre las relaciones de subordinación de la mujer al hombre, la producción y reproducción de un tipo de poder (subordinante, discriminante, excluyente y autoritario), y los intereses de una clase determinada: la explotadora, en detrimento de todos los otros seres humanos, particularmente, de las mujeres. En política, esto significa comprometerse con los procesos que buscan transformar y/o remover desde la raíz los pilares últimos de la producción y reproducción social de este tipo de poder (y de sociedad que a él corresponde).

Esto implica rechazar la supuesta neutralidad de la ciencia política que, en algunos casos, no expone sus presupuestos reales de partida o, en otros, aunque lo haga, no logra superar el horizonte abstracto liberal al analizar las relaciones de poder y específicamente, las de género, sin desnudar su carácter explotador discriminatorio, de clase y, junto con ello, su contenido patriarcal-machista construido social, económica, histórica, y culturalmente a través de siglos.

Al analizar el proceso de acumulación originaria de capital, Carlos Marx y Federico Engels, abordan el entrecruzamiento genealógico entre la existencia de la subordinación y discriminación de género y los intereses de determinada clase. Entre sus amplias reflexiones, deseo destacar aquí, la siguiente: “Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas estas contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias opuestas, se da al mismo tiempo, la *distribución* y, concretamente, la *distribución desigual*, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya **en la familia**, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, ciertamente, latente ya en la familia, es **la primera forma de propiedad**, que, por lo demás, ya aquí corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual **es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros**. Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la actividad, lo mismo que el otro, referido al producto de esta.” [1974: 31. Cursivas en el original. Negritas y subrayado de IR]

Es curioso notar que tales planteamientos quedaron relegados o directamente fueron desconocidos por las corrientes predominantes del marxismo dogmático bajo el prisma reduccionista y mecánico, hicieron de la explotación económica un problema exclusivo de la clase obrera industrial (mal identificada como proletariado), y de la economía un ámbito separado de lo social y lo cultural. La izquierda formada mayoritariamente en este pensamiento hizo de la problemática de la discriminación y explotación familiar y la explotación socioeconómica de las mujeres, una cuestión particular, una “contradicción secundaria” del capitalismo. No la relacionó con la problemática de clase, ni la consideró una parte importante (fundamental) de la lucha (de clases) para poner fin a la explotación del *hombre* por el *hombre* -según el lenguaje sexista de entonces-, expresión que hoy debe leerse como la aspiración universal al fin de toda explotación de unos seres humanos por otros.

Género y clase se dan la mano, y lejos de contraponerse y excluirse logran desentrañar el contenido del poder patriarcal machista autoritario poniendo al descubierto su genealogía y pertenencia de clase: La de los que detentan el poder basado en la explotación, discriminación, subordinación, opresión y exclusión de los seres humanos en lo económico, político, jurídico, ideológico, religioso, cultural, en los ámbitos social y familiar. Ello se conforma, moldea y se asienta, en primer lugar, en la producción y reproducción de un tipo cultural de relación hombre-mujer en el seno de la familia. Esta relación ha constituido identidades y fijado roles. De ahí que su modificación y transformación radical (desde la raíz) suponga un proceso social complejo interarticulado de múltiples transformaciones y transiciones.

Además de estar al servicio de una determinada clase: la del capital, y específicamente de los hombres de esa clase: los capitalistas, el poder discriminador, explotador y excluyente –para afianzarse como tal- ha necesitado (y necesita) mimetizarse socialmente, invisibilizar su contenido de clase y presentarse como un componente “natural” de la vida social y, en tanto tal, eternizable. Para ello apela a todo su aparato político, ideológico, religioso y cultural, concitando la complicidad (aceptación) –no consciente- de tales prácticas por parte de la amplia mayoría de hombres y mujeres. La generalización socio-cultural de la supuesta superioridad y los privilegios de los hombres de las clases

capitalistas –antes artesanos y comerciantes, antes señores feudales, antes esclavistas- como si fueran características naturales propias de todos los hombres, le garantiza al poder autoritario machista del capital, por un lado, invisibilizar su origen, contenido y pertenencia de clase y, por el otro, contribuir a la reproducción de su esencia explotadora, subordinante, discriminante y excluyente de la gran mayoría de los seres humanos.

Con el capitalismo se han perfeccionado y modificado viejos mecanismos y modelos de subordinación de la mujer al hombre. El capital ha acondicionando el funcionamiento de la vida social pública y privada y los roles de hombres y mujeres en ellas, acorde con el funcionamiento del mercado y las necesidades de la compleja producción y reproducción de su hegemonía económica, ideológica, política y cultural. Las consecuencias deshumanizantes que ello acarrea en la vida familiar de millones de pobres despojados de sus trabajos, de sus tierras, de sus casas, de su país, junto a la sobrecarga económica, física y espiritual que ello representa, alcanza niveles insospechados en la época de la globalización neoliberal, en las regiones empobrecidas del planeta, particularmente para las mujeres y los niños. Ellos se ven envueltos en modalidades de violencia, esclavitud o sumisión que habían sido superadas históricamente por la humanidad.

2. LUCHA POR LA IGUALDAD DE GÉNEROS EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Presencias, comportamientos y enfoques diferenciados

En los estudios realizados con organizaciones barriales de Santo Domingo, República Dominicana, de Lima, Perú, con organizaciones integrantes de Vía Campesina, en Brasil, con organizaciones piqueteras de Argentina, entre otras, queda claro que la presencia y participación de las mujeres resulta decisiva para el desarrollo de tales organizaciones. Ellas luchan sin frenos para garantizar la alimentación básica, el techo, la tierra, el agua, y para mejorar las condiciones de vida de la comunidad que son -a la vez- las de su familia y las de ellas mismas, por ser ellas quienes primero chocan con las dificultades diarias en el ámbito hogareño.

a) La comprensión del alcance estratégico de las luchas por la sobrevivencia

En los barrios empobrecidos, marginados o excluidos, la lucha empieza cada día por buscar el sustento para ese día. Se trata de una guerra sin cuartel contra la muerte que asecha en cada rincón, a cada instante. El hambre, las enfermedades y el analfabetismo son tres implacables soldados de la muerte que –entrecruzados- deambulan por las realidades cotidianas de los pueblos saqueados, explotados, empobrecidos y excluidos de Latinoamérica. Estas penurias son enfrentadas de modo silencioso y cotidiano, sin descanso, por las mujeres de las barriadas empobrecidas en las periferias de las ciudades, por las indígenas de los Andes y las *ladinas* de aldeas y ciudades, por las campesinas con y sin tierra de los campos del continente: Comedores infantiles, panaderías comunitarias, almacenes colectivos, centros de salud, núcleos de alfabetización, huertas colectivas, etc., fueron y son impulsados fundamentalmente por mujeres. Ellas asumen siempre la conducción de los hilos estratégicos de la sobrevivencia aunque, aparentemente -para el pensamiento tradicional del quehacer político-, su mentalidad sea cortoplacista y doméstica. Sin su labor, para millones de seres humanos el día de mañana sería imposible.

Las organizaciones comunitarias o cooperativas locales cuyo objetivo primero es la sobrevivencia alimentaria, han sido formadas generalmente por madres de familia y, al igual que ellas, conjugan diversos intereses: los de las mujeres, los de las familias, y los del barrio. “A partir de su trabajo en comedores, las mujeres organizadas brindan salidas alternativas a los diferentes problemas de supervivencia, se alivia el hambre de las familias abaratando el costo de los alimentos y se previene y cura enfermedades en la comunidad contando con la vigilancia nutricional en los comedores y botiquines comunales. Atienden campañas de vacunación y tratan de prevenir el cólera, la deshidratación, la diarrea y la tuberculosis.” [Córdova Cayo 1995: 109]

En el barrio de Lima en el que ocurre la experiencia mencionada en la cita anterior, se conjuga la actividad de dos tipos de organizaciones: de la Junta Directiva Vecinal y de las organizaciones de mujeres. Estas organizaciones “(...) atienden dos áreas diferenciadas: la primera preocupada por asuntos de infraestructura y servicios urbanos que cuenta con la dirección y gestión de los varones y con el trabajo comunal voluntario de los vecinos. El segundo espectro de problemas, bajo la mirada de las vecinas, atiende aspectos relacionados a la supervivencia,

como la alimentación y la salud. Ambos aspectos afectan a los pobladores en la vida comunal y en la vida familiar.

“Atender la preparación de cientos de *menúes*, es asunto asumido por las organizaciones femeninas y se vincula directamente con la reproducción cotidiana de la familia.

“La realización de una obra comunal de instalación del servicio de luz eléctrica o de agua, es realizada bajo la responsabilidad del comité vecinal, dirigido mayormente por varones y beneficia al conjunto de la población. (...) el trabajo de los varones en el barrio tiene un impacto visible y tangible, a diferencia del de las mujeres que se hace invisible.” [Córdova Cayo 1995: 109-110]

Como expresa la autora, existe una invisibilización del trabajo de las mujeres y, por tanto, se hace invisible también el sentido y alcance estratégico de ese trabajo; es una invisibilización que tiene un alto contenido ideológico-cultural, pues se anuda a la reproducción de obsoletos paradigmas respecto a la identidad de la mujer, sus capacidades y ámbitos de desempeño.

La permanencia en ellas del imaginario y estereotipo cultural acerca de lo que significa -social e individualmente- ser mujer y ser hombre, a pesar de las prácticas que niegan tales supuestos mostrando su lado intencionado e ideológico, pone de manifiesto, una vez más, que la incorporación del enfoque de género en las diversas organizaciones, en su estructuración interior, en sus objetivos y en el terreno de la formación de su pensamiento estratégico, resulta vital.

b) Manejo múltiple de la dimensión y concepción espacio-temporal

Las mujeres que participan en labores comunitarias no relacionan “empleo del tiempo” con “dinero no reembolsando”. Tienen un manejo (y concepto) del tiempo diferente, ya que deben multiplicarlo para poder cumplir con sus responsabilidades en el ámbito familiar y comunitario, y no pocas veces también en el laboral.

Hablando de ello con la dirigente indígena peruana, Concepción Quispe, ella reflexionaba: “La Confederación Campesina del Perú me paga mi pasaje, pero mi tiempo no. Para venir, por ejemplo, ahora, me han dado mi pasaje, de un aeropuerto a otro aeropuerto, de ese aeropuerto yo tengo que arreglarme para llegar, eso no se incluye. ¿Y tú crees que en este

momento, con esta crisis, con esta hambre y con esta miseria, las mujeres van a tener posibilidades? No. Claro, el hombre dice: ‘¡Carajo!, yo voy a ir y tengo que tener en el bolsillo siquiera mil *Intis*⁴, tengo que tener diez mil’. Quieras o no quieras le tienes que dar. Con nosotras no es así.” [En, Rauber 1992: 109]

Precisamente por el tipo de labor que desempeñan en las organizaciones sociales, las mujeres que allí se desempeñan tienden a relacionar el empleo del tiempo que invierten en la realización de actividades comunitarias con el tiempo que ellas dedican a su familia, haciendo de la comunidad una prolongación del ámbito familiar. Sin embargo, contradictoriamente con ello, en la mayoría de los estudios realizados en República Dominicana y en Argentina, las mujeres que militan en ámbitos comunitarios han manifestado que este es un tiempo que ellas les “roban” a la familia.

Habiendo interiorizado que su lugar es la casa y su papel atender a la familia, todo lo que ella haga en la comunidad y por la comunidad –que también es por y para la familia- se lo impone como labores que puede desempeñar además de cumplir con “sus deberes” hogareños, es decir, como algo que puede hacer luego de cumplir con lo que considera “su obligación” como madre y esposa. Esto podría explicar tal vez, la presencia de sentimientos de culpa que hemos encontrado en un porcentaje considerable de estas mujeres, en los lugares donde hemos realizado estudios al respecto: República Dominicana, Cuba, Argentina, Ecuador, Perú.

La violencia como respuesta: La culpa mencionada podría ser parte del soporte cultural de la tolerancia de muchas mujeres para soportar los ataques violentos de sus esposos cuando dan los primeros pasos fuera de la casa.

Es fundamental que la mujer interiorice que ella no es merecedora de tales “reprimendas”, que con su participación en actividades comunitarias o con su presencia en organizaciones sociales no le está “robando” tiempo a la familia, no está descuidando a sus hijos, sino desarrollándose como ser social que es, asumiendo tareas y responsabilidades colectivas que comprenden también a su familia.

⁴. Unidad monetaria del Perú.

Obviamente siempre queda abierto el camino de dar la vuelta y marcharse del hogar o expulsar al marido, pero esta no es una decisión simple, en primer lugar, por los vínculos económicos que anudan la vida de ambos y, sobre todo, debido a la dependencia de la mujer respecto del hombre para mantenerse ella y sus hijos. En segundo lugar, debido a la carga cultural que la mujer lleva adentro, aunque no comparta los métodos, tiende a justificar al marido una y otra vez. No ocurre así en todos los casos, pero es todavía una actitud muy frecuentemente las mujeres.

c) La interconexión entre lo privado y lo público en la comunidad

Con mucho esfuerzo, a través de las soluciones de sobrevivencia, de la lucha por la salud y la alfabetización, a través de la vida en campamentos de asentados sin tierra o en los cortes de rutas piqueteros, ellas construyen redes que diseñan modos de interdependencia y conexión nuevas entre lo público y lo privado. Al integrar el espacio doméstico en la comunidad, ellas logran -de hecho- la prolongación de lo que Vianello [2001] llama el “espacio ovular” doméstico. A su vez, ello implica incorporar la vida comunitaria al interior de la vida ovular, estableciendo relaciones de interacción e interdependencia entre una y otra. Incluso los problemas familiares, como la violencia del esposo hacia la esposa, pueden ser tratados de un modo diferente cuando ella es parte de un movimiento social comunitario.

Como expongo en el artículo sobre las mujeres piqueteras: “En condiciones de exclusión social, *pobreza* y *género* se entremezclan, dotando de múltiples sentidos a las acciones que hombres y mujeres realizan para enfrentar la situación impuesta por la guerra de sobrevivencia, a la par que tornan más complejo cualquier debate sobre las alternativas posibles, particularmente, en el plano de las relaciones sociales-familiares hombre mujer. Los roles, valores y patrones de conducta han saltado por los aires junto con la desocupación, el abandono del Estado de su responsabilidad social para con sus ciudadanos, el chantaje por migajas de pan, la desnaturalización de la familia y las responsabilidades de cada cual.” [Rauber 2002: 160]

d) La integración de la organización social como parte de su vida familiar y personal y viceversa

En los estudios realizados en barrios pobres de Santo Domingo, constatamos que las mujeres organizadas, las no organizadas, y también los hombres, tienen -en general- una visión positiva ponderada acerca de la importancia de las organizaciones barriales en la vida de la mujer. Esto se debe, por un lado, a que las organizaciones ayudan a mejorar la vida en el barrio y –con ello- contribuyen a mejorar la vida cotidiana en el hogar. Por otro, porque las mujeres aprecian a la organización barrial como un espacio de igualdad y de liberación de la rutina gris de las tareas domésticas. Y también, porque las organizaciones barriales propician una mayor participación de los hombres en las tareas del hogar.

La organización barrial resulta de hecho un espacio puente entre la casa y el barrio, entre el claustro doméstico femenino y su salida a la vida pública. Como lo afirman las propias mujeres: ellas se sienten allí iguales que los hombres.

Este es uno de los resultados positivos más evidentes de la presencia de las mujeres en las organizaciones barriales y reivindicativas de variado tipo: allí ellas aprenden a valorarse como actoras sociales activas, capaces de pensar y actuar con cabeza propia.

e) La participación y la representación

La participación de las mujeres es mayoritaria en la base, pero va disminuyendo progresivamente en la medida en que se elevan las responsabilidades en cargos de representación intermedia y, más aún, en la dirección general. Ello se debe a trabas de diversos órdenes, además de que –tradicionalmente- los espacios de representación son considerados propios de los hombres, algunas veces ello ocurre porque las mujeres se niegan a integrar estos ámbitos porque consideran que no tienen tiempo para ello o por baja autoestima. Otras veces, ni siquiera son propuestas para cargos con responsabilidad y representación por la competencia que los hombres desatan contra ellas.

“Porque nosotras tenemos instalado en nuestro ser lo que hemos aprendido por tiempos inmemoriales. En primer lugar, que nosotras trabajamos para adentro de la casa, en los sustratos menos visibles, de la alimentación, del cuidado. Estamos asignadas para ocupar un lugar de servicio, pero no cualquier servicio sino de servicio a un poder existente.

Y tenemos que desandar esto que está instituido en nuestro ser: estar siempre en el segundo lugar.” [En Rauber 1998: 192-193]

Es por ello que, una vez más, surge como tarea imprescindible apuntalar los procesos concretos de organización con amplia participación femenina, fortaleciendo las capacidades de acción y representación de las mujeres acorde con sus realidades y necesidades. Cuando esto emerge en los movimientos sociales con los que interactuamos, elaboramos conjuntamente los contenidos y los ritmos del aprendizaje: sobre género y poder, sobre empoderamiento, sobre política, sobre participación, sobre comunicación, manejo de computación, etcétera. Con ello nuestra labor funde práctica y teoría en ámbitos sociales concretos. No basta con denunciar la exclusión de las mujeres de los lugares de toma de decisiones; es fundamental llegar a conclusiones prácticas y comprometerse con su realización en la medida que ello sea factible y compartido por las organizaciones sociales con las que se interactúa.

3. LA PERSPECTIVA DE GÉNERO Y LA CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS POPULARES

Las alternativas populares se refieren a las características de la sociedad que se busca, y al tipo de poder que –siguiendo a Gramsci- se corresponde con ella, es decir, se trata de pensar/construir un nuevo tipo de interrelación entre democracia, estado, sociedad y ciudadanía. Es por ello que tener en cuenta la búsqueda de equidad de géneros desde las raíces mismas de la conformación del poder, resulta central. A continuación subrayaré los aportes de la perspectiva de equidad de géneros que considero centrales en la construcción de un nuevo poder popular.

Amplía los fundamentos de la apuesta a la construcción de poder desde abajo

Como se ha planteado, la concepción de género resulta enriquecedora de la noción del poder, lo es también, por tanto, respecto de las propuestas y las prácticas de construcción de poder desde abajo impulsadas por los nuevos movimientos sociales.⁵ Incorpora elementos sociopolíticos que

⁵. Así lo reconoce, por ejemplo, la CEPAL, cuando en su informe para Naciones Unidas, señala: "El análisis desde la perspectiva de la participación de las mujeres ilumina muchos otros movimientos sociales, cambios culturales, incorporación de los marginados,

profundizan dichos procesos: aporta elementos claves para transformar -articulada y simultáneamente- las relaciones de opresión, explotación, discriminación y exclusión, en la sociedad, en la familia, en el trabajo, en el barrio, en la organización vecinal o sindical, en el partido, en los movimientos de mujeres, etcétera.

La mirada de género rompe las barreras del pensamiento político tradicional de la izquierda que separa la cotidianidad, lo reivindicativo social, del quehacer político. El reclamo de equidad de género es radicalmente democratizador, precisamente porque no puede haber una verdadera democratización del mundo público si se mantienen intactas las relaciones hombre-mujer en el mundo privado, y si se mantiene, en general, la subordinación de lo privado en función del desarrollo de lo público. Porque:

"La democracia sólo para hombres es tan bárbara y tan incompleta como lo fue la democracia griega, basada en la igualdad de derechos entre los miembros de una pequeña aristocracia, y en la ausencia completa de derechos para las grandes masas populares.

"No hay ni puede haber democracia en donde las mujeres no tienen los mismos derechos del hombre y en donde, en consecuencia, la vida social en todos sus aspectos no está constituida y dirigida por hombres y mujeres sin distinción.

"(...) Sin las mujeres no hay democracia. Sin democracia no hay progreso del pueblo. Sin democracia no hay sentido profundo de la patria." [Lombardo Toledano 1984: 11-18]

Esto alude a tres elementos importantes:

-El mundo de lo privado es parte del político (aunque más no fuese como condición de su existencia) y como tal, susceptible de convertirse en político.

ampliación de la ciudadanía, nueva relación entre lo privado y lo público, relación con el poder, democracia." [Naciones Unidas 1989: 6]

-Las luchas por la democratización de las sociedades deben –para llegar hasta la raíz- incorporar la democratización de las relaciones hombre-mujer en lo público y en lo privado. En consecuencia:

-Las luchas de las mujeres en contra de su discriminación y marginación atañen a la democratización de toda la sociedad. Esto supone la transformación radical del poder, por lo que constituyen una lucha política.

Acrescenta el significado, contenido y alcances de la acción política y de la dimensión ciudadana

Al incorporarse al mundo político los nuevos actores y las nuevas actoras sociales, incorporan a él también sus intereses, sus puntos de vista y necesidades, sus visiones de la realidad en que viven y la conciencia política acerca de ella. Si toda acción de transformación de las relaciones de poder allí donde éstas se den es una acción política, los temas referidos a la sexualidad, a la violencia contra las mujeres, a las relaciones padres e hijos y hombre mujer, y, en general todos los que abordan la organización de la vida cotidiana, cobran una importancia fundamental en la dimensión y acción política actual y futura.

En este sentido, las luchas por la equidad de género le imprimen un contenido más complejo a la política y a la acción política,⁶ sacándola del ámbito de la lucha por el poder del Estado, articulándola a los otros ámbitos de la vida social, enlazando –además de lo público y lo privado-, lo estratégico con lo cotidiano y reivindicativo. No se trata de luchas o problemáticas separadas. Las luchas de las mujeres, como la de otros actores sociales, reafirma que la *lucha es reivindicativo-política*, es decir, una lucha contra las estructuras, los medios, los valores, la cultura y los mecanismos de producción y reproducción material y espiritual del poder de dominación discriminatorio y discriminante, excluyente y crecientemente marginador de mayorías, y de construcción de poder y cultura propios.

⁶ “(...), la política es básicamente un espacio de acumulación de fuerzas propias y de destrucción o neutralización de las del adversario con vistas a alcanzar metas estratégicas.” [Gallardo 1989: 102-103] Práctica política, por tanto, es aquella que tiene como objetivo la destrucción, neutralización o consolidación de la estructura del poder, los medios y modos de dominación, o sea, lo político.

Entre múltiples aspectos, esto reafirma que:

1. Que lo reivindicativo sectorial no es un “defecto” o traba que debe ser “superado” por el proyecto político. Este no está ubicado “por encima” de lo reivindicativo sectorial, sino que parte de ahí, y lo contiene articulándolo en una nueva dimensión y proyección.

a) Lo político no es jerárquicamente “superior” a lo reivindicativo.

b) Lo reivindicativo no tiene un “techo” o límite, como no sea el que le fija su propia contraposición con lo político.

La falta de articulación de lo político con lo reivindicativo se traduce en la fractura entre las luchas por la transformación de la sociedad y las que impone la dinámica de la vida cotidiana, el ideal de la nueva sociedad ansiada con los modos alternativos y solidarios de vida generados en ámbitos de la comunidades, etcétera.

2. Que es necesario articular las protestas (oposición) con propuestas concretas (posición propia) capaces de orientar en sus luchas a la población del sector en conflicto en cada caso. Esto es: construir respuestas concretas a problemáticas también concretas. Reclama elaborar respuestas inmediatas a reivindicaciones inmediatas, pero ello no implica que la inmediatez y la temporalidad sean su horizonte y límite “natural”. Al contrario, tales propuestas encierran un alto potencial político que es posible (y necesario) poner de manifiesto en el propio proceso de lucha por su concreción.

Es allí, cuando el proceso práctico pedagógico de formación de conciencia política logra su mayor potencialidad. Sobre la base de procesos colectivos de reflexión-formación sobre sus luchas los actores sociales van conformando procesos práctico-teórico-pedagógicos de formación de conciencia política. En ellos se va poniendo de manifiesto la raíz sistémica del problema y también la dimensión y el alcance *altersistémico* (no confundir con anti-sistémico) de la propuesta. En esto radica, de últimas, el contenido y sentido político central de lo reivindicativo sectorial.

Aceptar esto implica romper con la aún mayoritaria idea de que la práctica política corresponde sólo a partidos políticos o a especialistas,⁷ supone reconsiderar lo que se entiende por escena política, tradicionalmente entendida como el campo de *acción abierta* de las fuerzas sociales mediante su representación en partidos. Pero la escena política comprende al conjunto de fuerzas sociales actuantes en el campo de la acción política en un momento dado, independientemente de que éstas se hallen organizadas o no en estructuras político-partidarias. Respetando todo lo que son o puedan llegar a ser las opciones partidarias, la participación política de la ciudadanía, de hecho, reclama la incorporación de los diversos actores y actoras a una discusión y a un escenario más amplio que el de los partidos.

La incorporación de las mujeres a la vida política no puede circunscribirse entonces a su incorporación a los partidos tradicionales de izquierda o derecha, ni a integrar sus listas electorales. En determinadas realidades, esto resulta un paso importante para la transformación del mundo público, pero no basta. Porque no es extraño ni difícil encontrar a las mujeres desempeñando tareas de contenido infraestructural también en los ámbitos públicos, acondicionando, agilizando y potenciando con ello el tiempo y las capacidades masculinas para que los hombres se concentren en la toma de decisiones, y en la ejecución y el control de las mismas “Se requiere que la responsabilidad del ámbito privado y las labores domésticas no sigan recayendo sólo sobre las mujeres y que la presunta inferioridad de esos papeles no se traslade a las labores públicas.” [Ramírez. 1994, p.9].

7. Esta interpretación resulta hoy indefendible; sostenerla implica suponer que existen gradaciones de sujetos: a) aquellos que aportan sólo en número porque son incapaces de trascender el horizonte reivindicativo inmediato: los movimientos sociales, barriales, sindicales, estudiantiles, de mujeres, cristianos, etc., b) los que son capaces no sólo de captar el conjunto de los problemas y las vías para solucionarlos sino también de guiar a los demás: los partidos de izquierda (de la clase obrera), tradicionalmente autoconsiderados vanguardia.

Ya no puede pensarse en los movimientos sindicales, barriales, de mujeres y otros, como "soportes" de políticas elaboradas por fuera de ellos desde tales partidos. La actividad política y los actores que la llevan a cabo no puede definirse fuera del terreno en el que se desarrolla ni al margen de sus protagonistas. [Ver: Rauber 1997: 7, 8, 23, 30-32]

“Es por eso que la participación de la mujer en la vida política, es necesariamente subversiva porque concierne al fundamento mismo de la sociedad, a la vida social, la vida de la familia, los roles tradicionales del hombre y de la mujer, las reparticiones de carga en el seno familiar.” [Saada 1990: 21-22]

La participación de las mujeres tiene que darse a todos los niveles, en lo “(...) económico social, científico, tecnológico e inclusive en la planificación de las políticas de desarrollo tan importante para el avance de nuestros países. La democracia adquiere así un sentido básico de derecho a la vida, a una vida diferente, a una vida donde no solamente haya bienestar, sino donde haya posibilidades de desarrollar la igualdad de los seres humanos, respetando la posibilidad de ser diferentes.” [Idem: 3]

Incorpora la cultura teórico-práctica de la educación popular

La articulación de las concepciones y prácticas de la educación popular, resulta imprescindible en los actuales procesos de construcción de alternativas: ella orienta la acción del pensamiento a tomar como punto de partida las prácticas concretas, para reflexionar desde allí y colectivamente, es decir, se propone construir el conocimiento desde abajo, con todos los y las protagonistas de las luchas y, por el mismo camino, definir los rumbos, alcances y objetivos de las mismas.

La educación popular está presente en las organizaciones sociales, en los procesos de formación y en las prácticas de vida y organización sobre la base de prácticas horizontales y participativas. Si se tiene en cuenta que en tales organizaciones las mujeres son la fuerza mayoritaria y clave, puede comprenderse que el empleo sistemático de la educación popular que se caracteriza por dar la palabra a los sin voz, contribuye a hacer visible -social y políticamente- la presencia de las mujeres en los procesos sociotransformadores, contribuye a dignificar y valorizar su palabra, su pensamiento y su acción. Y esto es así tanto hacia el exterior de la organización como hacia su interior, y en cada mujer, en la elevación de su autoestima y su capacidad para constituirse en una ciudadana plena y activa.

Su práctica educativa -que construye saberes a partir de los modos de vida concretos-, levanta los puentes básicos que ponen al descubierto los

nexos e intercondicionamientos entre un determinado modo de existir y reproducirse del mundo privado y un determinado modo de existir y reproducirse del mundo público, y contribuye a que los que participan del proceso educativo puedan descubrir los nexos entre una realidad supuestamente privada e individual, aparentemente casuística, con la realidad de un determinado modo de existencia económica, política y cultural de la sociedad en que vive.

Saber y poder se conjugan en los procesos de su realización. Por ello resulta, por un lado, cuestionadora radical del poder hegemónico, discriminador y excluyente del capital, haciendo visible los nexos que existen entre este y una determinada conformación –histórico cultural- de las identidades, los roles y los ámbitos atribuidos -en tal relación-, a los géneros. Por otro, al fortalecer el conocimiento colectivo de los movimientos sociales acerca de sus experiencias, al contribuir al mejor análisis de evaluación de logros y deficiencias, la educación popular es clave también para los procesos de empoderamiento social,⁸ entendiendo que el primero y fundamental de ellos es el del saber: *qué, cómo, para qué, quiénes*. Como dice Pompea Bernasconi: “(...) el poder está vinculado al saber y al hacer. Por eso, en la educación popular es importante lograr que el pueblo descubra su saber y posea una conciencia crítica de la realidad para que tenga poder sobre ella y pueda modificarla.” [En, Rauber 1998: 75-76]

Por todo ello, para las mujeres de las organizaciones sociales populares la educación popular es una herramienta importante: legaliza su participación, otorga sentido social a su saber supuestamente limitado

⁸ “Por *empowerment* [empoderamiento], entendemos un proceso de desarrollo de las capacidades de negociación, a nivel familiar y colectivo, para arribar a una apropiación mas igualitaria del poder. No es suficiente interrogar acerca de las asimetrías de las relaciones de género y sus implicaciones sobre el medioambiente y el desarrollo, es necesario interrogar de qué manera puede haber una concientización de la desigualdad de esas relaciones sociales entre hombres y mujeres y cuáles serían las posibilidades de cambiarlas de modo tal que permitan a las mujeres una verdadera participación en los procesos de poder y de toma de decisiones. Esta perspectiva no descansa solamente sobre una relación más justa en la sociedad entre hombres y mujeres, sino sobre la hipótesis según la cual el empoderamiento de las mujeres puede impulsar una transformación de la sociedad que permita no solamente romper con el desarrollo desigual de manera general, sino también de atacar los problemas medioambientales que le acompañan.” [Hainard y Verschuur 2001: 29-31]

por lo cotidiano y “sin importancia”, la autodescubre como ciudadana y a través de su saber –formación mediante- contribuye a profundizar los procesos concretos de empoderamiento en los que ellas participan, tornándolos “para sí”, es decir, fortaleciéndolas como actoras sociales y políticas plenas.

Reivindica el reconocimiento positivo de las diferencias, de los y las diferentes

Reivindicar la diferencia como vía de profundización de la individualidad del ser humano propia de la modernidad, es el reclamo primero de la posmodernidad. Junto a ello, emergen también con fuerza los estudios acerca de lo micro, y muestran su riqueza y pertinencia frente a las anteriores predominantes visiones macro que invisibilizaron gran parte de las realidades particulares. Ambos aspectos pueden considerarse –a mi entender- como uno de los importantes aportes de esta corriente de pensamiento. Pero el centrarse casi exclusivamente en la explicación de la diferencia, de lo micro, ha mostrado su lado flaco, al tornar los análisis particulares en abstractos y unilaterales al considerarlos inconexos con los fenómenos del mundo real (interdependiente, multifacético, complejo). Esto dificulta pensar la sociedad como totalidad, buscar los nexos socio-económicos y culturales entre los sectores sociales que la integran, descubrir –además de sus diferencias- sus intereses comunes y, por tanto, su capacidad y posibilidad de pensar, luchar y organizarse colectivamente por sus derechos.

Transformado en objetivo de sí mismo lo diferente pierde sentido social y político ya que –por esta vía- la sociedad sería una suma creciente de grupos humanos e individuos aislados entre sí, fragmentados y clasificados por género, raza, color de piel, edades, lenguas, identidades, preferencias sexuales, gustos musicales, etcétera.

¿Qué hacer con las diferencias?

El reconocimiento y destaque de las diferencias, en tanto estas han sido construidas por actores sociales en el proceso de su vida real, resulta indispensable, pero para construir alternativas superadoras, es fundamental que ese reconocimiento se constituya en la base para dar pasos concretos hacia la articulación de los y las diferentes, respetando

sus identidades, sus problemáticas, sus aspiraciones, imaginarios y necesidades, contribuyendo también por esta vía a profundizar la matriz democrática de la sociedad.

Esto requiere avanzar en el pensamiento y en las prácticas integradoras de una realidad tan fragmentada como compleja y diversa, que reúne realidades e identidades yuxtapuestas intrínsecamente interconectadas, intercondicionadas e interdefinidas entre sí.

Como señala Ferguson: “Sin un análisis de dominación social a base de sistemas múltiples, las mujeres pueden lograr empoderamiento en relación a ciertos hombres, pero quedan sin poder en relación al racismo, imperialismo, capitalismo.” [Ferguson. 2005] Ciertamente, reflexionando sobre experiencias de empoderamiento de mujeres, pueden obtenerse importantes lecciones sobre el significado negativo -en el sentido de empobrecedor de las prácticas y sus alcances-, que contiene la visión estrictamente sectorial, fragmentada, centrada exclusiva y unilateralmente en la búsqueda de satisfacción de las necesidades de un actor social “diferente”.

No cuesta trabajo darse cuenta de la diversas banalizaciones que se han hecho sobre la diferencia, mostrándola como el llavín del descubrimiento (y de la manifestación) de las diferencias hombre-mujer, y también entre las mujeres. Por este camino, el concepto género puede ser atractivo y útil en ciertos ámbitos y sectores sociales de mujeres, pero disminuye considerablemente su importancia crítico-transformadora para conocer, pensar las actuaciones sociales y construir las alternativas posibles, orientadas hacia un nuevo tipo de sociedad humana, desde y mediante las prácticas del presente.

Es en este sentido que el destaque de las diferencias, y de las y los diferentes resulta un aporte importante a tener en cuenta: contribuye a desmitificar la carga políticamente negativa que ello tiene aún en el seno de gran parte de la izquierda latinoamericana, donde predomina el pensamiento político tradicional, que se propone alcanzar la unidad de todas las organizaciones sociales y políticas apelando a la unanimidad y homogeneización de todos: partidos, movimientos, pueblo, y –cuando sea posible- de la sociedad toda.

El enfoque de género contribuye a pensar la unidad, lo colectivo, sobre nuevas bases, haciendo del reconocimiento de las diferencias -en vez de

un obstáculo- un enriquecimiento, un pilar para posibles articulaciones. Es un granito de arena puesto en el caldero de la construcción colectiva, plural y diversa de lo nuevo. Esta sigue siendo –desde la perspectiva de los movimientos sociales que construyen alternativas-, su importancia analítica y práctica fundamental. Ello no impide, sin embargo, que se sitúe en un terreno de disputas y grandes controversias ideológicas y de poder.

CONCLUSIONES

1.

Fundar y construir una nueva civilización humana –desafío presente de la humanidad en busca de supervivencia- significa fundar y construir un nuevo modo de vida. Esto significa incorporar la noción y visión de género como elemento constitutivo del pensamiento y las prácticas cuestionadoras de las sociedades actuales, y de los procesos de construcción de las nuevas. Ello posibilitará hacer visibles y modificar las relaciones sociales asimétricas establecidas entre hombres y mujeres, base para la producción y reproducción de otras tantas asimetrías y discriminaciones: de color de piel, discapacidad física, etnia, cultura, belleza, identidad sexual, etcétera.

2.

Llegar a la conciencia universal de ello supone un largo proceso histórico –de transición-, complejo y multifacético que combina procesos de auto constitución de actores-sujetos en sujeto colectivo (popular), con procesos de construcción de propuestas y proyecto alternativo, con la construcción de poder –cultura y organización políticosocial- desde abajo.

En ello, las transformaciones que tienen lugar en las dinámicas de la vida cotidiana, ocupan un lugar fundamental. No porque de ahí nazca el cambio de toda la sociedad, sino porque sin enraizarse allí, sin articular la utopía del mundo nuevo a la vida de la familia, este será un imposible. Para eso –en primer lugar y a la vez-, la familia debe modificarse a sí misma, en tanto gestante de ese nuevo ser humano, de esa nueva sociedad y de ese nuevo mundo. Es vital ir haciéndolo posible desde ahora, transformándolo desde nuestra propia vida cotidiana doméstica y

comunitaria, integrándola a nuestras prácticas familiares, comunitarias, sociales, políticas, etcétera.

3.

Luchar por nuestros derechos, resistir los embates de la complicidad masculina en todos los ámbitos de nuestro quehacer, y crear a la vez nuestros nuevos modos de ser mujer en el mundo, irá poco a poco modificando los roles, las identidades, las relaciones... Nada puede lograrse por separado de una transformación social mayor. Y aunque será difícil convertir el ideal utópico en realidad, para las mujeres es el único camino: la lucha y la construcción de lo nuevo que será, en gran medida, engendrado y parido por nosotras. Nos anima la convicción de que los hombres se irán sumando poco a poco, ganando conciencia acerca de la importancia de luchar por la equidad de género para construir un mundo diferente y justo. Esto supone nuevos modos de ser mujer y de ser hombre, que se irán conformando en la medida que vayamos conquistando espacios y transformándolos, demostrando que no se trata de una lucha contra ellos -para desplazarlos y ocupar su lugar, invirtiendo la relación de poder-, sino a favor de la liberación de todas y todos.

4.

La comunidad se abre paso como un espacio (y un concepto) integrador de lo público y lo privado. El ámbito comunitario cobra cada día más importancia tanto en la lucha por la sobrevivencia, en la construcción de redes sociales de subsistencia -en lo económico, educativo, salud, etc.-, como en el desarrollo de sólidas redes interfamiliares que distribuyen la dura carga de las labores domésticas cotidianas y mejoran la posibilidad de integración laboral de las mujeres.

Un modo de vida diferente, basado en la horizontalidad y democratización solidaria de responsabilidades y tareas se va conformando en la dimensión comunitaria. En ella, a través de la cultura participativa de las mujeres, se van haciendo cada vez más visibles los nexos que se establecen entre la posibilidad de participación en el mundo público y las tareas del mundo privado, articulando tiempo de trabajo y dedicación en uno con el tiempo y la dedicación en el otro.

5.

Resulta fundamental disputar el sentido común de los hombres y mujeres del pueblo, en primer lugar el de los trabajadores y las trabajadoras, en la amplia diversidad en que ellos existen en la actualidad. Valores como la solidaridad, la justicia social, la equidad de género, razas e identidad sexual, el derecho efectivo al trabajo, el respeto a la naturaleza, deberán ir conquistando la cabeza y el corazón de millones y millones de seres humanos.

6.

El planteamiento de género pretende llegar hasta los cimientos mismos de la cultura del poder patriarcal que fue heredado y desarrollado por el capitalismo y removerlos. De ahí su fundamental importancia para un replanteo profundo del conjunto de relaciones sociales de una sociedad dada y del poder, en el sentido de posibilidad de construcción de nuevo proyecto social (alternativa). No digo que sea suficiente, pero sí necesario, imprescindible, insoslayable. Para avanzar hacia una concepción más integral es importante, además de todo esto, sumar, articular los enfoques, las críticas y los planteamientos de otros ámbitos, como la ecología, la ética, la jurisprudencia, etc., siempre atravesados radical y transversalmente por el enfoque de género y su relación con el poder (o los poderes).

7.

Las reflexiones en torno a las alternativas -que suponen el cuestionamiento transformador de las relaciones de poder existentes-, se enriquecen hoy con la inclusión de la perspectiva de equidad de género en sus análisis y reflexiones acerca del poder actual y sus posibles caminos superadores hacia una humanidad constituida con equidad y justicia social. Cualquier concepción que las aborde, prescindiendo de comprender en sus análisis acerca de la naturaleza y alcance del poder a las relaciones de género que lo sustentan y sobre las que se sustenta, resulta incompleta y cercenada en su valor práctico y teórico. Y a la inversa ocurre también, si se aborda la cuestión de género sin vincularla al cuestionamiento de las relaciones de poder (económicas, culturales, sociales, familiares, etcétera).

8.

Es necesario edificar nuevos referentes teóricos integrales, visiones del mundo que ayuden a superar la fragmentación del pensamiento y a reflexionar con lucidez sobre los procesos de emancipación social y los modos de producir subjetividades acordes con estos retos.

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- Aquino, María Pilar. 1992. *Nuestro clamor por la vida*. Editorial DEI, San José.
- Córdova Cayo, Patricia. 1995. “*Madres y líderes: mujeres organizadas en Lima*”. En: *Mujer, trabajo y ciudadanía*, CLACSO, Buenos Aires.
- Ferguson, Ann. 2005. “¿Puede el desarrollo propiciar el empoderamiento y la liberación de las mujeres?”. En: www.globaljusticecenter.org; acceso 31/03/05.
- Gallardo, Helio. 1989. *Elementos de Política en América Latina*. Editorial DEI, San José.
- Hainard, François y Verschuur, Christine. 2001. *Femmes et crises urbaines*. Most Unesco, Ginebra.
- Lima Costa, C. de. 2002. “*Despensando el género: tráfico de teorías en las Américas*.” En: *Femenías, María Luisa, comp., Perfiles del feminismo iberoamericano, Catálogos*, Buenos Aires.
- Lombardo Toledano, Vicente. 1984. *Sin mujeres no hay democracia*. Ediciones del Partido Popular Socialista. México.
- Marx, C. y Engels, F. “*Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas*.” *Obras Escogidas en 3 tomos, Tomo I*. 1974. Progreso, Moscú.
- Naciones Unidas. 1989. *Mujer y Política en América latina y el Caribe*. Santiago de Chile.
- Rauber, Isabel. 2004. *Movimientos sociales y representación política. Articulaciones*. Ciencias Sociales, La Habana.
 - 2004. “*Caminos de la transformación, pensarlos y construirlos desde abajo*”, artículo. *Archivo de Pasado y Presente XXI*.
 - 2003. *La sal en la herida. Informe de investigación sobre el movimiento piquetero argentino*. No publicado. *Archivo de Pasado y Presente XXI*.
 - 2002. “*Argentine: femmes ‘piqueteras’*”. En Verschuur, Christine y Reysoo, Fenece, *Genre, mondialitation et pauvreté. Cahiers “Genre et developpment” No. 3*. L’Harmattan-IUED-EFI, Geneve.
 - 2000. *Género y pobreza*. *Archivo digital Pasado y presente XXI*.
 - 1998. *Género y poder*, UMA, Buenos Aires.

-----1997. Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular, *Ediciones UMA, Buenos Aires,*

-----1992. Hijas del sol. *Ixoquib, México. Archivo digital Pasado y Presente XXI.*

-----*Entrevistas a dirigentes y militantes de organizaciones piqueteras y sindicales de Argentina, de organizaciones campesinas de Brasil, y a miembros de organizaciones barriales de República Dominicana, y destacadas mujeres indígenas en Ecuador y Bolivia.*

- *Saa, María Antonieta. 1985. "Una lectura feminista". Documentos de trabajo del seminario "Mujer, Política y Partidos políticos". Instituto para el Nuevo Chile. Ediciones Documenta, Santiago.*
- *Saada, Alya. 1990. En: Mujer, Política y Democracia. Fundación Mujer y Sociedad. Ediciones Ciudad. Ecuador.*
- *Sojo, Ana. 1992. Tomado de: Aquino, María Pilar.*
- *Vianello, Mino, y Caramazza, Elena. 2001. Un nouveau paradigme pour les sciences sociales: genre, espace, pouvoir, L'Harmattan, Paris.*